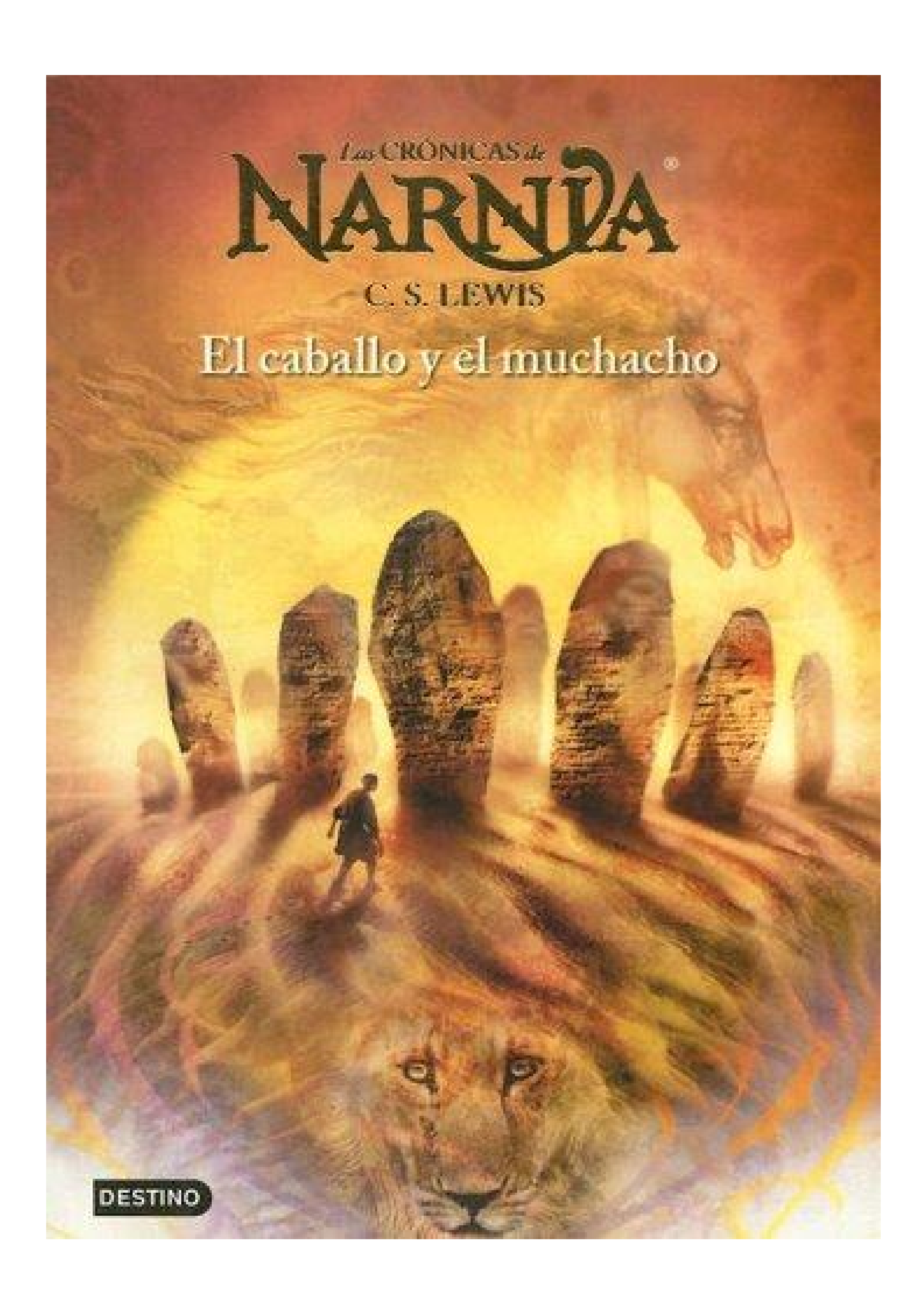

Las CRÓNICAS de
NARNIA®
C. S. LEWIS
El caballo y el muchacho
DESTINO

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO V

EL CABALLO Y EL MUCHACHO

I. COMO SHASTA PARTIO DE VIAJE

Esta es la historia de una aventura acaecida en Narnia y en Calormen y en las tierras que hay entre ambos países, durante la Epoca de Oro cuando Pedro era el gran Rey de Narnia y su hermano era Rey y sus dos hermanas Reinas bajo su mando.
En aquellos días, en una pequeña caleta al extremo sur de Calormen, vivía un pobre pescador de nombre Arshish y con él un niño que lo llamaba padre. El nombre del niño era Shasta. La mayoría de los días Arshish salía en su bote a pescar por la mañana, y por la tarde enganchaba su burro a un carro y lo cargaba con el pescado y se iba un kilómetro o más hacia el sur, hasta el pueblo, para venderlo. Si vendía bien, volvería a casa de un talante moderadamente bueno y no diría nada a Shasta; pero si vendía mal, le echaría la culpa a él y quizás le pegaría. Siempre había de qué echarle la culpa, pues Shasta tenía mucho trabajo que hacer: zurcir y lavar las redes, cocinar la cena y limpiar la cabaña en que vivían.
Shasta no sentía la menor curiosidad por cualquier cosa que estuviese al sur de su casa, porque una o dos veces había ido al pueblo con Arshish y sabía que no había nada muy interesante allí. En el pueblo sólo había conocido otros hombres iguales a su padre, hombres vestidos en largas y sucias túnicas, con zapatos de madera, con la punta del pie vuelta hacia arriba, y turbantes en sus cabezas, y barbas, y que hablaban entre ellos lentamente sobre cosas que parecían muy aburridas. Pero estaba muy interesado en todo lo que hubiera al norte, porque nadie había ido jamás hacia aquel lado y a él nunca le habían permitido hacerlo. Cuando se sentaba afuera zurciendo las redes, solo, a menudo miraba con ansias hacia el norte. No se veía nada más que una ladera cubierta de hierba que subía hasta una cumbre plana y más atrás un cielo donde tal vez volaban algunos pájaros.
A veces si Arshish estaba ahí, Shasta le decía:
—Oh padre mío, ¿qué hay más allá de esa colina?
Y si el pescador estaba de malhumor le daría una cachetada a Shasta y le diría que se ocupara de su trabajo. O si estaba de humor apacible diría:
—Oh hijo mío, no dejes que tu mente se distraiga en preguntas inútiles. Pues uno de los poetas ha dicho: “La dedicación a los negocios es

la raíz de la prosperidad, mas los que hacen preguntas que no les conciernen están conduciendo el barco de la locura hacia la roca de la indigencia”.

Shasta pensaba que más allá de la colina debía haber algún delicioso secreto que su padre quería esconderle. En realidad, sin embargo, el pescador hablaba así porque no sabía qué había al norte. Tampoco le importaba. Tenía una mentalidad muy práctica.

Un día llegó del sur un desconocido muy diferente a cualquier otro hombre que Shasta hubiese visto antes. Montaba un robusto caballo overo de largas crines y cola, y sus estribos y bridas tenían incrustaciones de plata. La punta de un casco sobresalía de su turbante de seda y vestía una camisa de malla. Al cinto llevaba una corva cimitarra, un escudo redondo claveteado con remaches de bronce colgaba a su espalda y su mano derecha empuñaba una lanza. Su rostro era oscuro, lo que no sorprendió a Shasta ya que toda la gente de Calormen era así; lo que sí lo sorprendió fue que la barba del hombre estaba teñida color carmesí, y era rizada y relucía con un fragante aceite. Pero por la pulsera de oro en el brazo desnudo del desconocido Arshish supo que era un Tarkaan o gran señor, e hizo una genuflexión arrodillándose delante de él hasta que su barba tocó la tierra e hizo señas a Shasta para que se arrodillase también.

El desconocido exigió hospitalidad por esa noche y el pescador, por supuesto, no osó negársela. Puso ante el Tarkaan todo lo mejor que tenían para que cenara (y a él no le gustó nada) y a Shasta, como siempre sucedía cuando el pescador tenía visitas, le dio un pedazo de pan y lo echó fuera de la cabaña. En tales ocasiones, por lo general, dormía con el burro en su pequeño establo de paja. Pero era demasiado temprano para irse a dormir, y Shasta, que nunca había aprendido que era malo escuchar detrás de la puerta, se sentó con el oído puesto en una rendija en la pared de madera de la cabaña para escuchar lo que los mayores estaban hablando. Y esto es lo que oyó:

—Y ahora, oh mi huésped —dijo el Tarkaan—, tengo ganas de comprar a ese niño tuyo.

—¡Oh mi señor! —repuso el pescador (y Shasta, por el tono mimoso, supo que una mirada de codicia brillaba en su cara al decir estas palabras)—, ¿qué precio podría inducir a tu sirviente, a pesar de su pobreza, a vender como esclavo a su único hijo, a su propia carne? ¿No ha dicho uno de los poetas: “La voz de la sangre es más fuerte que la sopa y los hijos más preciosos que los diamantes”?

—Así es —replicó el huésped secamente—. Pero otro poeta dijo además: “El que trata de engañar al prudente ya está desnudando su propia espalda para el azote”. No llenes tu anciana boca de falsedades. Es evidente que este niño no es tu hijo, pues tus mejillas son oscuras como las mías, mas el muchacho es bello y blanco como los malditos pero hermosos bárbaros que habitan el remoto norte.

—¡Qué bien dicho está —contestó el pescador—, que una espada puede ser esquivada con escudos, pero el ojo de la sabiduría penetra a través de toda defensa! Has de saber entonces, oh mi formidable huésped, que debido a mi extrema pobreza jamás me casé ni tuve hijos. Pero el mismo año en que el Tisroc (que viva para siempre) comenzó su augusto y benéfico reinado, una noche en que la luna estaba llena, los dioses tuvieron a bien privarme del sueño. Por tanto, me levanté de mi cama en este tugurio y me fui a la playa a refrescarme con la vista del agua y de la luna y a respirar el aire frío. Y de pronto oí un ruido como de remos que avanzaban hacia mí por el agua y luego, por decirlo así, un débil grito. Y poco después, la marea trajo a la playa un pequeño bote en el que no había más que un hombre enflaquecido por haber sufrido extremadamente de hambre y sed y que parecía haber muerto sólo unos momentos antes (pues todavía estaba tibio), y un odre vacío, y un niño que aún vivía. "Sin duda —pensé— estos infortunados escaparon del naufragio de un gran barco, pero por los admirables designios de los dioses el mayor ha pasado hambre para mantener vivo al niño, pereciendo al avistar tierra". Así pues, recordando que los dioses jamás dejan de recompensar a quienes amparan a los huérfanos, y movido de compasión (porque tu siervo es un hombre de corazón tierno)...

—Prescinde de esas palabras ociosas de elogio a ti mismo —interrumpió el Tarkaan—. Basta con saber que te quedaste con el niño, y que has sacado diez veces el costo de su pan diario con su trabajo, como cualquiera puede ver. Y ahora dime de inmediato qué precio le pones, pues ya estoy cansado de tu locuacidad.

—Tú mismo has dicho sabiamente —respondió Arshish— que el trabajo del niño me ha sido de inestimable valor. Hay que tomarlo en cuenta al fijar el precio. Porque si vendo al niño, sin duda tendré que comprar o emplear otro para que haga sus labores.

—Te daré quince crecientes por él —dijo el Tarkaan.

—¡Quince! —exclamó Arshish con una voz que era algo entre un gimoteo y un grito—. ¡Quince! ¡Por el apoyo de mi vejez y el encanto de mis ojos! No te burles de mi barba gris, aunque seas un Tarkaan. Mi precio es setenta.

A este punto Shasta se paró y se fue en puntillas. Había oído todo lo que deseaba, pues había escuchado muchas veces cuando los hombres regateaban en el pueblo y sabía cómo lo hacían. Estaba totalmente seguro de que al final Arshish lo vendería por una suma muy superior a quince crecientes y muy inferior a setenta, pero que él y el Tarkaan tardarían horas en llegar a un acuerdo.

No debes imaginarte que Shasta sintió lo que habríamos sentido tú y yo si hubiéramos oído por casualidad a nuestros padres hablando de vendernos como esclavos. Por una parte, su vida era ya muy poco mejor

que la esclavitud; que él supiera, el señorial desconocido del imponente caballo podría ser más bondadoso con él que Arshish. Y por otra, la historia de su propio hallazgo en el bote lo había llenado de emoción y de un sentimiento de alivio. A menudo se había sentido incómodo porque, por más que tratara, nunca había sido capaz de querer al pescador, y sabía que un hijo debe amar a su padre. Y ahora, parecía que no tenía ninguna relación con Arshish. Esto le sacó un gran peso de encima.

"¡Vaya, podría ser cualquiera! —pensó—. ¡Podría ser el hijo de un Tarkaan, o el hijo del Tisroc (que viva para siempre), o de algún dios!"

Estaba parado afuera en un sitio lleno de hierba delante de la cabaña mientras pensaba todas esas cosas. El crepúsculo caía rápidamente y ya habían salido una o dos estrellas, mas aún podían verse al oeste vestigios de la puesta de sol. No muy lejos pastaba el caballo del desconocido, atado holgadamente a una argolla de fierro en la pared del establo del burro. Shasta se acercó a él y acarició su cuello. El siguió arrancando pasto y no le hizo caso.

Luego otro pensamiento vino a la mente de Shasta.

—Me pregunto qué laya de hombre será ese Tarkaan —dijo en voz alta—. Sería espléndido que fuera bueno. Algunos de los esclavos en la casa de un gran señor no tienen casi nada que hacer. Usan lindos trajes y comen carne todos los días. Quizás me llevaría a las guerras y yo le salvaría la vida en una batalla y entonces él me libertaría y me adoptaría como hijo y me daría un palacio y un carruaje y una armadura. Pero también podría ser un hombre horrible y cruel. Podría mandarme a trabajar a los campos, encadenado. Me gustaría saberlo, pero ¿cómo? Apuesto a que este caballo lo sabe, ojalá pudiera contarme.

El caballo había levantado la cabeza. Shasta acarició su nariz suave como la seda y dijo:

—Me gustaría tanto que *tú* pudieras hablar, amigo.

Y por un segundo creyó estar soñando, pues muy claramente, aunque en voz baja, el caballo dijo: "Pero sí puedo".

Shasta miró fijamente sus grandes ojos y los suyos propios se abrieron casi tan grandes de asombro.

—¿Cómo diablos aprendiste a hablar *tú*? —preguntó.

— ¡Silencio! No tan fuerte —respondió el caballo—. De donde yo vengo, casi todos los animales hablan.

—¿Y dónde diablos está eso?

—Narnia —replicó el caballo—. La feliz tierra de Narnia..., Narnia, la de las montañas cubiertas de brezo y las lomas llenas de tomillo; Narnia, la de los muchos ríos, las fangosas cañadas, las cavernas tapizadas de musgo, las profundas selvas en que resuenan los martilleos de los enanos. ¡Oh, el dulce aire de Narnia! Una hora vivida ahí vale más que mil años en Calormen.

Terminó con un relincho que más parecía un suspiro.
—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Shasta.
—Secuestrado —dijo el caballo—. O robado, o capturado, como tú quieras llamarlo. Era sólo un potrillo en ese entonces. Mi madre me advirtió que no vagara por las laderas del sur, hacia Archenland y más allá, pero no le hice caso. Y por la Melena del León, he pagado cara mi locura. Todos estos años he sido un esclavo de los humanos, y he tenido que esconder mi verdadera naturaleza y fingir ser mudo y estúpido como *sus* caballos.
— ¿Por qué no les dijiste quién eras?
—Porque no soy tonto, por eso. Si alguna vez hubieran descubierto que podía hablar, habrían montado un espectáculo conmigo en las ferias y me habrían vigilado más cuidadosamente que antes. Mi última oportunidad de escapar se habría esfumado.
— ¿Y por qué? —comenzó Shasta, pero el caballo lo interrumpió.
—Mira —le dijo—, no podemos perder tiempo con preguntas tontas. Tú quieres saber acerca de mi amo el Tarkaan Anradin. Bueno, es malo. No tan malo conmigo, ya que un caballo de guerra es muy costoso como para tratarlo mal. Pero sería preferible que te cayeras muerto esta noche antes que ser un esclavo humano en esa casa mañana.
—Entonces es mejor que huya —dijo Shasta, palideciendo.
—Sí, es mejor —dijo el caballo—. Pero ¿por qué no escapar conmigo?
—¿Tú también vas a escapar? —dijo Shasta.
—Claro, si tú vienes conmigo —contestó el caballo—. Es la oportunidad para los dos. Mira, si huyo solo, sin jinete, el que me vea dirá, “un caballo perdido”, y se pondrá a perseguirme lo más rápido que pueda. En cambio, con un jinete, tendré una posibilidad de pasar inadvertido. En eso me puedes ayudar. Por otra parte, tú no podrás ir muy lejos con esas dos tontas piernas tuyas (¡qué patas tan absurdas tienen los humanos!) sin que te agarren. Pero montándome a mí puedes dejar atrás a cualquier caballo en este país. En eso te puedo ayudar yo. A propósito, supongo que sabes montar, ¿no?
—Claro que sí —dijo Shasta—. Por lo menos, he montado el burro.
—¿Montado *qué*? —exclamó secamente el caballo, con enorme desprecio. (O al menos eso fue lo que él pretendió decir. En verdad lo que salió fue una suerte de relincho:
“Montado quhe-he-he”. Los caballos que hablan siempre toman un acento muy caballuno cuando están enojados.)
—En otras palabras —continuó—, *no* sabes montar. Es una desventaja. Tendré que enseñarte mientras cabalgamos. Si no sabes montar, ¿sabes caer?
—Supongo que cualquiera puede caerse —repuso Shasta.
—Quiero decir caer y levantarse otra vez sin llorar y montar de nuevo

y caer otra vez y ni aun así tener miedo de caerse.
—Tra... trataré —dijo Shasta.
—Pobre bestiecita —dijo el caballo en un tono más amable—. Me olvido de que eres sólo un potrillo. Con el tiempo haremos de ti un espléndido jinete. Y ahora... no podremos salir hasta que esos dos allá en la cabaña estén dormidos. Por mientras, haremos nuestros planes. Mi Tarkaan va camino al norte, a la gran ciudad de Tashbaan, a la corte del Tisroc...
—Oye —le cortó la palabra Shasta, bastante escandalizado—, ¿no deberías añadir "que viva para siempre"?
—¿Por qué? —preguntó el caballo—. Yo soy un narniano libre. Y ¿por qué tendría que hablar como los esclavos o los tontos? No quiero que viva para siempre, y sé que no va a vivir para siempre, se lo desee yo o no. Y creo que tú también vienes del norte libre. ¡No usemos más esta jerga sureña entre tú y yo! Y ahora volvamos a nuestros proyectos. Como te decía, mi humano iba camino al norte, a Tashbaan.
—¿Eso quiere decir que es mejor que nosotros vayamos al sur?
—No lo creo —dijo el caballo—. Lo que pasa es que él me toma por un caballo mudo y estúpido como los demás que posee. Y si yo lo fuera, en cuanto me viera libre regresaría a casa, a mi establo y a mi corral; iría de vuelta a su palacio que está a dos días de viaje hacia el sur. Allí es donde él me buscaría. Jamás soñaría que me voy solo al norte. Y de todos modos, él pensará que alguien del último pueblo que cruzamos nos ha seguido hasta acá y me ha robado.
—¡Bravo! —dijo Shasta—. Entonces iremos al norte. He pasado toda mi vida ansiando ir al norte.
—Por supuesto que lo has ansiado —dijo el caballo—. Es por la sangre que corre por tus venas. Estoy seguro de que eres de verdadero linaje norteño. Pero no hablemos muy alto. Creo que ya deben estar dormidos.
—Mejor vuelvo sin hacer ruido a la casa para ver —sugirió Shasta.
—Buena idea —aprobó el caballo—. Pero ten cuidado de que no te atrapen.
Estaba mucho más oscuro ya, y había un gran silencio, aparte del sonido de las olas en la playa que Shasta apenas notaba, pues lo había oído día y noche desde que tenía memoria. Al acercarse a la cabaña vio que no había luz. Cuando estuvo al frente no oyó ningún ruido. Cuando se aproximó a la única ventana pudo escuchar, al cabo de un par de segundos, el sonido familiar del rechinante ronquido del viejo pescador. Era divertido pensar que, si todo andaba bien, no lo volvería a oír nunca más. Conteniendo el aliento y sintiendo algo de pesar, pero mucho menos pesar que alegría, Shasta se escurrió por el pasto hasta el establo del burro, buscó a tientas el lugar donde sabía se escondía la llave, abrió la puerta y encontró la montura y la brida del caballo, que habían sido guardadas allí por esa noche. Se inclinó y besó la nariz del burro. "Qué pena no poder llevarte a

ti", dijo.
—Por fin llegaste —le dijo el caballo cuando regresó—. Estaba empezando a preguntarme qué había sido de ti.
—Estaba sacando tus arreos del establo —replicó Shasta—. Y ahora, ¿puedes decirme cómo ponértelos?
Durante los siguientes minutos Shasta estuvo trabajando con extrema cautela para evitar los tintineos, en tanto que el caballo decía cosas como: "Pon esa cincha un poco más apretada", o "Vas a encontrar una hebilla más abajo", o "Tienes que acortar un poco esos estribos". Cuando Shasta hubo terminado, dijo:
—Bien; ahora tendremos que poner riendas, por las apariencias, pero tú no las usarás. Amárralas al arzón delantero, bien flojo para que yo pueda mover la cabeza para donde quiera. Y recuerda: no debes tocarlas.
—¿Para qué sirven, entonces? —preguntó Shasta.
—Generalmente son para dirigirme —repuso el caballo—. Pero como en este viaje yo pretendo dirigir siempre, por favor quédate con las manos quietas. Y otra cosa: no te permitiré que te cojas de mis crines.
—Pero es que —argumentó Shasta—, si no puedo agarrarme de las riendas ni de tus crines, ¿de *dónde* voy a agarrarme?
—Tienes que sujetarte con tus rodillas —respondió el caballo—. Ese es el secreto de un buen jinete. Aprieta todo lo que quieras mi cuerpo entre tus rodillas; siéntate muy derecho, derecho como una varilla; mantén los codos adentro. Y a propósito, ¿qué hiciste con las espuelas?
—Me las puse en los talones, por supuesto —contestó Shasta—. Eso sí que lo sé.
—Entonces puedes quitártelas y guardarlas en la alforja. A lo mejor las podremos vender cuando lleguemos a Tashbaan. ¿Listo? Creo que ya te puedes subir.
—¡Oooh! Eres espantosamente alto —jadeó Shasta luego de su primero e infructuoso intento.
—Soy un caballo, eso es todo —fue la respuesta— ¡Cualquiera creería que soy un pajar por la manera en que tratas de treparme! Eso, así está mejor. Y ahora ponte derecho en la montura y acuérdate de lo que te dije de las rodillas. ¡Qué divertido que yo, que he dirigido cargas de caballería y ganado carreras, tenga un saco de papas como tú en la silla! Pero en fin, ahí vamos —rió entre dientes, sin crueldad.
Y ciertamente, el caballo inició el viaje nocturno con gran prudencia. Fue primero que nada directo al sur de la cabaña del pescador hasta un riachuelo que desembocaba allí al mar, cuidando de dejar en el barro muy claras las huellas de cascos yendo hacia el sur. Pero en cuanto estuvieron en medio del vado, volvió río arriba y se fueron vadeando hasta que se alejaron unos cien metros de la cabaña, hacia el interior. Después eligió la parte de la ribera más cubierta de cascajos donde no quedaran huellas y salieron por

el lado norte. Luego, siempre al paso, fue hacia el norte hasta que la cabaña, el único árbol, el establo del burro, y la caleta... en realidad, todo lo que Shasta conocía, se perdió de vista en la gris oscuridad de la noche de verano. Habían cabalgado cuesta arriba y se encontraban ya en la cumbre, aquella cumbre que siempre fue el límite del mundo de Shasta. No podía ver qué había más adelante excepto que era un sitio abierto y cubierto de pasto. Parecía no tener fin; agreste y solitario y libre.
—¡Mira! —dijo el caballo—. Qué lugar para un galope ¿no?
—Oh, por favor no —dijo Shasta—. Todavía no. No sé cómo... por favor, caballo. No sé tu nombre.
—Brihy-hinny-brinny-huuhy-hah —contestó el caballo.
—Jamás seré capaz de decir todo eso —dijo Shasta—. ¿Puedo llamarte Bri?
—Bueno, si es lo mejor que logras decir, supongo que puedes llamarme así —dijo el caballo—. ¿Y cómo te llamaré yo a ti?
—Mi nombre es Shasta.
—H'm —dijo Bri—. Oye, ése *si* que es un nombre difícil de pronunciar. Pero ahora, acerca de ese galope: es muchísimo más fácil que el trote, si es que tú supieras trotar, pues no tienes que levantarte y caer. Aprieta más tus rodillas y mantén los ojos fijos adelante entre mis orejas. No mires al suelo. Si crees que te vas a caer, simplemente aprieta más y siéntate más derecho. ¿Listo? Ahora, por Narnia y el Norte.

II. UNA AVENTURA EN EL CAMINO

Era cerca del mediodía del día siguiente cuando a Shasta lo despertó algo tibio y suave que se movía encima de su cara. Abrió los ojos y se encontró frente a frente con la larga cara de un caballo; su nariz y sus labios casi tocaban los suyos. Recordó los emocionantes acontecimientos de la noche anterior y se sentó. Pero al hacerlo, empezó a quejarse.
—Ay, Bri —dijo con voz entrecortada—. Me duele. Me duele todo. Apenas me puedo mover.
—Buenos días, pequeño —dijo Bri—. Estaba temiendo que te dolieran un poco los músculos. No puede ser por las caídas; te caíste sólo unas doce veces, o algo así, y el pasto estaba tan exquisito, blando y mullido que debe haber sido más bien un placer caerse sobre él. Y el único lugar que hubiera podido ser peligroso, fue donde había esas matas de espino. No, es la cabalgata misma que al principio se hace dura. ¿Quieres desayuno? Yo ya me tomé el mío.
—No me molestes con el desayuno. No quiero nada —dijo Shasta—. Te digo que no puedo moverme.
Pero el caballo le dio un empujón con su hocico y lo pateó suavemente con su casco hasta que tuvo que levantarse. Shasta miró a su

alrededor y pudo ver dónde se encontraban. Detrás de ellos había un bosquecillo. Adelante, el prado salpicado de flores blancas bajaba en declive hasta el borde de un acantilado. Mucho más abajo, tanto que el ruido de las olas al romper era casi imperceptible, estaba el mar. Jamás lo había visto Shasta desde tal altura, ni tampoco había visto nunca tamaña extensión, ni había soñado que tuviera tantos colores. A ambos lados la costa se alargaba, cabo tras cabo, y en las puntas podías ver la espuma blanca que subía por las rocas pero que no hacía ruido por lo lejos que estaba. Arriba revoloteaban las gaviotas y el calor temblaba sobre la tierra; era un día de sol abrasador. Pero más que nada Shasta observaba el aire. No podía descubrir qué era lo que faltaba, hasta que al fin se dio cuenta de que aquí no había olor a pescado. Pues, por supuesto, ni en la cabaña ni en medio de las redes había estado alejado de ese olor en su vida entera, y este aire nuevo era tan delicioso y su antigua vida parecía tan lejana, que olvidó por un momento todos sus machucones y el dolor de sus músculos, y dijo:
—Oye, Bri, ¿no dijiste algo sobre el desayuno?
—Sí, lo dije —contestó Bri—. Creo que encontrarás algo en las alforjas. Están allá en ese árbol donde las colgaste anoche, o más bien dicho esta mañana temprano.
Registraron las alforjas y el resultado fue alentador: un pastel de carne, apenas un poquito rancio; unos pocos higos secos y un trozo de queso fresco; un frasquito de vino, y algo de dinero; unos cuarenta crecientes en total, que era más de lo que Shasta había visto en toda su vida.
Mientras Shasta se sentaba, muy adolorido y con gran cuidado, con su espalda apoyada en un árbol y comenzaba a comerse el pastel, Bri tomó unos cuantos bocados más de hierba para acompañarlo.
—¿No será robo usar ese dinero?
—Oh —dijo el caballo, mirándolo con su hocico lleno de hierba—, nunca había pensado en eso. Un caballo libre y un caballo que habla no puede robar, por supuesto. Pero creo que es correcto. Somos prisioneros y cautivos en un país enemigo. Ese dinero es el botín, despojos. Además, ¿cómo vamos a conseguir comida para ti sin él? Supongo que, como todos los humanos, tú no comerás alimentos naturales como pasto y avena.
—No puedo.
— ¿Has probado alguna vez?
—Sí, pero no lo puedo tragar. Tú tampoco podrías si fueras yo.
—Son criaturas tan raras, ustedes los humanos —comentó Bri.
Cuando Shasta terminó su desayuno (que era lejos el mejor que había probado jamás) Bri dijo:
—Creo que me daré un buen revolcón antes de ensillarme de nuevo —y así lo hizo—. Esto está bueno. Está muy bueno —agregó, restregando su lomo en el pasto, agitando sus cuatro patas al aire—. Deberías darte uno tú también, Shasta —dijo bufando—. Es lo más refrescante que hay.

Shasta soltó la carcajada, diciendo:
—¡Qué divertido te ves patas arriba!
—No me veo nada de divertido —dijo Bri.
Pero de repente se puso de costado, levantó la cabeza y miró fijamente a Shasta, resollando un poco.
—¿Es cierto que me veo divertido? —preguntó con voz ansiosa.
—Sí, es cierto —respondió Shasta—. Pero ¿qué importa?
—¿No crees, no es cierto —dijo Bri—, que puede que sea algo que los caballos que hablan nunca hacen? ¿Un tonto truco de payaso que me enseñaron los caballos mudos? Sería atroz saber a mi regreso a Narnia que he aprendido un montón de vulgares malas costumbres. ¿Qué piensas, Shasta? Dímelo francamente, no me escondas tus sentimientos. ¿Tú crees que los verdaderos caballos libres, los que hablan, se revuelcan?
—¿Cómo podría saberlo yo? De todos modos, yo no me preocuparía de eso si fuera tú. Primero tenemos que llegar allá. ¿Sabes el camino?
—Conozco mi camino a Tashbaan. Después viene el desierto. Oh, nos arreglaremos en ese desierto de alguna manera, no tengas miedo. Y luego tendremos a la vista las montañas del norte. ¡Imagínate! ¡A Narnia y al Norte! Nada nos podrá detener. Pero me gustaría que ya hubiéramos dejado atrás Tashbaan. Ambos estaremos más seguros lejos de las ciudades.
—¿No podemos evitarlas?
—No sin alejarnos mucho hacia el interior, lo que nos llevaría por tierras de cultivo y caminos principales; y yo no conocería la ruta. No, sólo nos queda avanzar a paso de tortuga por la costa. Acá arriba en las colinas no encontraremos más que ovejas y conejos y gaviotas y algunos pastores. Y a propósito, ¿qué te parece que partamos?
A Shasta le dolieron terriblemente las piernas mientras ensillaba a Bri y se subía a la montura, pero el caballo fue bondadoso con él y anduvo a paso suave toda la tarde. Al llegar el crepúsculo bajaron por escarpadas sendas hasta un valle donde encontraron un pueblecito. Antes de entrar en él, Shasta desmontó y fue a pie a comprar pan y unas pocas cebollas y rábanos. El caballo trotó por los campos al anochecer y se reunió con Shasta al otro lado. Este fue desde entonces su plan habitual noche por medio.
Fueron unos días grandiosos para Shasta, y cada día mejor que el anterior a medida que se endurecían sus músculos y se caía con menos frecuencia. Hasta el final de su entrenamiento Bri seguía repitiendo que montaba como un saco de papas.
—Y aun si ahí estuviéramos fuera de peligro, jovencito, me avergonzaría de que me vieran contigo en un camino principal.
Mas a pesar de sus rudas palabras, Bri era un profesor muy paciente. Nadie puede enseñar a montar tan bien como un caballo. Shasta aprendió a trotar, a ir a medio galope, a saltar, y a mantenerse en su silla aunque Bri se

detuviera bruscamente en seco o hiciera un viraje inesperado a la izquierda o a la derecha, lo que, según le contó Bri, era algo que tenías que hacer a cada instante en una batalla. Y entonces, claro, Shasta le rogaba que le contara de batallas y guerras en que Bri había llevado al Tarkaan. Y Bri le contaba las marchas forzadas y los vadeos en los ríos rápidos, y las cargas y las fieras luchas entre las caballerías, en las que los caballos de guerra peleaban igual que los hombres, pues eran todos feroces potros entrenados para morder y dar coces y pararse en dos patas en el momento adecuado a fin de que el peso del caballo y el del jinete cayeran sobre la cimera de un enemigo al golpear con la espada o el hacha de combate. Pero Bri no quería hablar de guerras con la frecuencia que Shasta hubiese deseado.

—No hablemos de eso, jovencito —decía—. Sólo eran guerras del Tisroc y yo combatí en ellas como un animal esclavo y mudo. ¡Dame las guerras de Narnia, donde pelearé como un caballo libre en medio de mi propia gente! De esas guerras sí que valdrá la pena hablar. ¡Narnia y el Norte! ¡Brahaha! ¡Bruhú!

Muy pronto Shasta aprendió que cuando escuchaba a Bri hablar de esa manera debía prepararse para un galope.

Después de viajar por semanas y semanas, cruzando tantas bahías y cabos y ríos y aldeas que Shasta ya no podía recordar cuántos, hubo una noche de luna en que comenzaron a viajar por la tarde, luego de dormir durante el día. Dejaron atrás las lomas e iban atravesando una vasta llanura; había una selva a unos mil metros de distancia a su izquierda. El mar, oculto por bajas dunas, estaba casi a la misma distancia a su derecha. Habían avanzado despacio durante una hora más o menos, a veces trotando y a veces caminando, cuando Bri se detuvo repentinamente.

— ¿Qué pasa? —preguntó Shasta.

—Ssssh —dijo Bri, estirando el cuello y moviendo nerviosamente sus orejas— ¿Oíste algo? Escucha.

—Parece que va otro caballo, entre nosotros y el bosque —dijo Shasta luego de escuchar por un minuto.

—*Es* otro caballo —dijo Bri—. Y eso es lo que no me gusta.

—¿No será probablemente sólo un campesino que vuelve a casa tarde? —sugirió Shasta bostezando.

—¡No me digas eso a mí! —exclamó Bri—. *Ese* no es un campesino a caballo. Tampoco es el caballo de un campesino. ¿No lo conoces por el sonido? Ese caballo tiene calidad. Y va montado por un verdadero equitador. Te diré lo que es, Shasta. Hay un Tarkaan a la orilla de aquel bosque. No va en su caballo de guerra, es demasiado liviano para serlo. En una yegua fina sangre, diría yo.

—Bueno, pero se ha detenido ahora, sea lo que sea —dijo Shasta.

—Tienes razón —dijo Bri—. ¿Y por qué tiene que parar justo cuando nosotros paramos? Shasta, hijo mío, estoy seguro de que alguien nos sigue

paso a paso.
—¿Qué haremos? —preguntó Shasta en un murmullo más bajo que antes—. ¿Crees que nos podrá ver y escuchar?
—No con esta luz mientras nos quedemos muy quietos —contestó Bri—. ¡Pero mira! Viene una nube. Voy a esperar hasta que tape la luna; luego bajaremos a la derecha lo más rápido que podamos, hasta la playa. Podremos escondernos entre las dunas si sucede lo peor.
Esperaron hasta que la nube cubrió la luna y entonces, primero al paso y después a un suave trote, se dirigieron a la playa.
La nube era más grande y espesa de lo que parecía al comienzo y pronto la noche se hizo más oscura. Justo cuando Shasta se decía: “Ya debemos haber llegado cerca de esas dunas”, su corazón dio un vuelco porque de repente, de esa oscuridad allá adelante, vino un ruido aterrador: un largo y gruñente rugido, melancólico y absolutamente salvaje. De inmediato Bri hizo un brusco viraje y principió a galopar hacia el interior otra vez a toda velocidad.
—¿Qué es eso? —jadeó Shasta.
—¡Leones! —repuso Bri, sin acortar el paso ni volver la cabeza.
Después, sólo hubo galope por un buen rato. Por fin cruzaron chapoteando un ancho y profundo río y Bri se detuvo al otro lado. Shasta se dio cuenta de que estaba temblando, sudado de arriba abajo.
—Puede ser que esa agua haya despistado a la bestia —jadeó Bri cuando logró recuperar algo de su aliento—. Podremos caminar un poco ahora.
Cuando iban al paso Bri dijo:
—Shasta, estoy avergonzado de mí mismo. Estoy tan asustado como cualquier mudo caballo calormene. Realmente lo estoy. No me siento en absoluto un caballo que habla. No me importan las lanzas, ni las espadas, ni los arcos, pero no puedo soportar... esas criaturas. Creo que voy a trotar un rato.
Cerca de un minuto más tarde, sin embargo, se puso a galopar otra vez, y no es de extrañarse. Pues el rugido recomenzó, esta vez a su izquierda proveniente del bosque.
—Son dos —gimió Bri.
Después de galopar durante varios minutos sin escuchar ningún otro rugido de los leones, Shasta dijo:
—¡Oye! El otro caballo viene galopando al lado de nosotros. Sólo a un tiro de piedra más allá.
—Tanto me-mejor —resolló Bri—. Montado por Tarkaan... tendrá una espada... protegernos.
—¡Pero, Bri! —exclamó Shasta—. Igual nos puede matar un león que ser capturados. O *yo* puedo ser capturado. Me colgarán por robar un caballo.

Sentía menos miedo a los leones que Bri porque jamás había visto uno; Bri sí.
Bri sólo dio un bufido como respuesta, pero viró violentamente a su derecha. Y curiosamente el otro caballo parecía estar virando a la izquierda, de modo que en pocos segundos el espacio entre ellos se ensanchó bastante. Pero en cuanto esto sucedió, sintieron rugir de nuevo a los dos leones, uno tras otro, uno a la derecha y el otro a la izquierda, y los caballos comenzaron a acercarse. Lo mismo hicieron, aparentemente, los leones. El rugir de las bestias a cada lado se oía ya horriblemente cercano y parecía que seguían el galope de los caballos con toda facilidad. Entonces la nube se alejó. La luz de luna, asombrosamente brillante, iluminó todo como si fuera pleno día. Los dos caballos y los dos jinetes galopaban cuello con cuello y rodilla con rodilla como si fuera una carrera. Claro que Bri dijo (después) que jamás se había visto en Calormen una carrera tan magnífica.
Shasta se dio por perdido y empezó a preguntarse si los leones te matarían rápido o si jugarían contigo como el gato juega con el ratón, y si dolería mucho. Al mismo tiempo (uno a veces hace esto en los momentos más pavorosos) se daba cuenta de todo. Vio que el otro jinete era una persona muy menuda y delgada, vestida con malla (la luna se reflejaba en la malla) y montaba estupendamente bien. No tenía barba.
Algo plano y reluciente se abrió ante ellos. Sin que Shasta tuviera tiempo de adivinar qué era, hubo una gran zambullida y sintió la boca casi llena de agua salada. La cosa reluciente resultó ser una larga ensenada. Ambos caballos iban nadando y el agua le llegaba a Shasta hasta las rodillas. Hubo un furioso rugido tras ellos y al volverse a mirar, Shasta vio una enorme silueta peluda y terrible agazapada a la orilla del agua; pero una solamente. "Debemos habernos zafado del otro león", pensó.
Al parecer el león no consideró que su presa mereciera una mojada; como sea, no hizo el menor intento de meterse al agua en su persecución. Los dos caballos, uno al lado del otro, estaban ya en medio de la cala y podían ver claramente la orilla de enfrente. El Tarkaan aún no decía una palabra. "Pero ya lo hará —pensaba Shasta—, en cuanto hayamos llegado a tierra. ¿Qué voy a decir? Tengo que empezar a inventar una historia."
De pronto, repentinamente, dos voces hablaron a su lado.
—Ay, estoy *tan* cansada —dijo una.
—Cállate, Juin, y no seas tonta —dijo la otra.
"Estoy soñando —pensó Shasta—. Hubiera jurado que ese otro caballo habló."
Poco después los caballos ya no iban nadando sino caminando y muy pronto, con gran ruido de agua chorreando de sus flancos y colas y un fuerte crujido de guijarros bajo ocho cascos, salieron en la playa más apartada de la ensenada. El Tarkaan, para gran sorpresa de Shasta, no mostró ningún interés en hacer preguntas. Ni siquiera miró a Shasta y parecía ansioso por

instar a su caballo para que siguiera de largo. Bri, sin embargo, se interpuso de inmediato en el camino del otro caballo.
—Bruhuhá —resopló—. ¡Quieta! Te *escuché.* No sacas nada con fingir, señora. *Yo* te escuché. Eres un caballo que habla, un caballo narniano igual que yo.
—¿Y qué tiene que ver contigo si ella lo es? —dijo el extraño jinete furioso, llevando la mano a la empuñadura de su espada. Pero la voz que pronunció esas palabras había dicho algo a Shasta.
—¡Pero si es sólo una niña! —exclamó.
—¿Y qué te importa a ti que yo sea *sólo* una niña? —dijo bruscamente la desconocida—. Tú eres sólo un niño: un niñito grosero y vulgar, un esclavo probablemente, que ha robado el caballo de su amo.
—Eso es lo que *tú* dices —dijo Shasta.
—El no es un ladrón, pequeña Tarkeena —dijo Bri—. Por último, si es que ha habido algún robo, puedes igualmente decir que yo lo robé a él. Y aunque no sea asunto mío, no puedes esperar a que me cruce con una dama de mi propia raza en este país extraño sin hablar con ella. Es muy natural que así lo haga.
—Yo también pienso que es muy natural —dijo la yegua.
—Quiero que te calles, Juin —ordenó la niña—. Mira el problema en que nos has metido.
—No veo cuál es el problema —dijo Shasta—. Pueden largarse cuando quieran. No las detendremos.
—No, no nos detendrán —dijo la niña.
—Qué criaturas tan peleadoras son estos humanos —dijo Bri a la yegua—. Son peores que las mulas. Tratemos de hablar razonablemente. Me imagino, señora, que tu historia es igual a la mía. ¿Capturada muy joven..., años de esclavitud entre los calormenes?
—Muy cierto, señor —repuso la yegua con un relincho melancólico.
—¿Y ahora, quizás... has escapado?
—Dile que se meta en sus cosas, Juin —ordenó la niña.
—No, no lo haré, Aravis —contestó la yegua, echando atrás sus orejas—. Esta es mi fuga tanto como tuya. Y estoy segura de que un noble caballo de guerra como éste no nos va a traicionar. Estamos tratando de huir, de llegar a Narnia.
—Y, claro está, nosotros también —dijo Bri—. Por supuesto que ustedes lo adivinaron inmediatamente. Un chiquillo harapiento montando (o tratando de montar) un caballo de guerra a altas horas de la noche no puede significar otra cosa que algún tipo de fuga. Y, si me permites decirlo, una aristocrática Tarkeena cabalgando sola de noche, vestida con la armadura de su hermano, y muy ansiosa de que nadie se inmiscuya en sus asuntos y no le hagan preguntas, bueno, ¡si eso no huele raro, yo soy un jamelgo!
—Está bien entonces —dijo Aravis—. Lo han adivinado. Juin y yo

nos hemos escapado. Estamos tratando de llegar a Narnia. ¿Y qué?

—Pues, en ese caso, ¿qué nos impide viajar juntos? —dijo Bri—. Confío, señora Juin, en que aceptarás toda la ayuda y protección que yo sea capaz de brindarte en el viaje.

—¿Por qué sigues hablándole a mi caballo en vez de a mí? —preguntó la niña.

—Discúlpame, Tarkeena —dijo Bri, inclinando muy levemente sus orejas hacia atrás, pero así hablan los calormenes. Nosotros somos narnianos libres, Juin y yo, y supongo que si estás huyendo a Narnia es porque tú quieres serlo también. En ese caso Juin ya no es más *tu* caballo. Uno igualmente podría decir que tú eres *su* humana.

La niña abrió la boca para responder y luego se contuvo. Era evidente que hasta ahora no lo había considerado desde ese punto de vista.

—Sin embargo —dijo después de un momento de pausa—, no veo que valga la pena que vayamos juntos. ¿No será más fácil que se fijen en nosotros?

—Menos —opinó Bri; y la yegua agregó:

—Oh, por favor, vamos juntos. Me sentiría mucho más cómoda. Ni siquiera estamos seguras de conocer el camino. Estoy cierta de que un gran corcel como éste sabe mucho más que nosotras.

—Vámonos, Bri —intervino Shasta—, y dejémoslas seguir su camino. ¿No ves que no nos necesitan?

—Sí los necesitamos —dijo Juin.

—Mira —dijo la niña—. No me importa ir contigo, señor Caballo de Guerra, pero ¿y este niño? ¿Cómo sé yo que no es un espía?

—¿Por qué no dices de inmediato que piensas que no valgo nada para ti? —preguntó Shasta.

—Cálmate, Shasta —dijo Bri—. La pregunta de la Tarkeena es bastante razonable. Yo respondo por el niño, Tarkeena. Ha sido leal conmigo y un buen amigo. Y no hay duda de que es originario de Narnia o de Archenland.

—Está bien, entonces. Iremos juntos —pero no le dijo nada a Shasta y era obvio que apreciaba a Bri, pero no a él.

—¡Espléndido! —exclamó Bri—. Y ahora que hemos puesto el mar entre nosotros y aquellos terroríficos animales, ¿qué les parece si los dos humanos nos sacan las monturas y todos nos tomamos un descanso y escuchamos nuestras respectivas historias?

Los dos niños desensillaron sus caballos y los caballos comieron un poco de pasto y Aravis sacó de sus alforjas cosas exquisitas para comer. Pero Shasta estaba de mal humor y dijo “no, gracias” y que no tenía hambre. Y trató de adoptar lo que imaginaba que eran modales distinguidos y ceremoniosos, pero como la choza de un pescador no es, por lo general, el lugar más apropiado para aprender modales elegantes, el resultado fue

atroz. Y él se dio cuenta a medias de que no tenía mucho éxito y se puso más malhumorado y torpe que nunca. Entretanto, los dos caballos se entendían espléndidamente. Recordaban los mismos lugares en Narnia, "las praderas allá en el Dique de los Castores", y descubrieron que eran algo así como primos segundos de la misma familia. Esto hizo las cosas mucho más incómodas para los humanos hasta que al fin Bri dijo:

—Y ahora, Tarkeena, cuéntanos tu historia. Y no te apresures, me siento muy bien ahora.

Aravis empezó de inmediato, sentándose muy quieta y utilizando un tono y un estilo muy diferentes a los suyos propios. Pues en Calormen, el arte de contar historias, sean historias verdaderas o ficticias, es algo que te enseñan, igual que los niños y niñas ingleses aprenden a escribir ensayos. La diferencia está en que la gente quiere escuchar las historias, en cambio nunca oí de nadie que quisiera leer ensayos.

III. A LAS PUERTAS DE TASHBAAN

—Mi nombre —dijo la niña en seguida— es Aravis Tarkeena y soy la única hija de Kidrash Tarkaan, hijo de Rishti Tarkaan, hijo de Kidrash Tarkaan, hijo de Ilsombreh Tisroc, hijo de Ardib Tisroc, quien desciende en línea recta del dios Tash. Mi padre es el señor de la provincia de Calavar y es uno de los que tienen derecho a permanecer de pie y con los zapatos puestos ante el propio Tisroc (que viva para siempre). Mi madre (que la paz de los dioses sea con ella) murió y mi padre se casó con otra esposa. Uno de mis hermanos cayó en la batalla contra los rebeldes en el lejano oeste y el otro es sólo un niño. Y ahora ha sucedido que la esposa de mi padre, mi madrastra, me odia y el sol se oscurece a sus ojos mientras yo viva en casa de mi padre. Y entonces, ha persuadido a mi padre a que me prometa en matrimonio a Ahoshta Tarkaan. Y bien, este Ahoshta es de origen bajo, a pesar de que en estos últimos años ha ganado el favor del Tisroc (que viva para siempre) por adulación y malos consejos, y lo han hecho Tarkaan y señor de muchas ciudades y es probable que lo elijan Gran Visir cuando el actual Gran Visir muera. Además, tiene por lo menos sesenta años y una joroba en la espalda y una cara parecida a la de un mono. No obstante mi padre, por el poder y riqueza de este Ahoshta y persuadido por su mujer, ha enviado mensajeros ofreciéndome en matrimonio, y la oferta ha sido favorablemente aceptada y Ahoshta mandó decir que se casará conmigo este año en la época de pleno verano.

"Cuando me trajeron estas noticias, el cielo se oscureció ante mis ojos y me eché en mi cama y lloré todo un día. Pero al segundo día me levanté y me lavé la cara e hice que ensillaran a mi yegua Juin y tomé un afilado puñal que mi hermano había llevado en las guerras de occidente y me fui a caballo sola. Y cuando la casa de mi padre desapareció de mi vista y hube

llegado a un verde y abierto espacio en cierto bosque donde no hay viviendas de hombres, desmonté de mi yegua Juin y saqué el puñal. Luego abrí la ropa en el sitio donde pensé que estaba el camino más corto que lleva a mi corazón y recé a todos los dioses que en cuanto muriera pudiese encontrarme con mi hermano. Después de eso, cerré los ojos y apreté los dientes y me preparé para hundir el puñal en mi corazón, pero antes de que así hiciese, esta yegua me habló con la voz de las hijas de los hombres y me dijo: "Oh mi ama, por ningún motivo te destruyas a ti misma, pues si vives, es posible que tengas buena suerte, mas los muertos están todos igualmente muertos".

—No lo dije ni la mitad de lo bien que lo dices tú —murmuró la yegua.

—Silencio, señora, silencio —dijo Bri, que disfrutaba la historia a más no poder—. Está contándolo a la manera grandiosa de Calormen y ningún narrador de historias de la corte del Tisroc podría hacerlo mejor. Te ruego que continúes, Tarkeena.

—Cuando escuché el lenguaje de los hombres en labios de mi yegua —prosiguió Aravis—, me dije: "El miedo a la muerte ha trastornado mi razón y me induce a engaño". Y me llené de vergüenza pues nadie de mi linaje debe temer a la muerte más que a la picada de un mosquito. Por lo tanto, ensayé por segunda vez la puñalada, pero Juin se acercó a mí y puso su cabeza entre el puñal y yo y disertó con las más excelentes razones y me reprendió como una madre reprende a su hija. Y mi asombro era tan grande que me olvidé del suicidio y de Ahoshta y dije: "Oh yegua mía, ¿cómo has aprendido a hablar como una de las hijas del hombre?" Y Juin me relató lo que ya ustedes saben, que en Narnia hay bestias que hablan, y cómo a ella la robaron de allí cuando era una potranquita. También me contó de los bosques y aguas de Narnia y los castillos y los grandes barcos, hasta que dije: "En el nombre de Tash y Azaroth y Zardeenah, Dama de la Noche, tengo un gran deseo de ir a ese país de Narnia". "Oh mi ama, respondió la yegua, si estuvieras en Narnia serías feliz, pues en esa tierra las señoritas no son forzadas a casarse contra su voluntad".

"Y luego de haber conversado largo rato, la esperanza volvió a mí y me alegré de no haberme suicidado. Por otra parte, habíamos convenido con Juin en que nos marcharíamos juntas sigilosamente y lo planeamos de esta manera. Regresamos a la mansión de mi padre y me vestí con mis ropajes más vistosos y canté y bailé ante mi padre y fingí estar encantada con el matrimonio que él había preparado para mí. Además, le dije: "Oh padre mío y oh la delicia de mis ojos, dame tu autorización y tu permiso para ir con sólo una de mis criadas por tres días al bosque para ofrecer los secretos sacrificios a Zardeenah, Dama de la Noche y de las Doncellas, como es lo correcto y acostumbrado que hagan las damiselas cuando deben despedirse del servicio de Zardeenah y prepararse para el matrimonio". Y él respondió:

“Oh hija mía y oh delicia de mis ojos, así será”.

“Pero cuando estuve fuera de la presencia de mi padre me fui de inmediato donde el más anciano de sus esclavos, su secretario, que me tuvo en sus rodillas cuando yo era pequeña y me amaba más que al aire y que a la luz. Y lo hice jurar que guardaría el secreto y le pedí que escribiera cierta carta para mí. Y él lloró y me imploró que cambiara mi resolución, pero al final dijo: “Escuchar es obedecer”, e hizo mi voluntad. Y yo sellé la carta y la escondí en mi pecho.

—Pero ¿que decía la carta? —preguntó Shasta.

—Silencio, jovencito —dijo Bri—. Estás echando a perder la historia. Ella nos hablará de la carta en el momento adecuado. Continúa, Tarkeena.

—Entonces llamé a la sirvienta que debía ir conmigo a los bosques a realizar los ritos de Zardeenah y le dije que me despertara muy temprano en la mañana. Y me reí mucho con ella y le di vino a beber; pero como yo había mezclado ciertas cosas en su copa, sabía que ella iba a dormir una noche y un día. En cuanto la familia de mi padre se entregó al sueño, yo me levanté y me puse una armadura de mi hermano que siempre guardo en mi aposento en recuerdo suyo. Puse en mi faja todo el dinero que tenía y mis joyas predilectas y me aprovisioné también de comida, y ensillé la yegua con mis propias manos y partí en la segunda vigilia de la noche. Encaminé mi rumbo no a los bosques, donde mi padre suponía que iría, sino al norte y al este, hacia Tashbaan.

“Yo ya sabía que durante tres días mi padre no me buscaría, engañado por las palabras que le había dicho. Y al cuarto día llegamos a la ciudad de Azim Balda. Y bien, Azim Balda se encuentra en el cruce de varios caminos y, desde allí, los correos del Tisroc (que viva para siempre) cabalgan en veloces caballos a todos los confines del imperio; y es uno de los derechos y privilegios de los más importantes Tarkaanes enviar mensajes con ellos. Por tanto, fui donde el Jefe de los Mensajeros de la Casa Imperial de Correos de Azim Balda y dije: “Oh despachador de mensajes, aquí hay una carta de mi tío Ahoshta Tarkaan para Kidrash Tarkaan, señor de Calavar. Toma estos cinco crecientes y haz que le sea enviada”. Y el Jefe de los Mensajeros dijo: “Escuchar es obedecer”. Esa carta aparentaba haber sido escrita por Ahoshta y éste era el significado de lo escrito: “Ahoshta Tarkaan a Kidrash Tarkaan, saludos y paz. En el nombre de Tash el irresistible, el inexorable. Has de saber que cuando viajaba hacia tu casa para cumplir el contrato de matrimonio entre yo y tu hija Aravis Tarkeena, plugo a la fortuna y a los dioses que tropezara con ella en el bosque donde acababa de hacer los ritos y sacrificios de Zardeenah siguiendo las costumbres de las doncellas. Y cuando supe quién era, y encantado con su belleza y discreción, me inflamé de amor y me pareció que el sol se oscurecería para mí si no me casaba con ella en ese mismo instante. Así, pues, preparé los sacrificios necesarios y desposé a tu

hija en el momento mismo en que la conocí y he retornado con ella a mi propia casa. Y ambos te rogamos y te exhortamos a que vengas acá con toda prontitud, a fin de que podamos deleitarnos con tu rostro y tus palabras; y puedes también traer la dote de mi esposa, la que, por causa de mis altas responsabilidades y gastos, requiero sin tardanza. Y porque vos y yo somos hermanos, estoy cierto de que no os encolerizaréis por la precipitación de este casamiento que ha sido enteramente ocasionada por el gran amor que siento por tu hija. Y a vos os confío al cuidado de todos los dioses".

"Una vez hecho esto, me fui a toda prisa de Azim Balda, sin temer persecución y esperando que mi padre, después de recibir una carta así, enviaría un mensaje a Ahoshta o iría a verlo en persona, y que antes de que se descubriera el asunto yo estaría más allá de Tashbaan. Y esa es la esencia de mi historia hasta esta noche cuando fui perseguida por los leones y me encontré con ustedes nadando en el agua salada.

—¿Y qué le pasó a la niña..., a la que drogaste? —preguntó Shasta.

—No hay duda de que debe haber sido golpeada por quedarse dormida —dijo Aravis tranquilamente—. Pero era instrumento y espía de mi madrastra. Me alegro mucho de que le hayan pegado.

—Mira, eso no es nada de justo —dijo Shasta.

—No hice ninguna de estas cosas para complacerte a *ti* —replicó Aravis.

—Y hay otra cosa más que no entiendo en tu historia —prosiguió Shasta—. Tú no eres adulta; no creo que seas mayor que yo. No creo que ni siquiera tengas mi edad. ¿Cómo podrías casarte tan joven?

Aravis no dijo nada, pero Bri dijo de inmediato:

—Shasta, no luzcas tu ignorancia. Siempre se casan a esa edad en las grandes familias Tarkaan.

Shasta se puso colorado (aunque apenas había suficiente luz como para que los demás lo vieran) y se sintió ofendido. Aravis le pidió a Bri que contara su historia. Bri la contó, y Shasta pensó que había puesto mucho más énfasis que el necesario respecto a las caídas y lo mal que él montaba. Obviamente Bri creía que esto era muy cómico, pero Aravis no se rió. Una vez que Bri terminó, se fueron todos a dormir.

Al día siguiente los cuatro, dos caballos y dos humanos, continuaron su viaje juntos. Shasta pensaba que había sido mucho más agradable cuando él y Bri estaban solos, porque ahora Bri y Aravis hacían casi toda la conversación. Bri había vivido largo tiempo en Calormen y había estado siempre entre Tarkaanes y caballos de los Tarkaanes, así es que por supuesto conocía la misma gente y los mismos lugares que conocía Aravis. Ella todo el tiempo decía cosas como "Pero si estuviste en la batalla de Zulindreh tienes que haber visto a mi primo Alimash", y Bri respondía "Ah, sí, Alimash, era sólo capitán de los carros de guerra, tú sabes. Yo no

apruebo demasiado los carros ni la clase de caballos que tiran los carros. Eso no es verdadera caballería. Pero él es un aristócrata respetable. Llenó de azúcar mi morral después de la toma de Teebeth". O si no Bri decía "Yo estaba en el lago de Mezreel ese verano", y Aravis decía "¡Oh, Mezreel! Tenía una amiga ahí, Lasaralín Tarkeena. Qué lugar tan encantador. ¡Esos jardines, y el Valle de los Mil Perfumes!" Bri no pretendía por ningún motivo dejar a Shasta fuera de la conversación, aunque Shasta muchas veces pensó que sí. La gente que tiene muchas cosas en común no puede evitar hablar de ellas, y si tú estás allí casi no puedes evitar sentir que estás de más.

La yegua Juin se sentía más bien tímida delante de un gran caballo de guerra como Bri y hablaba muy poco, Y Aravis nunca dirigía a Shasta ni una palabra si podía evitarlo.

Muy pronto, sin embargo, tuvieron cosas mucho más importantes en qué pensar. Se aproximaban a Tashbaan. Había más pueblos, cada vez más grandes, y más gente en los caminos. Ahora hacían casi todo el viaje de noche y se ocultaban lo mejor que podían durante el día. Y en cada paradilla discutían y discutían acerca de lo que harían cuando llegaran a Tashbaan. Todos habían estado soslayando esta dificultad, pero ahora no se podía ignorarla por más tiempo. Durante estas discusiones Aravis se puso un poco, un poquito, más amistosa con Shasta; uno, por lo general, se lleva mejor con la gente cuando se trata de hacer planes que cuando se conversa de nada en particular.

Bri dijo que lo primero que tenían que hacer era fijar un lugar donde se comprometieran a encontrarse a la salida de Tashbaan si, por alguna mala suerte, se separaran al cruzar la ciudad. Dijo que el mejor sitio eran las Tumbas de los Antiguos Reyes al borde mismo del desierto.

—Son unas cosas parecidas a enormes colmenas de piedra —dijo—, es imposible que no las vean. Y lo bueno es que ninguno de los habitantes de Calormen se le acerca porque ellos creen que en el lugar se aparecen demonios necrófagos (*) y les tienen miedo.

Aravis preguntó si no se aparecían realmente demonios necrófagos.

Pero Bri dijo que él era un caballo narniano libre y no creía en las patrañas que cuentan en Calormen. Y entonces Shasta dijo que él tampoco era un calormene y que le importaban un rábano esas viejas historias de demonios. Lo que no era demasiado cierto. Pero impresionó machísimo a Aravis (aunque en ese momento también la molestó) y, por supuesto, dijo que a ella no le importaba tampoco que hubiera cualquiera cantidad de demonios necrófagos. De modo que se acordó que las Tumbas serían su lugar de reunión al otro lado de Tashbaan, y todos pensaron que habían logrado un gran progreso hasta que Juin, humildemente, señaló que el problema verdadero no era dónde irían al salir de Tashbaan sino cómo conseguirían atravesarla.

—Eso lo arreglaremos mañana, señora —dijo Bri—. Es hora de echar un sueñecito.
Pero no era nada fácil de arreglar. Lo primero que sugirió Aravis fue que deberían cruzar a nado el río por debajo de la ciudad durante la noche y sencillamente no entrar a Tashbaan. Pero Bri tenía dos argumentos en contra. Uno era que la desembocadura del río era muy ancha y que sería una travesía demasiado larga para Juin, sobre todo con un jinete en su lomo. (Pensó que también sería demasiado larga para él, pero esto casi no lo mencionó.) El otro argumento era que podía estar lleno de barcos y que, por supuesto, cualquiera en la cubierta de un buque que viera dos caballos pasar nadando sin duda sentiría una gran curiosidad.
Shasta opinaba que debían remontar el río más arriba de Tashbaan y
* En los relatos orientales aparecen habitualmente los demonios necrófagos, espíritus que profanan tumbas y
se alimentan de cadáveres.
cruzarlo en su parte más angosta. Pero Bri le explicó que allí había jardines y quintas de agrado en ambas riberas del río a lo largo de varios kilómetros, y que podrían estar habitadas por Tarkaanes y Tarkeenas que irían a cabalgar por los caminos o bien a organizar fiestas acuáticas en el río. Realmente era el lugar más apropiado del mundo para encontrarse con alguien que pudiera reconocer a Aravis o incluso a él.
—Podríamos disfrazarnos —dijo Shasta.
Juin dijo que a ella le parecía que lo más seguro era atravesar la ciudad en línea recta de puerta a puerta, pues es menos probable llamar la atención en medio de la multitud. Pero también aprobó la idea de disfrazarse.
—Los dos humanos —dijo— deberán vestirse con harapos y fingir ser campesinos o esclavos. Haremos un bulto con la armadura de Aravis y las sillas y arreos, y lo colocaremos a nuestras grupas, y los niños pretenderán que nos conducen y la gente nos tomará por simples caballos de carga.
—¡Mi querida Juin! —exclamó Aravis, desdeñosamente—. ¡Cómo si alguien pudiese confundir a Bri con cualquiera otra cosa que no sea un caballo de guerra, por muy disfrazado que vaya!
—En realidad, creo que no es posible —dijo Bri con un bufido y echando sus orejas un poquito atrás.
—Ya sé que no es un plan *muy* bueno —dijo Juin— Pero pienso que es nuestra única oportunidad. Y hace siglos que no nos escobillan y no parecemos nosotros mismos (al menos yo, no). Estoy convencida de que si nos embarramos bien y caminamos con la cabeza gacha, con aspecto cansado y perezoso, y sin levantar siquiera los cascos, podríamos pasar inadvertidos. Y habría que cortar un poco nuestras colas; sin esmero, ya sabes, sino bien disparejo.
—Mi estimada señora —dijo Bri—. ¿Te has hecho una idea de lo

desagradable que sería llegar a Narnia en *esas* condiciones?
—Bueno —dijo Juin humildemente (era una yegua muy sensible)—, lo principal es llegar a Narnia.
Aunque a nadie le gustaba mucho, al final tuvieron que adoptar el plan de Juin. Era un plan fastidioso e involucraba en cierta medida lo que Shasta llamaba robar y que Bri llamaba "hacer una incursión". Una finca perdió unos pocos sacos esa tarde y otra un rollo de cuerdas a la tarde siguiente; pero el andrajoso vestido de niño que debía usar Aravis hubo que comprarlo honradamente y pagarlo en uno de los pueblos. Shasta volvió con ellos triunfalmente al caer la tarde. Los demás lo esperaban en medio de los árboles al pie de una cadena de boscosos cerros bajos que se erguía justo al otro lado del camino que seguían. Todos se sentían muy emocionados pues ésta era la última colina; cuando llegaran a la cumbre podrían ver Tashbaan abajo.

—Quisiera que ya la hubiésemos pasado sin problemas —murmuró Shasta a Juin.
—Oh, yo también, yo también —exclamó Juin, fervorosamente.
Esa noche subieron zigzagueando a través de los bosques hasta la cima, siguiendo la senda de los leñadores y cuando salieron de los bosques en la cumbre, pudieron ver miles de luces en el valle a sus pies. Shasta, que no tenía la más mínima idea de cómo sería una gran ciudad, se asustó. Comieron su cena y los niños durmieron un poco. Pero los caballos los despertaron muy temprano en la mañana.
Aún había estrellas y el pasto estaba terriblemente frío y mojado, pero ya empezaba a amanecer al otro lado del mar, más hacia la derecha. Aravis se alejó unos pasos dentro del bosque y regresó luciendo muy rara con sus nuevos vestidos andrajosos y llevando los suyos en un atado. Estos, junto con su armadura y escudo y cimitarra y las dos monturas y el resto de los elegantes arreos de los caballos, fueron colocados dentro de los sacos. Bri y Juin habían logrado ensuciarse y empaparse lo más posible y sólo faltaba cortarles las colas. Como el único instrumento que tenían para hacerlo era la cimitarra de Aravis, hubo que deshacer uno de los paquetes para sacarla. Fue un trabajo bastante largo y casi hirieron a los caballos.
—¡Les juro —exclamó Bri— que si no fuera yo un caballo que habla, qué linda patada les habría dado en plena cara! Pensé que iban a cortarla, no a sacarla a tirones, que fue lo que yo sentí.
Pero a pesar de la semioscuridad y los dedos helados, finalmente todo se hizo: los enormes atados amarrados a los caballos, los cabestros de cuerda (que usaban ahora en lugar de bridas y riendas) en manos de los niños, y comenzó el viaje.
—Recuerden —dijo Bri—. Permanezcamos juntos mientras podamos. Si no, encontrémonos en las Tumbas de los Antiguos Reyes, y el que llegue

primero debe esperar a los demás.
—Y recuerden —agregó Shasta—: ustedes los caballos sean prudentes y no se pongan a hablar, pase lo que pase.

IV. SHASTA SE ENCUENTRA CON LOS NARNIANOS

Al principio lo único que podía ver Shasta abajo en el valle era un mar de bruma de donde surgían algunas cúpulas y torreones; pero a medida que aumentaba la claridad y se despejaba la niebla, pudo ir viendo más y más. El ancho río se dividía en dos corrientes y en la isla formada en medio de ellas se erguía la ciudad de Tashbaan, una de las maravillas del mundo. Alrededor del borde mismo de la isla, de manera que el agua lamía la piedra, se alzaban altas murallas reforzadas con tal cantidad de torres que pronto desistió de contarlas. Dentro de las murallas, la isla se levantaba como una colina y toda aquella colina, hasta el palacio del Tisroc y el inmenso templo de Tash en la cima, estaba completamente cubierta de edificios, terraza sobre terraza, calle sobre calle, y de zigzagueantes caminos o enormes tramos de escalera, rodeados de naranjos y limoneros, azoteas llenas de flores, balcones, anchos arcos, columnatas de pilares, capiteles, almenas, minaretes, torreones. Y cuando por fin el sol salió del mar y la gran cúpula plateada del templo reflejó su luz, quedó casi deslumbrado.
—Sigue, Shasta —decía continuamente Bri.
A cada lado del valle las orillas del río eran tal masa de jardines que al principio parecían verdaderas selvas, hasta que te acercabas más y veías los blancos muros de innumerables casas asomándose por debajo de los árboles. Poco después Shasta sintió un delicioso olor a flores y frutas. Unos quince minutos más tarde se encontraban en medio de ellas, caminando despacio por un camino liso con blancos muros a cada lado y árboles que se inclinaban por encima de las murallas.
—Caramba —dijo Shasta, en tono respetuoso—. ¡Este es un sitio maravilloso!
—Puede ser —dijo Bri—. Pero me gustaría que ya estuviésemos a salvo al otro lado. ¡Narnia y el Norte!
En ese momento comenzó a sentirse un ruido bajo y vibrante que se hacía gradualmente más y más fuerte hasta que pareció que todo el valle se estremecía. Era un sonido musical, pero tan intenso y solemne que llegaba a ser un poquito aterrador.
—Es el sonar de los cuernos anunciando que se abren las puertas de la ciudad —dijo Bri—. Estaremos ahí dentro de un minuto. Mira, Aravis, deja caer los hombros un poco, camina a paso más pesado y trata de no parecer princesa. Trata de imaginarte que te han pateado y abofeteado e insultado toda tu vida.

—Si se trata de eso —dijo Aravis—, ¿por qué no dejas caer un poco más tu cabeza y arqueas un poco menos tu cuello y tratas de no parecer tanto un caballo de guerra?

—Silencio —dijo Bri—. Ya estamos aquí.

Y allí estaban. Habían llegado al borde del río y el camino ante ellos se extendía a lo largo de un puente de múltiples arcos. El agua bailaba brillando al sol matinal; allá a su derecha cerca de la desembocadura del río alcanzaban a divisar mástiles de barcos. Muchos otros viajeros iban delante de ellos en el puente, la mayoría campesinos con sus burros y mulas cargados o llevando canastos sobre la cabeza. Los niños y los caballos se unieron a la muchedumbre.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Shasta a Aravis, que tenía una extraña expresión en su rostro.

—Oh, todo va muy bien para *ti* —murmuró Aravis, con tono bastante violento—. ¿Qué te importa a *ti* Tashbaan? Pero yo debería ir en una litera con soldados delante de mí y esclavos a mis espaldas, y tal vez me dirigiría a un gran banquete en el palacio del Tisroc (que viva para siempre), en lugar de entrar así, furtivamente. Es muy distinto para ti.

Shasta pensó que todo eso era sumamente tonto.

Al otro extremo del puente las murallas de la ciudad se elevaban muy por encima de ellos y las puertas de bronce estaban abiertas en un pórtico que era realmente muy amplio pero que parecía estrecho por su gran altura. Media docena de soldados, apoyados en sus lanzas, permanecían de pie a cada lado. Aravis no podía dejar de pensar: “Todos se pondrían en posición firme y me saludarían si supieran de quién soy hija”. Pero los demás pensaban sólo en cómo irían a pasar las puertas, esperando que los soldados no les hicieran preguntas. Afortunadamente no se las hicieron. Pero uno de los soldados cogió una zanahoria del canasto de uno de los campesinos y se la tiró a Shasta con una grosera risotada, diciendo:

—¡Oye! ¡Niño palafrenero! Las vas a pagar si tu amo descubre que has usado su caballo de silla para trabajo de carga:

Esto lo asustó muchísimo ya que demostraba que, por supuesto, nadie que supiera algo de caballos tomaría a Bri por un animal de carga.

—Son las órdenes de mi amo, para que sepas —repuso Shasta.

Pero más hubiera valido que hubiese refrenado su lengua pues el soldado le dio una bofetada en la cara que casi lo derribó, diciéndole:

—Toma, porquería, para que aprendas a hablarle a un hombre libre.

Pero finalmente lograron entrar en la ciudad sin ser detenidos. Shasta lloró sólo un poquito; estaba acostumbrado a recibir golpes fuertes.

Dentro de las puertas, Tashbaan no les pareció en un comienzo tan espléndida como a la distancia. La primera calle era estrecha y las murallas a ambos lados apenas tenían una que otra ventana. Había un gentío mucho mayor de lo que Shasta esperaba: todo lleno, en parte de campesinos

(camino al mercado) que habían entrado con ellos, pero también de vendedores de agua, vendedores de confites, porteros, soldados, mendigos, niños harapientos, gallinas, perros vagos, y esclavos descalzos. Lo que más hubieras notado, si hubieses estado allí, habrían sido los olores que emanaban de gente sucia, perros sucios, perfumes, ajo, cebollas, y los montones de basura desparramada por todos lados.

Shasta simulaba llevar las riendas, pero en realidad lo hacía Bri, que conocía el camino y que lo guiaba dándole empujoncitos con la nariz. Pronto doblaron a la izquierda y comenzaron a subir una empinada colina. Acá estaba mucho más fresco y agradable, porque el camino estaba rodeado de árboles y sólo al lado derecho había casas; por el otro lado podían ver los techos de las casas en la parte baja del pueblo y algo del río. Luego hicieron a su derecha una curva en forma de horquilla y continuaron subiendo. Fueron zigzagueando hasta el centro de Tashbaan. Pronto llegaron a calles más elegantes. Grandes estatuas de los dioses y héroes de Calormen, que son más bien impresionantes que agradables de ver, se alzaban sobre brillantes pedestales. Las palmeras y las arcadas de columnas arrojaban su sombra sobre el ardiente pavimento. Y a través de los pórticos abovedados de numerosos palacios, Shasta alcanzó a vislumbrar ramas verdes, frescas fuentes y terso césped. “Debe ser bonito ahí adentro”, pensó.

A cada recodo Shasta esperaba que se estuvieran alejando del gentío, pero nunca lo lograban. Por este motivo, avanzaban muy lentamente y de vez en cuando debían detenerse del todo, lo que se debía casi siempre a que una voz potente gritaba: “Abran paso, abran paso al Tarkaan” o “a la Tarkeena” o “al decimoquinto Visir” o “al Embajador” y todo el gentío se apretaba contra las murallas; y por encima de sus cabezas, Shasta veía a veces al gran señor o señora que ocasionaba tal conmoción, recostados en una litera que cuatro y hasta seis gigantescos esclavos llevaban sobre sus hombros desnudos. Porque en Tashbaan hay una sola regla de tránsito, la cual es: toda persona poco importante tiene que dar paso a cualquiera que sea más importante; a menos que quieras recibir un latigazo o una punzada de la punta de una lanza.

Fue en una calle sumamente lujosa, muy cerca de la parte más alta de la ciudad (sólo el palacio del Tisroc estaba más arriba) que ocurrió la más desastrosa de esas detenciones.

—¡Paso! ¡Paso! ¡Paso! —se escuchó la voz—. Paso para el blanco Rey bárbaro, el huésped del Tisroc (¡que viva para siempre!). Paso a los nobles de Narnia.

Shasta trató de apartarse del camino y de hacer retroceder a Bri. Pero ningún caballo, ni siquiera un caballo narniano que habla, retrocede con facilidad. Y una mujer que llevaba en sus manos un canasto de bordes muy afilados, y que estaba justo detrás de Shasta, apretó violentamente el canasto contra sus hombros, diciéndole: “¡Vamos a ver! ¡A quién estás

empujando!”. Y entonces alguien más le dio un empellón y en la confusión soltó a Bri. Y toda esa muchedumbre detrás de él era tan compacta y tan estrechamente apretada que no se pudo mover. Por consiguiente se encontró, sin querer, en la primera fila y tuvo una magnífica vista del grupo que venía por la calle.

Era muy diferente de los otros grupos que había visto aquel día. El pregonero que iba adelante gritando: “¡Paso, paso!”, era el único calormene. Y no había ni una sola litera; todos iban a pie. Era una media docena de hombres y Shasta jamás había visto nadie como ellos. En primer lugar, todos tenían tez blanca como él, y la mayoría tenía el cabello claro. Y no vestían como los hombres de Calormen. Muchos tenían las piernas desnudas hasta la rodilla. Sus túnicas eran de colores elegantes, brillantes, fuertes: verde bosque, alegres amarillos, o fresco azul. En vez de turbantes usaban gorras de acero o de plata, algunas adornadas con joyas, y una con alitas a cada lado. Unos pocos iban con la cabeza descubierta. Sus espadas eran largas y rectas, no curvas como las cimitarras de los calormenes. Y en lugar de ser serios y misteriosos como la mayoría de los calormenes, caminaban con ritmo, con sus brazos y hombros sueltos, y charlaban y reían. Uno iba silbando. Te dabas cuenta de inmediato que estaban dispuestos a hacerse amigo de cualquiera que fuera amistoso y les importaba un rábano el que no lo fuera. Shasta pensó que nunca había visto algo tan encantador en toda su vida.

Mas no hubo tiempo para disfrutarlo, ya que de pronto sucedió la cosa más espantosa. El jefe de los hombres de pelo claro señaló a Shasta de súbito, gritando: “¡Ahí está! ¡Ahí está nuestro fugitivo!”, y lo tomó por el hombro. Al minuto siguiente le dio una palmada a Shasta —no una palmada cruel que te haga llorar sino una fuerte para que sepas que te van a castigar— y agregó, remeciéndolo:

—¡Qué vergüenza, señoría! ¡Pero qué vergüenza! Los ojos de la reina Susana están rojos de tanto llorar por ti. ¿Cómo es eso? ¡Desaparecido toda la noche! ¿Dónde has estado?

Shasta se habría lanzado debajo del cuerpo de Bri y habría tratado de esfumarse en la multitud si hubiera tenido la más mínima posibilidad; pero los hombres de pelo claro lo habían rodeado y lo sujetaban firmemente. Claro que su primer impulso fue decirles que él era sólo el pobre hijo de Arshish, el pescador, y que el noble extranjero debía haberlo confundido con otro. Mas la última cosa que quería hacer en ese lugar lleno de gente era ponerse a explicar quién era. Si lo hacía, pronto le preguntarían de dónde había sacado su caballo, y quién era Aravis, y entonces, adiós a cualquiera posibilidad de salir de Tashbaan. El siguiente impulso que tuvo fue recurrir a Bri para pedirle ayuda. Pero Bri no tenía la menor intención de permitir que toda esa muchedumbre supiera que él podía hablar, y aparentó ser todo lo estúpido que un caballo puede ser. En cuanto a Aravis,

Shasta no se atrevió siquiera a mirarla por miedo a llamar la atención sobre ella. Y no había tiempo para pensar, porque el jefe de los narnianos estaba diciendo:

—Toma una de las manos de su señoría, Peridan, por favor, y yo tomaré la otra. Y ahora, adelante. Nuestra real hermana se tranquilizará cuando vea a nuestra joven víctima propiciatoria a salvo en nuestras habitaciones.

Y de ese modo, antes de llegar a la mitad de camino para cruzar Tashbaan, todos sus planes se vieron arruinados, y sin siquiera tener la oportunidad de decir adiós a los demás, Shasta se encontró con que unos extranjeros se lo llevaban sin ninguna ceremonia y que era totalmente incapaz de adivinar qué sucedería más adelante. El Rey narniano —pues Shasta comprendió por la manera en que el resto le hablaba que él debía ser el Rey— siguió haciéndole preguntas: dónde había estado, cómo había salido, qué había hecho con sus vestimentas, y si no sabía que se había portado pésimamente. Sólo que el Rey decía pésimo en lugar de pésimamente.

Y Shasta no respondía, porque no podía pensar nada que decir que no fuera peligroso.

—¡Qué es esto! ¿Estás mudo? —preguntó el Rey—. Tengo que decirte con toda franqueza, Príncipe, que este vergonzante silencio es menos digno de alguien de tu sangre que la propia escapada. Se puede perdonar la fuga como una travesura de un niño con algo de humor. Pero el hijo del rey de Archenland debe reconocer sus actos y no inclinar la cabeza como un esclavo calormene.

Esto fue muy desagradable, pues Shasta iba todo el tiempo pensando que ese joven Rey era la persona grande más encantadora que conocía y le habría gustado darle una buena impresión.

Los extranjeros lo condujeron, asiendo estrechamente sus dos manos, a lo largo de una calle angosta, bajaron una escalera de peldaños muy bajos y luego subieron por otra que daba a un amplio portal en la blanca muralla con un alto y oscuro ciprés a cada lado. Al cruzar el arco, Shasta se encontró en un patio que era a la vez un jardín. En el centro, una fuente de mármol de agua clara que el manantial que en él vertía mantenía en un constante ondular. A su alrededor crecían naranjos sobre mullido pasto, y las cuatro murallas blancas que circundaban el prado estaban cubiertas de rosas trepadoras. Parecía que el ruido y el polvo y la muchedumbre en las calles habían quedado repentinamente muy lejos. Lo hicieron atravesar rápidamente el jardín y luego entrar por un oscuro portal. El pregonero se quedó afuera. Después lo llevaron por un corredor donde sus pies ardientes sintieron la exquisita frescura del suelo de piedra, y subieron unos cuantos escalones. Un momento más tarde se encontró, parpadeando por la luz, en una sala grande y aireada cuyas ventanas, abiertas de par en par, miraban al

norte, de modo que no les daba el sol. En el piso, una alfombra del colorido más maravilloso que jamás viera antes y sus pies se hundían en ella como si estuviese pisando un espeso musgo. Por todos lados, junto a las paredes, había sofás bajos con preciosos cojines, y la sala parecía estar llena de gente; alguna gente bastante curiosa, pensó Shasta. Pero no tuvo tiempo de reflexionar más porque la dama más linda que había visto en su vida se levantó del lugar donde estaba y le arrojó los brazos al cuello y lo besó, diciendo:

—Oh Corin, Corin, ¿cómo has podido hacer esto? Tú y yo que somos tan amigos desde que murió tu madre. ¿Y qué le habría dicho yo a tu padre si vuelvo a casa sin ti? Habría sido casi motivo de guerra entre Archenland y Narnia, que son aliados desde tiempos inmemoriales. Estuvo mal, querido compañero de juegos, muy mal de tu parte tratarnos así.

“Aparentemente —se dijo Shasta— me confunden con un príncipe de Archenland, dondequiera que esté eso. Y éstos deben ser los narnianos. Me pregunto dónde estará el verdadero Corin.” Pero estos pensamientos no lo ayudaron a decir nada en voz alta.

—¿Dónde has estado, Corin? —preguntó la dama, con sus manos aún sobre los hombres de Shasta.

—N-n-no sé —tartamudeó Shasta.

—Ahí lo tienes, Susana —dijo el Rey—. No le he podido sacar palabra verdadera o falsa.

—¡Majestades! ¡Reina Susana! ¡Rey Edmundo! —dijo una voz.

Y cuando Shasta se volvió a mirar al que hablaba, la sorpresa que se llevó le dio el susto de su vida. Pues era una de esas curiosas criaturas que había divisado por el rabillo del ojo cuando recién entró en la habitación. Era más o menos del mismo porte de Shasta. De la cintura para arriba era como un hombre, pero sus piernas eran peludas como las de una cabra, y de la misma forma de las de una cabra y tenía cascos de cabra y una cola. Su piel era más bien roja y tenía el pelo crespo y una barba corta y en punta y dos pequeños cuernos. En realidad era un fauno, una criatura que Shasta no había visto jamás ni en dibujos y de la cual ni siquiera había oído hablar antes. Y si tú ya leíste el libro llamado *El León, la Bruja y el Ropero*, te encantará saber que se trataba del mismo fauno, Tumnus era su nombre, que habían conocido la Reina Susana y su hermana Lucía el primer día que descubrieron la manera de llegar a Narnia. Pero estaba muchísimo más viejo porque ahora Pedro y Susana y Edmundo y Lucía ya llevaban varios años como Reyes y Reinas de Narnia.

—Sus Majestades —decía—. La pequeña Alteza ha tenido una insolación. ¡Mírenlo! Está aturdido. No sabe dónde está.

Entonces, por supuesto, todos dejaron de reprender a Shasta y de hacerle preguntas y comenzaron a mimarlo y lo colocaron en un diván y le pusieron cojines bajo la cabeza y le dieron a beber sorbete helado en una

copa de oro y le dijeron que se quedara tranquilo.
Nunca le había pasado algo así a Shasta en su vida. Jamás había imaginado siquiera que podría estar tendido en algo tan confortable como ese diván o beber algo tan delicioso como ese sorbete. Aún se preguntaba qué les habría ocurrido a los otros y cómo diablos iba a escapar para juntarse con ellos en las Tumbas, y qué iba a pasar cuando el verdadero Corin volviera. Pero ninguna de estas preocupaciones le parecía tan urgente ahora que estaba tan cómodo. ¡Y a lo mejor, más tarde, habría cosas exquisitas para comer!
Entretanto, era entretenido observar a la gente que se encontraba en esa sala fresca y ventilada. Aparte del fauno había dos enanos (una clase de criatura que no había visto antes) y un inmenso cuervo. El resto eran todos humanos; adultos, pero jóvenes, y todos, hombres y mujeres, tenían caras y voces más bellas que las de la mayoría de los calormenes. Y pronto Shasta principió a interesarse en la conversación.
—Y bien, señora —decía en ese momento el Rey a la reina Susana (la dama que había besado a Shasta)—. ¿Qué piensas? Llevamos tres semanas enteras en esta ciudad. ¿Has decidido si te casarás o no con ese enamorado tuyo de la cara oscura, ese Príncipe Rabadash?
La dama movió negativamente la cabeza.
—No, hermano —dijo—, ni por todas las joyas de Tashbaan.
(“¡Hola! —pensó Shasta—. Aunque son rey y reina son hermano y hermana, no están casados”.)
—Verdaderamente, hermana —dijo el Rey—, te amaría mucho menos si lo hubieras aceptado. Y te diré que cuando fueron por primera vez los embajadores del Tisroc a Narnia a convenir este matrimonio, y después cuando el Príncipe fue nuestro huésped en Cair Paravel, me asombraba que pudieras estar dispuesta a demostrarle tanto favor.
—Esa fue una locura mía, Edmundo —respondió la reina Susana—, y te ruego que me perdones. Sin embargo, cuando estaba con nosotros en Narnia, en realidad este Príncipe se comportó de manera muy distinta a como lo hace ahora en Tashbaan. Pues todos ustedes son testigos de las maravillosas proezas que realizó en el gran torneo y en las justas que nuestro hermano el gran Rey organizó para él, y lo sumisa y cortésmente que fraternizó con nosotros por espacio de siete días. Pero aquí, en su propia ciudad, muestra otra cara.
—¡Ah! —graznó el cuervo—. Hay un viejo dicho: conoce al oso en su propia madriguera antes de juzgar sus condiciones.
—Eso es muy cierto, Sálopa —dijo uno de los enanos—. Y hay otro: ven a vivir conmigo y me conocerás.
—Sí —dijo el Rey—. Ahora lo hemos visto tal cual es: el tirano más orgulloso, sanguinario, ostentoso, cruel y ególatra.
—Entonces, en nombre de Aslan —dijo Susana—, vámonos de

Tashbaan hoy mismo.
— Ahí está el problema, hermana —replicó Edmundo—. Pues ahora te voy a revelar algo que me tiene extremadamente preocupado en estos últimos dos días o más. Peridan, ten la amabilidad de ir a la puerta y ver si no hay alguien espiando. ¿Todo bien? Me alegro. Pues es preciso ser muy discretos.
Todos tenían una expresión muy seria. La reina Susana dio un salto y corrió hacia su hermano.
—Oh, Edmundo —gritó—. ¿Qué pasa? Hay algo aterrador en tu rostro.

V. EL PRINCIPE CORIN

—Mi querida hermana y buena señora —dijo el Rey Edmundo—, ahora deberás mostrar tu valentía. Pues te diré francamente que estamos ante un peligro nada despreciable.
—¿De qué se trata, Edmundo? —preguntó la reina.
—De lo siguiente —respondió Edmundo—. Creo que no será fácil para nosotros salir de Tashbaan. Mientras el Príncipe tuvo esperanzas de que lo aceptarías, fuimos huéspedes respetados. Pero, por la melena del León, pienso que en cuanto reciba tu terminante negativa, no estaremos mejor que cualquier prisionero.
Uno de los enanos lanzó un suave silbido.
—Se los advertí a sus Majestades, se los advertí —dijo el cuervo Sálopa—. ¡Se entra muy fácil pero no se sale muy fácil, como dijo la langosta atrapada en la langostera!
—Estuve con el Príncipe esta mañana —continuó Edmundo—. El no está habituado (desgraciadamente) a que contraríen su voluntad. Y está sumamente irritado por tus largas dilaciones y tus inciertas respuestas. Esta mañana me presionó con dureza para conocer tu decisión. Deseché sus temores, tratando al mismo tiempo de disminuir sus esperanzas con algunas bromas sobre los caprichos de las mujeres, e insinué que su proyecto de matrimonio parecía haberse enfriado. Se enojó mucho y se mostró peligroso. Había una especie de amenaza, aunque aún velada por una apariencia de cortesía, en cada palabra que pronunció.
—Sí —asintió Tumnus—. Y cuando cené con el Gran Visir anoche, fue igual. Me preguntó si me gustaba Tashbaan. Y yo (porque no podía decirle que odiaba cada piedra de esta ciudad y tampoco podía mentir) le dije que ahora, que ya llegaba el pleno verano, mi corazón se volvía hacia los frescos bosques de Narnia y hacia sus laderas cubiertas de rocío. Me miró con una sonrisa que no presagiaba nada bueno y dijo: “Nada te impide danzar allá nuevamente, pequeño patadecabra, *siempre que nos dejen a cambio una novia para nuestro príncipe”*.

—¿Quieres decir que me haría su esposa por la fuerza? —exclamó Susana.
—Eso me temo, Susana —respondió Edmundo—. Esposa, o esclava, lo que es peor.
—Pero ¿cómo podría hacerlo? ¿El Tisroc cree que nuestro hermano el gran Rey toleraría un atropello semejante?
—Señor —dijo Peridan al Rey—. No serán tan locos. ¿O es que piensan que no hay espadas ni lanzas en Narnia?
—Ay de nosotros —dijo Edmundo—. Me imagino que el Tisroc tiene poco temor de Narnia. Somos un país pequeño. Y los países pequeños que limitan con grandes imperios son siempre odiosos a los ojos de los señores del gran imperio. El desea aniquilarlos, engullirlos. Al comienzo, cuando permitió que el Príncipe fuera a Cair Paravel como tu pretendiente, hermana, es posible que estuviera solamente buscando una ocasión en nuestra contra. Es muy probable que espere apoderarse de un solo zarpazo de Narnia y Archenland juntos.
—Déjalo que lo intente —dijo el segundo enano—. En el mar somos tan poderosos como él. Y si nos asalta por tierra tendría que cruzar el desierto.
—Es verdad, amigo —murmuró Edmundo—. Pero ¿es el desierto una defensa segura? ¿Qué opina Sálopa?
—Conozco muy bien ese desierto —dijo el cuervo—. Pues he volado a lo largo y ancho de él desde mi niñez (puedes estar seguro de que Shasta aguzó el oído ante estas palabras). Y esto es lo cierto: si el Tisroc va por el gran oasis, nunca podrá conducir un numeroso ejército a través de él hacia Archenland. Porque aunque podrían llegar al oasis al final del primer día de marcha, los manantiales que hay allí no bastarían para calmar la sed de todos esos soldados y sus bestias. Pero existe otro camino.
Shasta escuchaba en el silencio más atento.
—El que quiera encontrar ese camino —dijo el cuervo— debe partir de las Tumbas de los Antiguos Reyes y seguir hacia el noroeste, de modo que las dos cumbres del Monte Pire se encuentren siempre delante de él. Y así, a un día o un poco más de marcha, llegará al final de un valle pedregoso, tan estrecho que un hombre podría estar a un estadio (*) de distancia miles de veces y jamás sabría que se encontraba allí. Y mirando hacia ese valle no verá pasto ni agua ni nada bueno. Pero si baja por él llegará a un río y podrá recorrer, siguiendo sus aguas, todo el camino a Archenland.
—¿Y los calormenes saben de este camino al oeste? —preguntó la reina.
—Amigos, amigos —intervino Edmundo—, ¿de qué vale toda esta conversación? No nos preocupa si ganaría Narnia o Calormen en caso de estallar la guerra entre ambos. Nos preocupa cómo salvar el honor de la

reina y nuestras propias vidas saliendo de esta ciudad infernal. Pues aunque mi hermano el gran Rey Pedro venciera al Tisroc una docena de veces, a pesar de todo y mucho antes de que llegara ese día, nos habrían cortado la garganta y su gracia la reina sería la esposa o, más probablemente, la esclava del príncipe.

—Tenemos nuestras armas, Rey —dijo el primer enano—. Y esta es una causa razonablemente fácil de defender.

—Y por eso —dijo el Rey— no dudo de que cada uno de nosotros

* *Estadio:* medida de 201 metros.

vendería cara su vida en esa puerta y sólo llegarían ante la reina por sobre nuestros cadáveres. Y aun así seríamos sólo ratas luchando dentro de una trampa, a fin de cuentas.

—Muy cierto —graznó el cuervo—. Estas extremas resistencias en una casa inspiran bellas historias, pero nunca se obtiene nada de ellas. Después de soportar los primeros rechazos, el enemigo siempre le prende fuego a la casa.

—Soy la causa de todo esto —dijo Susana, estallando en llanto—. Ojalá nunca hubiera salido de Cair Paravel. El último de nuestros días felices fue el anterior a la llegada de aquellos embajadores de Calormen. Los topos estaban plantando un huerto para nosotros... oh... oh.

Y ocultando el rostro entre sus manos, sollozó.

—Valor, Su, valor —dijo Edmundo—. Recuerda... ¿pero qué es lo que pasa contigo, maestro Tumnus?

Pues el fauno se tomaba los cuernos con sus dos manos como afirmando así su cabeza, retorciéndola de aquí para allá como si tuviera un gran dolor dentro de ella.

—No me hablen, no me hablen —murmuró Tumnus—. Estoy pensando. Estoy pensando tanto que apenas puedo respirar. Esperen, esperen, esperen por favor.

Por un momento hubo un silencio de perplejidad y luego el fauno miró hacia arriba, respiró profundo, enjugó su frente y dijo:

—La única dificultad es cómo lograremos bajar hasta nuestro barco, y con algunas provisiones además, sin ser descubiertos y detenidos.

—Sí —exclamó un enano en tono burlón—. Así como la única dificultad del mendigo para montar a caballo es que no tiene caballo.

—Esperen, esperen —prosiguió el señor Tumnus con impaciencia—. Todo lo que necesitamos es algún pretexto para ir al barco hoy día y llevar nuestras cosas a bordo.

—Sí —musitó el Rey Edmundo en tono de duda.

—Bien, entonces —dijo el fauno—, ¿qué les parece si sus Majestades invitan al Príncipe a un gran banquete que se ofrecerá a bordo de nuestro galeón el *Resplandor Cristalino* mañana en la noche? Y que el mensaje sea redactado en la forma más amable que la reina pueda inventar sin

comprometer su honor: de manera de darle al Príncipe una esperanza de que ella está cediendo.
—Es un muy buen consejo, señor —graznó el cuervo.
—Y entonces —continuó Tumnus, excitado—, todos supondrán que estaremos yendo al barco todo el día, haciendo los preparativos para nuestros invitados. Y permitirán que algunos de nosotros vayan a los bazares y gasten lo poco que tenemos en las fruterías y donde los vendedores de confites y los mercaderes en vino, tal como si estuviéramos en verdad dando una fiesta. Y nos dejarán contratar magos y juglares y bailarinas y flautistas, para que se presenten a bordo mañana por la noche.
—Ya entiendo, ya entiendo —dijo el Rey Edmundo, sobándose las manos.
—Y entonces —prosiguió Tumnus—, todos estaremos a bordo esta noche. Y en cuanto esté bien oscuro...
—¡Arriba las velas y afuera los remos...! —gritó el Rey.
—Y a la mar —exclamó Tumnus, dando un brinco y poniéndose a bailar.
—Y proa al norte —dijo el primer enano.
—¡Corriendo a casa! ¡Viva Narnia y el Norte! —dijo el otro.
—¡Y el Príncipe despertando a la mañana siguiente *y* encontrando que sus pájaros han volado! —agregó Pendan, batiendo palmas.
—Oh maestro Tumnus, querido maestro Tumnus —dijo la reina, cogiendo sus manos y balanceándose con él al ritmo de su danza—. Nos has salvado a todos.
—El Príncipe nos perseguirá —dijo otro de los señores cuyo nombre Shasta todavía no había oído.
—Es lo que menos temo —repuso Edmundo—. He visto todas las naves en el río y no hay ningún barco alto de guerra ni ninguna galera veloz. ¡Ojalá nos persiga! Porque el *Resplandor Cristalino* puede hundir lo que él mande tras de nosotros... si es que nos alcanzan.
—Señor —dijo el cuervo—. No escucharás mejor complot que el del fauno aunque nos sentemos en consejo durante siete días. Y ahora, como decimos nosotros los pájaros, los nidos antes que los huevos. Lo que es como decir, vayamos a comer y luego rápidamente a nuestros asuntos.
Todos se pusieron de pie al escuchar esto y se abrieron las puertas y los señores y las criaturas se hicieron a un lado para dejar que el Rey y la Reina salieran primero. Shasta se preguntaba qué haría, pero el señor Tumnus le dijo:
—Quédate aquí, Alteza, y yo te traeré un pequeño banquete para ti dentro de pocos minutos. No necesitas moverte hasta que estemos listos para embarcar.
Shasta dejó caer nuevamente su cabeza sobre las almohadas y pronto se encontró solo en la sala.

“Esto es absolutamente espantoso” —pensó Shasta. Nunca se le ocurrió decir a aquellos narnianos toda la verdad y pedirles su ayuda. Habiendo sido criado por un hombre duro y tacaño como Arshish, tenía la inveterada costumbre de no decir jamás nada a los mayores si podía evitarlo; pensaba siempre que ellos echarían a perder o impedirían lo que él estuviera tratando de hacer. Y se dijo que aunque el Rey narniano fuera amable con los dos caballos por ser bestias que hablan de Narnia, odiaría a Aravis por ser de Calormen y o bien la vendería como esclava o bien la enviaría de regreso donde su padre. En cuanto a él mismo, “simplemente no me atrevo a decirles que no soy el Príncipe Corin *ahora”*, pensaba Shasta. “He escuchado sus planes. Si saben que no soy uno de ellos, no me dejarán nunca salir vivo de esta casa. Tendrían miedo de que los traicione ante el Tisroc. Me matarían. ¡Y si aparece el verdadero Corin, todo se descubrirá, y me matarán!” Como puedes ver, él no tenía idea de cómo se comporta la gente noble y que ha nacido libre.
—¿Qué puedo hacer? ¿Qué voy a hacer? —se decía a sí mismo continuamente—. ¿Qué...?, hola, ahí viene esa criaturita caprina otra vez.
El fauno entró trotando, y medio bailando, con una bandeja casi tan grande como él en sus manos. La dejó sobre una mesa empotrada al lado del sofá de Shasta, y él se sentó sobre el piso alfombrado cruzando sus piernas de cabra.
—Y ahora, principito —dijo—, Come una buena cena. Será tu última comida en Tashbaan.
Era una fina comida al estilo calormene. No sé si a ti te hubiera gustado, pero a Shasta sí. Había langosta, y ensalada, y agachadiza rellena con almendras y trufas, y un guiso muy complicado de hígados de pollo y arroz y pasas y nueces, y luego melones fríos y jugos de grosella y mora con crema, y toda clase de cosas ricas que puedan hacerse con helados. También había un jarrito con la clase de vino que llaman “blanco” aunque en realidad es amarillo.
Mientras Shasta comía, el buen fauno, que pensaba que éste aún estaba aturdido por la insolación, se dedicó a hablarle de lo bien que lo pasaría cuando todos volvieran a casa; y acerca de su buen padre, el anciano Rey Lune de Archenland y el pequeño castillo en que vivía en las laderas sur del desfiladero.
—Y no olvides —dijo el señor Tumnus—, que se te ha prometido tu primera armadura y tu primer caballo de guerra para tu próximo cumpleaños. Y después su Alteza comenzará a aprender a participar en justas y torneos. Y dentro de pocos años, si todo va bien, el Rey Pedro ha ofrecido a tu real padre que él en persona te hará Caballero en Cair Paravel. Y en el intertanto habrá muchas idas y venidas entre Narnia y Archenland por el paso de las montañas. Y por supuesto que recordarás que prometiste venir a pasar una semana entera conmigo para el Festival de Verano; y

habrá fogatas y danzas que durarán toda la noche y bailarán faunos y dríades en el corazón de los bosques y, ¿quién sabe?... ¡a lo mejor vemos al propio Aslan!

Cuando terminó la comida, el fauno dijo a Shasta que se quedara muy tranquilo donde estaba.

—Y no te haría ningún daño dormir un poquito —añadió—. Te vendré a buscar con bastante tiempo para ir a bordo. Y luego, la patria. ¡Narnia y el Norte!

Shasta había gozado tanto con su cena y con las cosas que Tumnus le había estado contando que cuando quedó solo sus pensamientos tomaron un rumbo muy diferente. Ahora lo único que esperaba era que el verdadero Príncipe Corin no volviera hasta que fuera ya demasiado tarde y que a él lo llevaran a Narnia por barco. Me temo que no pensó ni por un instante en lo que pudiera pasarle al verdadero Corin si lo dejaban abandonado en Tashbaan. Estaba un poco preocupado por Aravis y Bri que lo esperaban en las Tumbas. Pero luego se dijo: "Bueno, ¿qué puedo hacer yo? De todas formas, esa Aravis cree que es demasiado superior a mí para andar conmigo, así que muy bien puede seguir sola", y al mismo tiempo no podía dejar de pensar que era mucho más agradable ir a Narnia por mar que atravesar el desierto con tantas dificultades.

Después que hubo pensado todo esto, hizo lo que supongo habrías hecho tú si te hubieras levantado muy temprano y hubieras debido hacer una larga caminata y hubieras experimentado grandes emociones y luego hubieras comido una exquisita cena, y estuvieras tendido en un diván en una pieza fresca sin ruidos, fuera de una abeja que entró zumbando por las ventanas abiertas. Se quedó dormido.

Lo despertó un fuerte estruendo. Saltó del sofá, mirando fijamente. A juzgar por la apariencia de la sala —las luces y sombras le parecieron diferentes— se dio cuenta de que debía haber dormido varias horas. También vio qué era lo que había producido el estruendo: un costoso florero de porcelana que había estado colocado en el alféizar de la ventana yacía ahora en el suelo, quebrado en cerca de treinta pedazos. Pero casi no se fijó en estas cosas. En lo que sí se fijó fue en dos manos agarradas al alféizar desde afuera. Se agarraban con más y más fuerza (haciendo blanquear los nudillos) y luego aparecieron una cabeza y un par de hombros. Un segundo más tarde, un muchacho de la misma edad de Shasta estaba sentado a caballo en el alféizar con una pierna colgando dentro de la habitación.

Shasta no había visto nunca su propia imagen en un espejo. Incluso si lo hubiese hecho, no habría comprendido que el otro niño era (en tiempos normales) casi exactamente igual a él. En ese momento este niño no se parecía a nadie en especial, porque lucía el mejor ojo en tinta que hayas

visto en tu vida, y le faltaba un diente, y su ropa (que debe haber sido espléndida cuando se la puso) estaba rota y sucia, y tenía la cara llena de sangre y barro.

—¿Quién eres? —dijo el niño en un susurro.

—¿Eres el Príncipe Corin? —preguntó Shasta.

—Sí, por supuesto —repuso el otro—. Pero ¿quién eres tú?

—No soy nadie, nadie en particular, quiero decir —contestó Shasta—. El Rey Edmundo me atrapó en la calle y me confundió contigo. Supongo que debemos parecemos mucho. ¿Puedo irme por donde tú llegaste?

—Sí, si eres bueno para escalar —dijo Corin—. Pero ¿por qué tienes tanto apuro? Mira: hay que sacar algo entretenido de esto que te hayan tomado por mí.

—No, no —dijo Shasta—. Debemos cambiar lugares ahora mismo. Sería simplemente terrorífico si el señor Tumnus vuelve y nos encuentra a los dos aquí. Tuve que fingir ser tú. Y ustedes partirán esta noche... en secreto. ¿Y dónde estuviste todo este tiempo?

—Un niño en la calle hizo una broma de mal gusto acerca de la reina Susana —respondió el Príncipe Corin—, así es que le pegué y lo tiré al suelo. Se arrancó aullando y entró en una casa y su hermano grande salió. Entonces le pegué al hermano grande. Después todos empezaron a perseguirme hasta que nos topamos con tres viejos con lanzas que llaman la Ronda. Así es que luché contra la Ronda y ellos me pegaron y me botaron al suelo. Ya estaba oscureciendo. Entonces la Ronda me llevó para encerrarme en alguna parte. Así es que les pregunté si les gustaría tomar una jarra de vino y dijeron que sí, que muchas gracias. Los llevé entonces a una tienda de vinos y les compré un poco y ellos se sentaron y bebieron hasta que se quedaron dormidos. Pensé que era hora de que yo me fuera, así es que salí muy despacio y luego volví a encontrar al primer niño —el que había empezado todo el problema—, que todavía haraganeaba por ahí. Así es que le volví a pegar un puñete. Después escalé por el tubo de una cañería hasta el techo de una casa y allí me quedé muy quieto hasta que empezó a clarear la mañana. Desde entonces busco mi camino de regreso. Oye, ¿hay algo de beber?

—No, me lo tomé yo —dijo Shasta—. Y ahora, muéstrame cómo entraste. No hay un minuto que perder. Es mejor que te tiendas en el sofá y finjas... pero me olvidaba. No va a resultar con todos esos moretones y el ojo en tinta. Vas a tener que decirles la verdad, una vez que yo esté a salvo muy lejos.

—¿Y qué otra cosa pensaste que les diría yo? —preguntó el Príncipe, con una mirada de indignación—. ¿Y quién eres *tú?*

—No hay tiempo —susurró Shasta, frenético—. Soy un narniano, creo; algo que está al norte, de todas maneras. Pero crecí y pasé toda mi vida en Calormen. Y estoy huyendo a través del desierto con un caballo que

habla que se llama Bri. ¡Y ahora, rápido! ¿Cómo salgo?
—Mira —dijo Corin—. Déjate caer por esta ventana al techo de la terraza. Pero hazlo muy livianamente, de puntillas, o si no alguien te puede oír. Continúa enseguida por la izquierda y puedes subir hasta la punta de esa muralla si eres un buen trepador. Luego sigues por la muralla hasta la esquina. Déjate caer sobre el montón de basura que encontrarás afuera, y estás listo.
—Gracias —dijo Shasta, que ya estaba sentado en el alféizar.
Los dos niños se miraron cara a cara y súbitamente descubrieron que ya eran amigos.
—Adiós —dijo Corin—. Y *buena* suerte. Espero que te vaya bien.
—Adiós —dijo Shasta—. Oye, ¡tú sí que has tenido aventuras!
—Nada en comparación con las tuyas —repuso el Príncipe—. Y ahora, baja; suavemente... te digo —agregó cuando Shasta se dejaba caer—. Espero que nos encontremos en Archenland. Anda donde mi padre el Rey Lune y dile que eres amigo mío. ¡Cuidado! Oigo a alguien que se acerca.

VI. SHASTA EN MEDIO DE LAS TUMBAS

Shasta corrió por el techo ágilmente y de puntillas, sintiendo su calor bajo los pies desnudos. Tardó sólo pocos segundos en trepar la muralla por el otro extremo, y al llegar a la esquina pudo ver abajo una calle estrecha y maloliente, donde había un montón de basura apilada contra el muro de afuera, tal como le había dicho Corin. Antes de saltar al suelo dio una rápida mirada a su alrededor para orientarse. Al parecer había ido a parar al centro de la isla-colina en que estaba construida Tashbaan. Todo descendía en declive ante él, techos planos debajo de techos planos, hasta llegar a las torres y almenas de la muralla norte de la ciudad. Más allá se veía el río y más allá del río una cuesta corta llena de jardines. Pero aún más allá había algo que él no había visto nunca: una cosa enorme de color gris amarillento, tersa como un mar en calma, y que se extendía por kilómetros y kilómetros. Al lado opuesto había unas inmensas cosas azules, de aspecto desigual y bordes dentados, y algunas con cumbres blancas.
"¡El desierto! ¡Las montañas!", pensó Shasta.
Saltó por encima de la basura y comenzó a trotar cuesta abajo por el estrecho callejón lo más rápido que pudo; pronto desembocó en una calle ancha donde había más gente. Nadie se molestó en mirar al chiquillo harapiento que corría descalzo por la calle. Con todo, iba ansioso y desasosegado hasta que dobló la esquina y vio frente a él las puertas de la ciudad. Ahí le dieron empellones y lo empujaron un poco, pues también muchísima gente venía saliendo; y en el puente, pasado de la puerta, la muchedumbre se transformó en una lenta procesión que más parecía una cola que una multitud. Allá afuera, con la clara corriente de agua a cada

lado, se sentía un delicioso frescor, sobre todo después del olor y el calor y el ruido de Tashbaan.

Una vez que Shasta logró llegar al otro lado del puente, advirtió que la muchedumbre se dispersaba; parecía que todos iban o bien a la izquierda o bien a la derecha por las riberas del río. El siguió derecho adelante subiendo por un camino rodeado de jardines y que no parecía ser muy frecuentado. A los pocos pasos se encontró solo, y unos pocos pasos más lo condujeron a la cima de la ladera. Allí se detuvo y miró atentamente. Era como haber llegado al fin del mundo, pues se acababa bruscamente el pasto y a escasos metros comenzaba la arena: una interminable y tersa arena, como en una playa pero un poco más áspera ya que nunca se mojaba. Adelante asomaban las montañas, que ahora parecían más lejanas. Para su gran alivio vio, a unos cinco minutos de caminata a su izquierda, algo que seguramente eran las Tumbas, tal como las había descrito Bri; grandes masas de desmoronadas piedras semejantes a gigantescas colmenas, sólo un poquito más angostas. Tenían un aspecto muy oscuro y terrible porque el sol ya se estaba poniendo justo detrás de ellas.

Volvió su rostro al oeste y trotó hacia las Tumbas. No podía dejar de escrutar fijamente a su alrededor en busca de alguna seña de sus amigos, a pesar de que el sol poniente le daba justo en la cara y apenas podía ver.

“Por lo demás —pensó—, seguro que estarán al final de la última Tumba, no a este lado donde cualquiera podría verlos desde la ciudad.”

Había cerca de doce Tumbas, cada una con una entrada baja en forma de arco que abría a una absoluta oscuridad. Se encontraban esparcidas sin ningún orden, de modo que te demorabas un buen rato dando vueltas alrededor de ésta y luego de la otra, antes de que pudieras estar cierto de haber mirado por todos lados en cada Tumba. Eso fue lo que Shasta tuvo que hacer. No había nadie.

Reinaba gran quietud aquí a la entrada del desierto; y el sol, finalmente, se había puesto.

De repente, en algún lugar detrás de él, se sintió un ruido tremendo. El corazón de Shasta dio un vuelco y tuvo que morderse la lengua para no gritar. Al instante comprendió de qué se trataba: eran los cuernos de Tashbaan que tocaban al cierre de las puertas.

“No seas un estúpido cobarde —se dijo Shasta—. Qué tonto, si es sólo el mismo ruido que oíste esta mañana.”

Pero hay una gran diferencia entre un ruido que escuchas cuando vas con tus amigos en la mañana, y un ruido que escuchas solo al caer la noche, y que te deja sin palabras. Y ahora que las puertas se habían cerrado, supo que no había ninguna posibilidad de que los otros se juntaran con él esa tarde.

“O bien quedaron encerrados en Tashbaan por esta noche —pensó Shasta—, o si no se han ido sin mí. Es la típica cosa que haría Aravis. Pero

no Bri. Oh, él no lo haría... ¿o lo haría?”
Una vez más, Shasta se equivocaba en su opinión sobre Aravis. Ella era orgullosa y podía ser muy dura, pero era fiel como un perro y jamás habría abandonado a un compañero, aunque no le gustara.
Ahora que Shasta se había convencido de que pasaría la noche solo (se oscurecía por minutos), empezó a encontrar cada vez más desagradable el lugar. Había algo muy inconfortable en esas grandes y silenciosas formas de piedra. Había hecho increíbles esfuerzos durante mucho tiempo por no pensar en los demonios; pero ya no podía resistir más.
— ¡Ay! ¡Ay! ¡Socorro! —gritó de súbito, pues en ese mismo momento sintió que algo le tocaba la pierna.
No creo que se pueda culpar a nadie de que grite si viene algo por detrás y lo toca; menos en un lugar como aquél y a esa hora, cuando ya está asustado de antemano. Y además Shasta estaba tan aterrado que no podía correr. Cualquier cosa era preferible a ser perseguido dando vueltas y vueltas entre las sepulturas de los Antiguos Reyes por algo que no se atrevía a darse vuelta a mirar. En lugar de arrancar, hizo lo único sensato que en realidad podía hacer. Miró en torno, y casi estalla su corazón de alivio. Lo que lo había tocado era simplemente un gato.
La luz era muy mala ya como para que Shasta pudiera ver bien al gato, pero se dio cuenta de que era grande y majestuoso. Parecía que hubiese vivido por largos, largos años entre las Tumbas, solo. Sus ojos te hacían pensar que sabía secretos que no quería revelar.
—Gatito, gatito —llamó Shasta—. Supongo que no serás un gato que *habla.*
El gato se contentó con mirarlo de fijo, con mayor dureza. Luego empezó a alejarse y, por supuesto, Shasta lo siguió. Lo condujo derecho a través de las Tumbas y salió por el lado en que las Tumbas dan al desierto. Allí se sentó, muy erguido, con su cola enroscada entre las patas y su cara vuelta hacia el desierto y hacia Narnia y el Norte, tan quieto que parecía estar vigilando a posibles enemigos. Shasta se tendió a su lado, dando la espalda al gato y con su rostro mirando hacia las Tumbas, porque si uno está nervioso no hay nada mejor que mirar de frente el peligro y tener algo tibio y firme a tus espaldas. Puede que a ti la arena no te hubiera parecido muy cómoda, pero Shasta llevaba semanas durmiendo en el suelo y casi no la notó. Se quedó dormido muy pronto, a pesar de que incluso en sus sueños siguió preguntándose qué les habría pasado a Bri y a Aravis y a Juin.
Lo despertó de repente un ruido que jamás había escuchado antes. “A lo mejor fue sólo una pesadilla”, se dijo Shasta. En ese momento advirtió que el gato ya no estaba a sus espaldas, y deseó que no se hubiese ido. Pero se quedó inmóvil sin siquiera abrir los ojos porque estaba seguro de que se asustaría más si se sentaba y miraba a las Tumbas y a la soledad; tal como tú o yo nos habríamos quedado sin movernos, tapándonos la cabeza con

nuestra ropa. Pero el ruido se repitió... un grito áspero y penetrante que salía del desierto detrás de él. Entonces, por supuesto, tuvo que abrir los ojos y sentarse.

La luna brillaba esplendorosamente. Las Tumbas, mucho más grandes y cercanas de lo que él pensaba, se veían grises a la luz de la luna. En realidad, se parecían horriblemente a seres gigantescos, ataviados con grises vestimentas que cubrían sus cabezas y rostros. No era nada de agradable tenerlas cerca, cuando pasas la noche solo en un lugar extraño. Pero el ruido venía del otro lado, del desierto. Shasta tuvo que dar la espalda a las Tumbas (lo que no le gustaba mucho) y mirar con atención a través de la tersa arena. Se escuchó otra vez ese grito salvaje.

"Espero que no haya más leones" —pensó Shasta.

En verdad no se parecía mucho a los rugidos de león que había escuchado la noche en que se encontraron con Juin y Aravis, y es que en realidad era el grito de un chacal. Claro que Shasta no lo sabía. Y aunque lo hubiera sabido, no le habría gustado mucho tener que vérselas con un chacal.

Se oían los gritos una y otra vez.

"Hay más de uno, sea lo que sea —pensó Shasta—. Y se están acercando."

Supongo que si él hubiese sido un niño realmente sensato habría regresado a través de las Tumbas a las cercanías del río donde había casas y donde era menos probable que llegaran las bestias salvajes. Pero allí había (o él creía que había) demonios. Volver a través de las Tumbas significaba pasar por esas oscuras aberturas en las Tumbas; ¿y qué podía salir de allí? Puede parecer tonto, pero Shasta sentía que era preferible exponerse a las bestias salvajes. Luego, a medida que los gritos se acercaban más y más, empezó a cambiar de opinión.

Estaba listo para escapar cuando de súbito, entre él y el desierto, un inmenso animal saltó a la luz. Como la luna estaba detrás de él, se veía totalmente negro, y Shasta no supo qué era, excepto que tenía una cabeza enorme y peluda y que andaba en cuatro patas. No pareció reparar en Shasta, porque se detuvo repentinamente, volvió su cabeza hacia el desierto y dejó oír un rugido que resonó entre las Tumbas y casi hizo temblar la arena bajo los pies de Shasta. Se apagaron de inmediato los gritos de las otras criaturas y a Shasta le pareció escuchar el sonido de pies que huían corriendo. Entonces la gran bestia se volvió para examinar a Shasta.

"Es un león, sé que es un león —pensó Shasta—. Estoy perdido. Me pregunto si me hará doler mucho. Quisiera que todo hubiera terminado. ¿Pasará algo con la gente después de muerta? ¡Oh-o-oh! ¡Aquí viene." Y cerró los ojos y apretó los dientes.

Pero en lugar de dientes y garras sólo sintió algo tibio a sus pies. Y cuando abrió los ojos, dijo:

—¡Pero si no es ni cerca de lo grande que yo me imaginaba! Es apenas la mitad del tamaño. No, ni siquiera la cuarta parte. ¡Reconozco que es sólo un gato! Debo haber soñado que era grande como un caballo.
Y, fuera que hubiese soñado o no, lo que ahora estaba a sus pies y lo miraba desconcertado con sus enormes y verdes ojos fijos, era el gato; aunque era ciertamente uno de los gatos más grandes que había visto.
—Oh gato —jadeó Shasta—. Estoy *tan* contento de volver a verte. He tenido sueños tan horribles.
Y se tendió de inmediato otra vez, espalda con espalda con el gato tal como habían estado al comienzo de la noche. Se sintió enteramente cobijado en su tibieza.
—Nunca más le haré algo malo a un gato en el resto de mi vida —dijo Shasta, mitad al gato y mitad a sí mismo— Una vez lo hice, has de saber. Le tiré piedras a un pobre gato callejero, sarnoso y medio muerto de hambre. ¡Oye! ¡Basta!
Porque el gato se había dado vuelta y le había lanzado un arañazo.
—Nada de eso —dijo Shasta—. Es como si entendieras lo que estoy diciendo.
Y después se quedó dormido.
Cuando despertó a la mañana siguiente, el gato se había ido, el sol ya había salido y la arena estaba caliente. Shasta, muerto de sed, se sentó y se frotó los ojos. El desierto era de una blancura enceguecedora y, a pesar de que había un murmullo de ruidos provenientes de la ciudad detrás de él, donde se encontraba todo estaba en perfecta quietud. Cuando miró un poco a la izquierda y al occidente para evitar que el sol diera en sus ojos, pudo ver las montañas al otro extremo del desierto, tan puntiagudas y claras que parecían estar a sólo un tiro de piedra. Notó en particular una altura azul dividida en la cima en dos picachos y decidió que ese debía ser el Monte Pire.
"Esa es nuestra dirección, a juzgar por lo que dijo el cuervo —pensó—, así es que me voy a asegurar a fin de no perder ni un minuto cuando aparezcan los demás."
Hizo, por lo tanto, un buen surco profundo y recto con su pie, señalando exactamente al Monte Pire.
La siguiente tarea era, naturalmente, conseguir algo para comer y beber. Shasta volvió trotando a las Tumbas —que le parecieron nada especial ahora y se extrañó de haberles tenido miedo— y bajó a los vergeles de la orilla del río. Había algunas personas en los alrededores, pero no demasiadas, pues las puertas de la ciudad estaban abiertas desde hacía varias horas y el gentío de la mañana temprano ya había entrado. Así es que no tuvo ninguna dificultad en llevar a cabo una pequeña "incursión" (como lo llamaba Bri). Esto involucró trepar por la muralla de un jardín y su producto fue: tres naranjas, un melón, un par de higos y una granada.

Después bajó a la ribera del río, pero no muy cerca del puente, y bebió. El agua estaba tan exquisita que se sacó sus calurosas y sucias vestimentas y se dio un baño; porque Shasta, por supuesto, como había vivido toda su vida al lado de la playa, había aprendido a nadar casi junto con caminar. Cuando salió, se tendió en el pasto y se puso a contemplar Tashbaan al otro lado del río, todo el esplendor y la fuerza y la gloria de la ciudad. Pero esto le hizo recordar los peligros que encerraba. De repente se le ocurrió la idea de que los otros podrían haber llegado a las Tumbas mientras él se bañaba ("y a lo mejor han seguido sin mí"), por lo que se vistió aterrado y se echó a correr precipitadamente de regreso, a tal velocidad que cuando llegó estaba atrozmente acalorado y sediento y el bienestar de su baño se había esfumado.

Como sucede siempre en esos días en que estás solo y esperando algo, este día le pareció durar unas cien horas. Tenía mucho en que pensar, claro está, pero sentarse solo, nada más que a pensar, es sumamente aburrido. Pensó muchísimo en los narnianos, especialmente en Corin. Se preguntaba qué habría pasado cuando descubrieron que el niño que había estado recostado en el diván y oyendo todos sus planes secretos no era en realidad Corin. Era muy desagradable pensar que aquella gente tan encantadora lo tomaría por un traidor.

Pero a medida que el sol lentamente, lentamente subía hasta lo más alto del cielo y luego lentamente, lentamente comenzaba a descender hacia el oeste, y nadie llegaba y nada acontecía, empezó a sentirse más y más angustiado. Y ahora, por supuesto, se dio cuenta de que cuando acordaron que cada cual esperara a los demás en las Tumbas, nadie dijo nada acerca de cuánto tiempo. ¡No podía quedarse esperando allí por el resto de su vida! Y pronto oscurecería nuevamente y tendría que enfrentar otra noche igual a la de anoche. Una docena de planes distintos se cruzaban en su cabeza, todos pésimos, y por último se decidió por el peor de todos. Resolvió esperar hasta que oscureciera y luego regresar al río y robar la mayor cantidad de melones que pudiera llevarse y marcharse hacia el Monte Pire solo, confiando en la dirección marcada por la línea que había dibujado esa mañana en la arena. Era una idea loca y si él hubiese leído tantos libros como tú sobre viajes en el desierto, nunca la habría siquiera soñado. Pero Shasta no había leído ni un solo libro.

Mas antes de que el sol se pusiera algo sucedió. Shasta estaba sentado a la sombra de una de las Tumbas cuando de pronto levantó los ojos y vio dos caballos que se acercaban a él. Su corazón dio un gran salto, ya que reconoció en ellos a Bri y Juin. Pero al minuto siguiente se le fue el alma a los pies otra vez. No se veían señas de Aravis. Los caballos eran conducidos por un desconocido, un hombre armado y vestido con gran elegancia, como un esclavo importante de alguna gran familia. Bri y Juin ya no iban disfrazados de caballos de carga, sino que estaban ensillados y con sus

bridas puestas. ¿Y qué podría significar todo esto?
“Es una trampa —pensó Shasta—. Alguien ha capturado a Aravis y quizás la han torturado y ha revelado todo. ¡Lo que quieren es que me levante de un salto y vaya corriendo y le hable a Bri y entonces me capturarán a mí también! Y a lo mejor, si no lo hago, puedo perder la única oportunidad que tengo de reunirme con los otros. ¡Ojalá pudiera saber lo que ha pasado!”
Y se quedó escondido detrás de la Tumba, asomándose a mirar a cada instante, y preguntándose qué sería lo menos peligroso que podía hacer.

VII. ARAVIS EN TASHBAAN

Lo que pasó en realidad fue lo siguiente. Cuando Aravis vio que a Shasta se lo llevaban los narnianos y se encontró sola con dos caballos que (muy sabiamente) no decían una palabra, no perdió la cabeza ni por un segundo. Asió el ronzal de Bri y se quedó quieta, sujetando ambos caballos; y aun cuando su corazón latía como un martillo, su actitud no lo demostró. En cuanto hubieron pasado los nobles narnianos, ella trató de ponerse en marcha nuevamente. Pero antes de poder dar un paso, se escuchó a otro pregonero (“Cómo molesta esa gente”, pensó Aravis) que gritaba: “¡Paso, paso, paso! ¡Paso a la Tarkeena Lasaralín!”, y de inmediato, detrás del pregonero, aparecieron cuatro esclavos armados y luego cuatro portadores llevando una litera que era todo un revolotear de cortinas de seda y todo un tintinear de campanas de plata y que perfumaba la calle entera con aromas y flores. Detrás de la litera iban algunas esclavas vestidas con bellos trajes, y también algunos palafreneros, mozos, pajes, y otros por el estilo. Y entonces Aravis cometió su primer error.
Conocía muy bien a Lasaralín, casi como si hubiesen ido juntas al colegio, porque a menudo habían estado visitando las mismas casas y asistiendo a las mismas fiestas. Y Aravis no pudo dejar de mirar para ver cómo lucía ahora que se había casado y que era una persona tan importante. Fue fatal. Las miradas de ambas niñas se encontraron. Y al instante Lasaralín se sentó en la litera y gritó violentamente y con toda su voz.
—¡Aravis! ¿Qué diablos estás haciendo aquí? Tu padre...
No había un momento que perder. Sin ni un segundo de demora, Aravis soltó los caballos, se apoyó en el borde de la litera, saltó al lado de Lasaralín y susurró furiosa en su oído.
—¡Cállate! ¿Me entiendes? Cállate. Tienes que esconderme. Dile a tu gente...
—Pero querida... —comenzó Lasaralín, siempre en voz muy alta. (A ella no le importaba nada que la gente se parara a mirarla; en realidad, más bien le gustaba.)
—Haz lo que te digo o no volveré a hablarte nunca más —silbó

Aravis—. Por favor, por favor, hazlo rápido, Las. Es tremendamente importante. Di a tu gente que traigan aquellos dos caballos. Corre todas las cortinas de la litera y vámonos a alguna parte donde nadie me pueda encontrar. Y *apúrate.*

—Está bien, querida —dijo Lasaralín con su tono indolente—. Vengan acá. Dos de ustedes lleven los caballos de la Tarkeena. (Esto iba dirigido a los esclavos.) Y hora, a casa. Mira, querida, ¿crees que realmente deseas ir con las cortinas corridas en un día como éste? Quiero decir que...

Pero ya Aravis había corrido las cortinas, encerrando a Lasaralín y a ella misma, en una especie de tienda suntuosa y perfumada, pero un poquito sofocante.

—Nadie debe verme —dijo—. Mi padre no sabe que estoy aquí. He huido.

—¡Querida mía, qué cosa tan emocionante! —dijo Lasaralín—. Me muero por saberlo todo. Querida, te estás sentando en mi vestido. ¿Te importa? Así está mejor. Es un vestido nuevo. ¿Te gusta? Lo compré en...

—Oh, Las, estoy hablando en serio —interrumpió Aravis—. ¿Dónde está mi padre?

—¿No lo sabías? —preguntó Lasaralín—. Está aquí, por supuesto. Llegó a la ciudad ayer y te está buscando por todas partes. ¡Y pensar que estamos aquí las dos juntas y él no sabe nada! Es lo más divertido que he visto.

Y estalló en risitas tontas. Siempre reía con aquellas risitas tontas, y Aravis ahora lo recordaba.

—No tiene nada de divertido —dijo—. Es terriblemente serio. ¿Dónde puedes ocultarme?

—Eso no es nada de difícil, mi querida niña —dijo Lasaralín—. Te llevaré a casa. Mi marido no está y nadie te verá. ¡Puf! No tiene ninguna gracia ir con las cortinas abajo. Me gusta ver a la gente. No vale la pena tener un vestido nuevo si tengo que andar encerrada así.

—Espero que nadie te haya escuchado cuando me gritaste tan fuerte —murmuró Aravis.

—No, no, claro que no, querida —repuso Lasaralín, distraídamente—. Pero todavía ni siquiera me has dicho qué piensas de mi vestido.

—Otra cosa —prosiguió Aravis—. Debes decir a tu gente que traten con gran respeto a esos caballos. Esa es parte del secreto. Son realmente caballos que hablan de Narnia.

—¡Imagínate! —exclamó Lasaralín—. ¡Qué emocionante! Y, querida, ¿has visto a la reina bárbara de Narnia? Está visitando Tashbaan en este momento. Dicen que el Príncipe Rabadash está locamente enamorado de ella. Ha habido fiestas maravillosas y cacerías y cosas estos últimos quince días. Yo personalmente no la encuentro tan bonita. Pero algunos de los *hombres* narnianos son encantadores. Me llevaron a una fiesta en el río

anteayer, y yo me había puesto mi vestido...
—¿Cómo vamos a evitar que tu gente le diga a alguien que tienes una visita, vestida como un mocoso limosnero, en tu casa? Podría llegar fácilmente a oídos de mi padre.
—No te preocupes por bagatelas, sé buena —contestó Lasaralín—. Te daré vestidos adecuados de inmediato. ¡Y ya llegamos!
Los portadores se habían detenido e iban bajando la litera. Cuando levantaron las cortinas, Aravis pudo ver que se hallaba en un patio-jardín, muy parecido a aquel adonde habían llevado a Shasta minutos antes en otra parte de la ciudad. Lasaralín quería entrar de inmediato a la casa, pero Aravis, en un susurro frenético, le recordó que dijera algo a los esclavos acerca de no contar nada sobre la extraña visitante de su ama.
—Perdona, querida, se me había borrado de la mente —dijo Lasaralín—. Vengan acá, todos ustedes. Y tú también, portero. No deben dejar salir a nadie de la casa hoy día. Y al que yo descubra diciendo algo sobre esta joven señora, haré que primero lo muelan a palos y luego lo quemen vivo, y después lo tengan a pan y agua durante seis semanas. Eso es todo.
A pesar de que Lasaralín había dicho que se moría por oír la historia de Aravis, no mostró en realidad ningún interés en oírla. A decir verdad, le gustaba más hablar que escuchar. Insistió en que Aravis tomara un largo y deleitoso baño (los baños de Calormen son famosos) y que después se vistiera con los atavíos más elegantes antes de explicarle nada. El alboroto que armó para escoger los vestidos casi volvió loca a Aravis. Se acordó de que Lasaralín siempre había sido así, interesada en vestidos y fiestas y chismorreos. Aravis siempre había sido más aficionada a los arcos y flechas y caballos y perros y a la natación. Te podrás imaginar que cada una pensaba que la otra era tonta. Pero cuando finalmente estuvieron ambas sentadas frente a la comida (que consistía principalmente en crema batida y jalea y frutas y helados) en una hermosa habitación adornada con columnas (que a Aravis le hubiese gustado más si el consentido mono regalón de Lasaralín no se dedicara a subirse por ellas todo el tiempo), Lasaralín por fin le preguntó por qué estaba huyendo de su hogar.
Cuando Aravis terminó de contar su historia, Lasaralín dijo:
—Pero, querida, ¿por qué *no* te casas con Ahoshta Tarkaan? Todos están locos por él. Mi marido dice que comienza a ser uno de los hombres más importantes de Calormen. Lo acaban de nombrar Gran Visir ahora que el anciano Axartha ha muerto. ¿No lo sabías?
—Me da lo mismo. No puedo soportarlo ni de vista —dijo Aravis.
—¡Pero, querida, piensa un poco! Tres palacios, y uno de ellos ese tan bello allá en el lago de Ilkeen. Collares de perlas, indudablemente, según me lo han dicho. Baños con leche de burra. Y podrías verme a *mí* tan seguido.

—Por lo que a mí respecta, puede guardarse sus perlas y sus palacios —dijo Aravis.

—Siempre *fuiste* una niña excéntrica, Aravis —dijo Lasaralín—. ¿Qué más puedes desear?

Sin embargo, al final Aravis logró hacer que su amiga le creyera que hablaba seriamente y hasta consiguió discutir planes con ella. No tendrían dificultades ahora para sacar los dos caballos por la puerta norte y luego, a las Tumbas. Nadie detendría ni haría preguntas a un mozo vestido elegantemente, conduciendo a un caballo de guerra y a un caballo de silla de dama hasta el río, y Lasaralín tenía montones de mozos a quienes enviar. No fue tan fácil decidir qué hacer con la propia Aravis; ella sugirió que podrían llevarla en la litera con las cortinas bajadas. Pero Lasaralín le dijo que las literas se usaban sólo en la ciudad y que si alguien veía una saliendo por las puertas, seguramente comenzaría a hacer preguntas.

Cuando habían conversado largo rato, y fue tan largo por lo difícil que era para Aravis mantener a Lasaralín sin salirse del tema, de pronto Lasaralín golpeó sus manos exclamando:

—Ah, tengo una idea. Hay una manera de salir de la ciudad sin utilizar las puertas. El jardín del Tisroc (que viva para siempre) va a dar justo al agua y allí hay una pequeña compuerta. Sólo para la gente del palacio, por supuesto...; pero como tú sabes, querida —agregó, con una risita reprimida—, nosotros casi *somos* gente del palacio. Mira, es una suerte para ti que hayas recurrido a *mí*. El querido Tisroc (que viva para siempre) es *tan* amable. Casi todos los días estamos invitados al palacio, que es como nuestro segundo hogar. Quiero mucho a todos los queridos príncipes y princesas y simplemente *adoro* al Príncipe Rabadash. Puedo ir a visitar a cualquiera de las damas del palacio a cualquier hora del día o de la noche. ¿Por qué no podría entrar contigo, cuando oscurezca, y hacerte salir por la compuerta? Siempre hay canoas y cosas por el estilo amarradas a la salida. Y aun si nos cogen...

—Todo estaría perdido —dijo Aravis.

—Oh querida, no te pongas tan nerviosa —le reprendió Lasaralín—. Iba a decir que aun si nos cogen todos dirían que era sólo una de mis bromas locas. Ya me conocen bastante bien por allá. Sin ir más lejos, el otro día..., por favor escucha esto, querida, es salvaje de divertido...

—Quería decir que todo estaría perdido para mí —aclaró Aravis, en tono un poco cortante.

—Oh... ah... sí.... ya *entiendo* lo que quieres decir, querida. Bueno, ¿se te ocurre algo mejor?

A Aravis no se le ocurría nada, así es que respondió:

—No. Tendremos que correr el riesgo. ¿Cuándo partimos?

—Oh, esta noche no —dijo Lasaralín—. Esta noche no, por supuesto. Hay un gran banquete esta noche (tengo que empezar a peinarme ya dentro

de pocos minutos) y todo el lugar resplandecerá de luces. ¡Y qué cantidad de gente además! Tendrá que ser mañana en la noche.

Eran muy malas noticias para Aravis, pero tuvo que resignarse. La tarde pasó muy lentamente y fue un verdadero alivio cuando Lasaralín se fue al banquete, pues Aravis ya estaba cansada de sus risitas tontas y de su conversación sobre vestidos y fiestas, bodas y compromisos y escándalos. Se fue a acostar temprano y eso sí que lo disfrutó: era tan agradable volver a usar almohadas y sábanas.

Pero el día siguiente transcurrió más lentamente aún. Lasaralín quería repasar todo el plan y le repetía y le repetía a Aravis que Narnia era un país de nieves y hielos perpetuos, habitado por demonios y hechiceros, y que ella estaba loca de querer ir allá.

—¡Y con un muchacho campesino, todavía! —decía Lasaralín—. Querida, tienes que pensarlo. Eso no se hace.

Aravis lo había pensado muchísimo, pero ya estaba tan aburrida con la estupidez de Lasaralín que, por primera vez, principiaba a pensar que viajar con Shasta era mil veces más entretenido que la vida de sociedad en Tashbaan. Por lo que replicó sencillamente:

—Te olvidas de que yo seré una nadie, igual que él, cuando llegue a Narnia. Y, por otra parte, lo he prometido.

—¡Y pensar —dijo Lasaralín, casi llorando— que si tuvieras un poquito de sensatez podrías ser la mujer del Gran Visir!

Aravis se alejó para tener una pequeña conversación privada con los caballos.

—Van a tener que irse a las Tumbas con un mozo poco antes de la puesta del sol —les dijo—. Y no más carga. Irán ensillados y con sus bridas nuevamente. Pero deben llevar comida en las alforjas de Juin y un odre lleno de agua en las tuyas, Bri. El hombre tiene órdenes de dejarlos beber un largo rato al otro lado del puente.

—Y después ¡Narnia y el Norte! —susurró Bri—. Pero ¿qué hacemos si Shasta no está en las Tumbas?

—Esperarlo, por supuesto —dijo Aravis—. Supongo que habrán estado cómodos.

—Nunca estuve en mejor establo en mi vida —repuso Bri—. Pero si el marido de esa risueña Tarkeena amiga tuya está pagando a su caballerizo principal para que obtenga la mejor avena, entonces creo que su caballerizo principal lo está estafando.

Aravis y Lasaralín cenaron en la habitación de las columnas.

Al cabo de unas dos horas estuvieron listas para partir. Aravis se había vestido de modo de parecer una esclava de rango de una gran casa, y usaba un velo cubriendo su cara. Habían acordado que si le hacían alguna pregunta a Lasaralín, debía responder que Aravis era una esclava que ella llevaba de regalo a una de las princesas.

Las dos niñas se fueron andando. A los pocos minutos estaban a las puertas del palacio. Había, por supuesto, soldados de guardia, pero el oficial conocía a Lasaralín muy bien y ordenó a sus hombres que la saludaran. Penetraron de inmediato a la Sala de Mármol Negro. Un buen número de cortesanos, esclavos y otros pululaban por allí, lo que permitía que las dos niñas llamaran menos la atención. Pasaron luego a la Sala de las Columnas y después a la Sala de las Estatuas, y bajaron por la columnata, atravesando las grandes puertas de cobre martillado que conducen a la sala del trono. Era de una magnificencia indescriptible, a pesar de lo poco que alcanzaban a ver a la débil luz de las lámparas.

Pronto salieron a un patio con jardines que se extendía cuesta abajo en una serie de terrazas. Al fondo del patio estaba el Antiguo Palacio. Ya se había oscurecido bastante y se encontraban en un laberinto de corredores iluminados ocasionalmente por algunas antorchas sujetas por soportes a la pared. Lasaralín se detuvo en un sitio donde podías ir tanto a la derecha como a la izquierda.

—Continúa, continúa —murmuró Aravis, cuyo corazón latía con fuerza, pensando que su padre podía aparecer en cualquiera esquina.

—Tengo una duda... —dijo Lasaralín—. No estoy absolutamente segura de qué camino debemos seguir aquí. *Creo* que es a la izquierda. Sí, estoy segura de que es a la izquierda. ¡Qué divertido es todo esto!

Tomaron el camino a mano izquierda y se encontraron en un callejón casi sin luz y donde pronto comenzaron a bajar escalones.

—Todo va bien —dijo Lasaralín— Estoy segura de que vamos bien. Recuerdo estos escalones.

Pero en ese momento apareció una luz que se movía adelante. Un segundo más tarde, de un rincón distante, aparecieron las oscuras siluetas de dos hombres que caminaban para atrás y portaban enormes velas. Y, claro está, solamente ante personas de la realeza la gente camina para atrás. Aravis sintió que Lasaralín le apretaba el brazo, ese tipo de apretón repentino que es más bien un pellizco y que quiere decir que la persona que está apretando está realmente muerta de miedo. Aravis pensó que era muy raro que Lasaralín tuviera miedo del Tisroc si era tan amigo de ella, pero no había tiempo para seguir pensando. Lasaralín la empujaba de vuelta hacia lo alto de la escala y avanzaban a tientas, y frenéticas, pegadas a la muralla.

—Aquí hay una puerta —susurró—. Rápido.

Entraron, cerraron muy suavemente la puerta tras ellas, y se encontraron en una profunda oscuridad. Por su respiración Aravis se dio cuenta de que Lasaralín estaba aterrada.

—¡Tash nos libre! —murmuró Lasaralín—. *¡Qué* vamos a hacer si viene para acá! ¿Podremos escondernos?

Había una blanda alfombra bajo sus pies. Entraron a la pieza a tientas y tropezaron con un sofá.

—Tendámonos detrás de él —lloriqueó Lasaralín—. Ay, *ojalá* no hubiéramos venido.

Apenas había espacio entre el sofá y las cortinas de la muralla y las niñas se acurrucaron entremedio. Lasaralín se las arregló para acomodarse en la mejor postura y quedó totalmente oculta. La parte de arriba de la cara de Aravis sobresalía del sofá, de modo que si alguien entraba en ese cuarto con una luz y acertaba a mirar exactamente al lugar preciso, la vería de inmediato. Claro que, como usaba velo, lo que verían no les parecería a primera vista que fuera una frente y un par de ojos. Aravis empujaba con desesperación tratando de que Lasaralín le diera un poquito más de espacio. Pero Lasaralín, muy egoísta en su pánico, se defendió y le pellizcó los pies.

Dejaron de luchar y se quedaron inmóviles, jadeando un poco. Su propio aliento les parecía horriblemente ruidoso, pero no había ningún otro ruido.

—¿Estaremos a salvo? —preguntó Aravis por fin, en el más tenue de los susurros.

—Cr-cre-creo que sí —empezó a decir Lasaralín—. Pero mis pobres nervios...

Y entonces se escuchó el más temible ruido que pudieran oír en ese momento: el ruido de la puerta al abrirse. Y entró un rayo de luz. Y como Aravis no podía inclinar la cabeza detrás del sofá, pudo ver todo.

Primero entraron los dos esclavos (sordos y mudos, como supuso Aravis con toda razón, y por lo tanto utilizados en los consejos más secretos) caminando para atrás y llevando sus velas. Tomaron colocación parados a cada extremo del sofá. Esto fue muy bueno, porque ahora había menos posibilidades de ver a Aravis una vez que frente a ella había un esclavo y que ella miraba por entre sus talones. Luego entró un anciano, muy gordo, que usaba un rarísimo sombrero apuntado, por el cual Aravis supo de inmediato que se trataba del Tisroc. La joya más pequeña de las que lo cubrían valía más que todas las vestimentas y armas de todos los nobles narnianos juntos; pero era tan gordo y era tal la masa de vuelos y plisados y lazos y botones y borlas y talismanes que Aravis no podía dejar de pensar que las modas narnianas (por lo menos las de los hombres) eran más elegantes. Detrás de él venía un joven alto con un turbante enjoyado y emplumado sobre su cabeza y una cimitarra en vaina de marfil colgando de su cintura. Se le veía muy excitado y sus ojos y dientes resplandecían fieramente a la luz de las velas. Al último entró un anciano de baja estatura, jorobado y apergaminado en quien Aravis, con un escalofrío, reconoció al nuevo Gran Visir y a su propio prometido, Ahoshta Tarkaan.

En cuanto los tres entraron al cuarto y se hubo cerrado la puerta, el Tisroc se sentó en el diván con un suspiro de satisfacción, el joven tomó su lugar de pie ante él, y el Gran Visir se arrodilló, apoyó sus codos y dejó caer su gorda cara sobre la alfombra.

VIII. EN CASA DEL TISROC

—Oh padre mío y oh la delicia de mis ojos —comenzó el joven, musitando las palabras rápidamente y de mala gana y como si el Tisroc no fuera en absoluto la delicia de sus ojos—. Que vivas para siempre, pero a mí me has destruido completamente. Si me hubieras dado la más veloz de las galeras al amanecer cuando recién reparé en que el barco de los malditos bárbaros ya no estaba en su sitio, tal vez habría podido alcanzarlos. Pero tú me persuadiste de enviar a ver si no se trataba solamente de que hubieran cambiado de posición a un mejor ancladero. Y así hemos perdido todo el día. ¡Y se han ido... se han ido... fuera de mi alcance! ¡Esa falsa mujerzuela, esa...! —y aquí agregó unas cuantas descripciones de la reina Susana que no se ven muy bonitas impresas. Este joven era, claro está, el Príncipe Rabadash y, claro está, la falsa mujerzuela era Susana de Narnia.
—Tranquilízate, oh hijo mío —dijo el Tisroc—. Porque la partida de los invitados deja una herida que cicatriza fácilmente en el corazón de un huésped juicioso.
—Pero la quiero a ella —gritó el Príncipe—. Debo tenerla. Moriré si no la logro, ¡Esa falsa, orgullosa hija de perro de negro corazón! No puedo dormir y mi comida no tiene sabor y mis ojos se han oscurecido por culpa de su belleza. Tengo que conseguir a la reina bárbara.
—Como bien dice un inspirado poeta —observó el Visir, levantando su rostro (bastante polvoriento) de la alfombra—, beber largos tragos en la fuente de la razón es muy conveniente para extinguir el fuego de un amor juvenil.
Esto pareció exasperar al Príncipe.
—¡Perro! —gritó, dirigiendo una serie de certeros puntapiés al trasero del Visir—. No te atrevas a citarme a los poetas. Me han estado lanzando máximas y versos todo el día y no soporto uno más.
Me temo que Aravis no sintió lástima del Visir.
El Tisroc se hallaba aparentemente sumido en sus pensamientos, pero cuando, luego de una larga pausa, se dio cuenta de lo que pasaba, dijo tranquilamente:
—Hijo mío, por favor deja de seguir dando puntapiés al venerable e ilustrado Visir; pues así como una costosa joya retiene su valor aunque esté escondida en un basurero, la ancianidad y la discreción deben ser respetadas aun en la vil persona de nuestros súbditos. Por lo tanto, desiste y dinos lo que deseas y propones.
—Deseo y propongo, oh padre mío —respondió Rabadash—, que convoques de inmediato a tus invencibles ejércitos e invadas la tres veces maldita tierra de Narnia y la arrases a fuego y espada y la anexes a tu imperio sin límites, mates a su gran Rey y a todos los de su sangre excepto

a la reina Susana. Porque he de tenerla por esposa, aunque antes habrá que darle un buen escarmiento.
—Entiende, oh hijo mío —contestó el Tisroc—, que ninguna de tus palabras me impulsará a una guerra abierta contra Narnia.
—Si no fueras mi padre, oh inmortal Tisroc —dijo el Príncipe, haciendo rechinar los dientes—, diría que ésas son las palabras de un cobarde.
—Y si tú no fueras mi hijo, oh inflamabilísimo Rabadash —replicó su padre—, tu vida sería corta y tu muerte lenta por lo que has dicho.
(La voz fría y plácida con que dijo estas palabras heló la sangre en las venas de Aravis.)
—¿Pero por qué, oh padre mío —dijo el Príncipe, esta vez en un tono mucho más respetuoso—, por qué tenemos que pensar dos veces antes de castigar a Narnia más que en ahorcar un esclavo holgazán o en ordenar que un caballo viejo se utilice como alimento para perros? No es ni la cuarta parte del tamaño de una de tus provincias más pequeñas. Unas mil lanzas podrían conquistarla en cinco semanas. Es un borrón indecoroso en las afueras de tu imperio.
—Sin ninguna duda —dijo el Tisroc—. Estos paisillos bárbaros que se dicen *libres* (que es como decir holgazanes, desordenados e improductivos) son aborrecidos por los dioses y por toda persona de discernimiento.
—¿Entonces por qué hemos soportado que un país como Narnia permanezca un tiempo tan largo sin ser dominado?
—Has de saber, oh esclarecido Príncipe —dijo el Gran Visir—, que hasta el año en que tu eminente padre comenzó su saludable e interminable reinado, la tierra de Narnia estuvo cubierta de hielo y nieve y, además, era gobernada por la más poderosa hechicera.
—Eso lo sé perfectamente bien, oh locuaz Visir —respondió el Príncipe—. Pero también sé que la hechicera ha muerto. Y que el hielo y la nieve han desaparecido, de modo que ahora Narnia es una tierra sana, fértil y deliciosa.
—Y este cambio, oh cultísimo Príncipe, sin duda ha sido el producto de los poderosos conjuros de aquellos malvados que se hacen llamar Reyes y Reinas de Narnia.
—Yo más bien soy de la opinión —replicó Rabadash— de que todo ha sucedido por la alteración del curso de las estrellas y la intervención de causas naturales.
—Todo esto —intervino el Tisroc— es materia de discusión de hombres letrados. Yo jamás creeré que una tan enorme alteración y la muerte de la vieja hechicera se hayan realizado sin la ayuda de una fuerte magia. Y es natural que tales cosas sucedan en esa tierra, habitada principalmente por demonios con forma de animales que hablan como los hombres, y monstruos que son mitad hombre y mitad bestia. Se dice

frecuentemente que el gran Rey de Narnia (a quien los dioses den su eterno repudio) es apoyado por un demonio de horrible aspecto y de irresistible maleficencia que aparece bajo la forma de un León. Por lo tanto, el ataque a Narnia es una empresa tenebrosa e incierta, y estoy determinado a no poner mi mano donde no pueda retirarla.

—¡Qué bendición ha recibido Calormen —dijo el Visir, asomando otra vez su cara—, a cuyo gobernante los dioses han querido otorgar prudencia y circunspección! Con todo, como ha dicho el irrefutable y sapiente Tisroc, es muy lamentable estar obligados a mantener nuestras manos lejos de un bocado exquisito como es Narnia. Talentoso fue el poeta que dijo...

Pero a este punto Ahoshta notó un movimiento de impaciencia en la punta del pie del Príncipe y súbitamente quedó silencioso.

—Es muy lamentable —dijo el Tisroc con su voz profunda y tranquila—. Cada mañana el sol se oscurece ante mis ojos, y cada noche mi sueño es menos reparador, porque recuerdo que Narnia es aún libre.

—Oh padre mío —dijo Rabadash—. ¿Qué dirías si te muestro un camino por el cual puedes extender tu brazo para tomar Narnia y, sin embargo, retirarlo sin sufrir ningún daño, si el intento resulta desafortunado?

—Si puedes mostrarme ese camino, oh Rabadash —contestó el Tisroc—, serás el mejor de mis hijos.

—Escúchame entonces, oh padre. Esta misma noche y en esta hora tomaré solamente doscientos caballos y cabalgaré a través del desierto. Y a todos les parecerá que tú no sabes nada de mi marcha. A la mañana siguiente estaré a las puertas del castillo de Anvard del Rey Lune de Archenland. Ellos viven en paz con nosotros y están desprevenidos y yo tomaré Anvard antes de que puedan moverse. Atravesaré luego por el paso al norte de Anvard y bajaré por Narnia hasta Cair Paravel. El gran Rey no estará allí; cuando yo regresé, él estaba preparando un ataque contra los gigantes de su frontera norte. Es muy probable que encontraré Cair Paravel con sus puertas abiertas de par en par y entraré. Procederé con prudencia y cortesía y derramaré la menor cantidad de sangre narniana que pueda. ¿Y qué más queda sino sentarse allí hasta que toque puerto el *Resplandor Cristalino,* con la reina Susana a bordo, coger a mi novia perdida en cuanto ponga un pie en tierra, subirla con firmeza en la montura, y luego cabalgar, cabalgar, cabalgar de regreso a Anvard?

—Pero ¿no es probable, oh hijo mío —dijo el Tisroc—, que en el rapto de la mujer, o el Rey Edmundo o tú pierdan su vida?

—Ellos serán un grupo pequeño —dijo Rabadash—, y daré orden a diez de mis hombres para que lo desarmen y lo aten, conteniendo mi vehemente deseo de su sangre para que no haya ninguna muerte que cause una guerra entre tú y el gran Rey.

—¿Y qué pasaría si el *Resplandor Cristalino* llega a Cair Paravel antes que tú?

—No lo creo posible con estos vientos, oh padre mío.

—Y por último, oh mi ingenioso hijo —dijo el Tisroc—, has dejado muy en claro cómo todo esto podrá darte la mujer bárbara, pero no cómo me ayudaría a mí a derrocar a los reyes de Narnia.

—Oh padre mío, ¿será que se te ha escapado que aunque yo y mi caballería entremos y salgamos de Narnia como flecha disparada por un arco, habremos conquistado Anvard para siempre? Y cuando te has apoderado de Anvard estás sentado a las puertas mismas de Narnia, y tu guarnición en Anvard puede ir siendo reforzada poco a poco hasta que sea una enorme hueste.

—Has hablado con inteligencia y previsión. ¿Cómo retiro mi brazo si todo esto fracasa?

—Dirás que yo hice todo sin tu conocimiento y contra tu voluntad, y sin tu bendición, impulsado por la violencia de mi amor y la impetuosidad de la juventud.

—Y ¿qué pasa si el gran Rey exige que se le devuelva a la mujer bárbara, su hermana?

—Oh padre mío, debes estar seguro de que no lo hará. Pues, a pesar de que el capricho de una mujer ha rechazado este matrimonio, el gran Rey Pedro es un hombre prudente e inteligente que de ninguna manera querrá perder el alto honor y las ventajas de aliarse con nuestra casa y ver a su sobrino y a su sobrino nieto en el trono de Calormen.

—Lo que no verá si yo vivo para siempre como es, sin duda, tu deseo —dijo el Tisroc en tono aún más seco que lo habitual.

—Y también, ¡oh padre mío y oh la delicia de mis ojos! —dijo el Príncipe, luego de un momento de incómodo silencio—, escribiremos cartas como si fueran de la reina diciendo que me ama y que no desea volver a Narnia. Porque es muy sabido que las mujeres son cambiantes como veletas. E incluso si ellos no creen demasiado lo que dicen las cartas, no se atreverán a venir en armas hasta Tashbaan a buscarla.

—¡Oh, ilustrado Visir! —dijo el Tisroc—, ayúdanos con tu sabiduría en esta extraña proposición.

—¡Oh, eterno Tisroc! —contestó Ahoshta—, la fuerza del amor paternal no me es desconocida y a menudo he oído que los hijos son a ojos de sus padres más preciosos que los diamantes. ¿Cómo, entonces, osaré abrirte con franqueza mi mente en un asunto que puede poner en peligro la vida de este exaltado Príncipe?

—Osarás, sin ninguna duda —replicó el Tisroc—. Porque descubrirás que los peligros de no hacerlo son por lo menos igualmente grandes.

—Escuchar es obedecer —gimió el miserable—. Has de saber entonces, oh muy razonable Tisroc, que, en primer lugar, el peligro del

Príncipe no es del todo tan grande como podría parecer. Porque los dioses han negado a los bárbaros la luz de la discreción, por lo cual su poesía no está, como la nuestra, llena de escogidos apotegmas y útiles máximas, sino llena de puro amor y guerra. Por consiguiente, nada les parecerá más noble y admirable que una loca empresa como ésta de... ¡ay!

Pues el Príncipe, a la palabra "loca", le dio nuevamente de puntapiés.

—Déjalo, ¡oh hijo mío! —dijo el Tisroc—. Y tú, estimable Visir, te deje él o no, no debes por ningún motivo permitir que se interrumpa el flujo de tu elocuencia. Porque nada es más idóneo a personas de gran seriedad y decoro que tolerar inconvenientes menores con fidelidad.

—Escuchar es obedecer —respondió el Visir, culebreando un poco con el fin de poner sus partes traseras lejos de los pies de Rabadash—. Nada, decía, será considerado tan digno de perdón, si no estimable a sus ojos como este... ar... arriesgado intento, especialmente si se lleva a cabo por el amor de una mujer. Por eso, si por desgracia el Príncipe cae en sus manos, es seguro que no lo matarán. No, incluso puede suceder que, a pesar de que él hubiese fracasado en su intento de llevarse a la reina, al ver su gran valor y los extremos de su pasión, el corazón de dicha reina se incline hacia él.

—Ese es un buen argumento, viejo charlatán —dijo Rabadash—. Muy bueno, a pesar de haber salido de tu repugnante cabeza.

—El elogio de mis amos es la luz de mis ojos —dijo Ahoshta—. Y segundo, ¡oh Tisroc!, cuyo reinado debe ser y será interminable, creo que con la ayuda de los dioses es muy probable que Anvard caiga en manos del Príncipe. Y si así ocurre, tenemos a Narnia por el cuello.

Hubo una larga pausa y la habitación quedó tan en silencio que las dos niñas apenas se atrevían a respirar. Por fin el Tisroc habló.

—Ve, hijo mío —dijo—. Y haz como dices. Mas no esperes ayuda ni apoyo de mi parte. No te vengaré si te dan muerte y no te libertaré si los bárbaros te ponen en prisión. Y si, ya sea en el éxito o en el fracaso, derramas una gota más de la necesaria de la noble sangre narniana y por tal causa se desata una guerra, jamás volverás a tener mi favor y tu hermano menor tomará tu lugar en Calormen. Y ahora, ve. Sé veloz, discreto y afortunado. Que la fuerza de Tash el inexorable, el irresistible, esté en tu espada y en tu lanza.

—Escuchar es obedecer —gritó Rabadash, y después de arrodillarse por un momento para besar las manos de su padre, se precipitó fuera de la habitación. Para gran desilusión de Aravis, que se sentía terriblemente acalambrada, el Tisroc y el Visir se quedaron.

—Oh Visir —dijo el Tisroc—, ¿estás seguro de que ni un alma viviente sabe de este consejo que hemos celebrado aquí esta noche?

—Oh mi amo —repuso Ahoshta—, es imposible que alguien lo sepa. Por esa precisa razón fue que yo sugerí, y tú en tu infalible sabiduría

aceptaste, que deberíamos reunimos aquí, en el Antiguo Palacio, donde no se celebran jamás consejos y nadie de tu familia tiene oportunidad de venir.
—Está bien —dijo el Tisroc—. Si algún hombre lo supiera, haría que él muriese antes de una hora. Y tú también, oh prudente Visir, deberás olvidarlo. Yo borro de mi propio corazón y del tuyo todo conocimiento de los planes del Príncipe. El se ha marchado sin mi conocimiento ni mi consentimiento, no se adonde, motivado por su violencia y la impetuosa y desobediente disposición de la juventud. Nadie se asombrará tanto como tú y yo al oír que Anvard está en sus manos.
—Escuchar es obedecer —dijo Ahoshta.
—Es por eso que no pensarás jamás, ni siquiera en lo más secreto de tu corazón, que soy el padre de corazón más duro que así manda a su hijo primogénito a una empresa que probablemente será su muerte; que ha de ser muy grata para ti que no amas al Príncipe. Pues yo veo en la profundidad de tu mente.
—¡Oh intachable Tisroc! —dijo el Visir—. En comparación contigo yo no amo ni al Príncipe, ni a mi propia vida, ni al pan, ni al agua ni a la luz del sol.
—Tus sentimientos —dijo el Tisroc— son elevados y correctos. Yo tampoco amo ninguna de esas cosas en comparación con la gloria y la fuerza de mi trono. Si el Príncipe triunfa, tendremos Archenland, y tal vez en el futuro Narnia. Si fracasa... tengo otros dieciocho hijos y Rabadash, como gran parte de los hijos mayores de los reyes, está empezando a ser peligroso Más de cinco Tisrocs en Tashbaan han muerto antes de que llegara su hora porque sus hijos mayores, príncipes muy inteligentes, se cansaron de esperar su trono. Es mejor que vaya a enfriar su sangre al extranjero antes que le hierva de inacción aquí. Y ahora, oh excelente Visir, el exceso de mi ansiedad paternal me induce al sueño. Envía los músicos a mi aposento. Pero antes de que te recuestes, retira el perdón que escribimos para el tercer cocinero. Siento en mí los pronósticos manifiestos de una indigestión.
—Escuchar es obedecer —dijo el Gran Visir.
Se arrastró hacia atrás en cuatro patas hasta la puerta, se levantó, hizo una reverencia y salió. Aun entonces el Tisroc permaneció sentado en silencio sobre el diván hasta que Aravis casi empezó a temer que se hubiese quedado dormido. Pero finalmente, con grandes crujidos y suspiros, alzó su enorme cuerpo, hizo señas a los esclavos para que lo precedieran con las luces y salió. La puerta se cerró tras él, la habitación volvió a quedar en tinieblas y las dos niñas pudieron respirar con libertad nuevamente.

IX. A TRAVÉS DEL DESIERTO

—¡Qué espanto! ¡Qué cosa más espantosa! —se quejó Lasaralín—. Oh

querida, estoy tan asustada. Tiemblo entera. Tócame.

—Vámonos —respondió Aravis, que también estaba temblando—. Se han ido de vuelta al palacio nuevo. Una vez fuera de esta habitación estaremos a salvo. Pero hemos perdido un montón de tiempo. Llévame abajo hasta esa compuerta lo más rápido que puedas.

—Querida, ¿cómo *puedes* decir eso? —chilló Lasaralín—. No puedo hacer nada... ahora no. ¡Mis pobres nervios! No; debemos descansar un rato y después regresar.

—¿Por qué regresar? —preguntó Aravis.

—Oh, tú no entiendes. Eres tan incomprensiva —dijo Lasaralín, empezando a llorar. Aravis decidió que ésta no era la ocasión para sentir piedad.

—¡Oye! —exclamó, cogiéndola y dándole un buen zamarrón—. Si vuelves a decir una palabra más sobre regresar, y si no me llevas de inmediato a la compuerta, ¿sabes lo que te haré? Me iré corriendo por ese callejón y me pondré a gritar. Y entonces nos capturarán a las dos.

—Pero nos matarán a-a-a las d-d-dos —tartamudeó Lasaralín—. ¿No oíste lo que el Tisroc (que viva para siempre) dijo?

—Sí, y prefiero que me maten antes que casarme con Ahoshta. Así es que *vamos.*

—Oh, eres despiadada —dijo Lasaralín—. ¡Y yo en este estado!

Pero al final se rindió ante Aravis. La guió por el camino bajando los peldaños que ya antes habían descendido y a través de otro corredor y de este modo finalmente salieron al aire libre. Se encontraban ahora en el jardín del palacio que caía en terrazas hasta la muralla de la ciudad. La luna brillaba con todo su esplendor. Uno de los inconvenientes de las aventuras es que cuando llegas a los lugares más lindos estás siempre demasiado ansioso y apurado como para apreciarlos; por lo que Aravis (a pesar de que los recordaba años más tarde) tuvo sólo una vaga impresión de prados grises, fuentes de silencioso burbujear y las largas sombras negras de los cipreses.

Cuando llegaron al fondo y la muralla se alzó amenazadora ante ellas, Lasaralín temblaba de tal modo que no lograba desatrancar la puerta. Aravis lo hizo. Allí, por fin, estaban el río, bañado por el claro de luna, y un pequeño embarcadero y algunos botes de paseo.

—Adiós —dijo Aravis—, y gracias. Siento haber sido maleducada. ¡Pero piensa de lo que estoy huyendo!

—Oh Aravis, querida —dijo Lasaralín—. ¿No cambiarás de opinión? ¿Ahora que has visto qué gran hombre es Ahoshta!

—¡Gran hombre! —exclamó Aravis—. Un repulsivo esclavo rastrero que adula cuando es golpeado pero que guarda todo como un tesoro y espera tener su propia recompensa incitando a ese horrible Tisroc a tramar la muerte de su hijo. ¡Puf! Preferiría casarme con el pinche de cocina de la

casa de mi padre antes que con una criatura como esa.

—¡Oh Aravis, Aravis! ¡Cómo puedes decir cosas tan espantosas? Y también contra el Tisroc (que viva para siempre). ¡Tiene que ser correcto ya que *él* lo va a hacer!

—Adiós —dijo Aravis— y tus vestidos me parecieron encantadores. Y tu casa también es encantadora. Estoy segura de que tienes una vida encantadora... aunque a mí no me guste. Cierra con suavidad la puerta detrás de mí.

Se desprendió bruscamente de los cariñosos abrazos de su amiga, se subió a una canoa, cortó amarras, y unos momentos más tarde estaba en el medio del río, con una inmensa luna real arriba y una inmensa luna que se reflejaba abajo, muy muy abajo, en el río. El aire era fresco y puro y a medida que se acercaba a la ribera más distante, oyó el ulular de un búho. "Ah, eso ya está mejor!", pensó Aravis. Había vivido siempre en el campo y había detestado cada minuto que pasó en Tashbaan.

Cuando pisó tierra, se encontró rodeada de oscuridad debido a que la elevación del terreno y los árboles tapaban la luz de la luna. Pero se ingenió para encontrar el mismo camino que Shasta había encontrado, y, al igual que él, llegó precisamente al lugar donde se terminaba el pasto y comenzaba la arena, y miró (como él) a su izquierda y vio las grandes y negras Tumbas. Y ahora por fin, a pesar de ser una niña tan valiente, su corazón se acobardó. ¡Supongamos que los otros no estén allí! ¡Supongamos que estén los demonios! Pero echó hacia adelante el mentón (y sacó un poquito la lengua) y caminó derecho hacia ellas.

Pero antes de llegar, vio a Bri y a Juin y al mozo.

—Ya puedes regresar donde tu ama —dijo Aravis (olvidando por completo que él no podría hacerlo hasta que se abrieran las puertas de la ciudad a la mañana siguiente)—. Aquí tienes dinero por tus molestias.

—Escuchar es obedecer —dijo el mozo, y de inmediato salió disparado con admirable celeridad rumbo a la ciudad. No había para qué decirle que se apurara: también él había estado pensando muchísimo en los demonios.

Los minutos siguientes Aravis los dedicó a besar las narices y acariciar los cuellos de Juin y Bri, tal como si fueran unos caballos comunes y corrientes.

—¡Y ahí viene Shasta! ¡Gracias sean dadas al León! —dijo Bri.

Aravis miró a su alrededor, y allí, era muy cierto, estaba Shasta, que había salido de su escondite en cuanto vio que se había ido el mozo.

—Y ahora —dijo Aravis—, no hay un minuto que perder.

Y en apresuradas palabras les contó sobre la expedición de Rabadash.

—¡Canallas traidores! —exclamó Bri, meneando sus crines y dando patadas con sus cascos—. ¡Un ataque en tiempos de paz, sin haber enviado un desafío! Pero le ganaremos el quien vive. Estaremos allí antes que él.

—¿Podremos? —dijo Aravis, subiéndose de un salto en la montura de Juin. Shasta hubiera querido poder montar así.
—¡Bruhú! —relinchó Bri—. Sube, Shasta. ¡Podremos! ¡Y con una buena ventaja además!
—El dijo que se pondría en marcha inmediatamente —dijo Aravis.
—Esa es la manera de hablar que tienen los humanos —explicó Bri—. Pero no puedes conseguir un ejército de doscientos caballos y jinetes, con sus correspondientes aprovisionamientos de agua y vituallas, sus armas y monturas, y listos para partir, todo en un minuto. Bien, ¿cuál es la dirección? ¿Al norte?
—No —intervino Shasta—. Yo sé por donde es. He dibujado una línea. Les explicaré más tarde. Avancen un poco hacia la izquierda, los dos caballos. ¡Ah, eso es!
—Entonces ahora —dijo Bri—, todo lo que se dice sobre galopar día y noche, como en lo cuentos, en la realidad no puede hacerse. Se debe caminar y trotar, pero trotes rápidos y caminatas cortas. Y cada vez que vayamos al paso, ustedes los dos humanos pueden desmontar y caminar también. ¿Estás lista, Juin? Allá vamos. ¡Narnia y el Norte!
Al comienzo fue delicioso. Había anochecido hacía ya tantas horas que la arena casi había terminado de devolver el calor del sol que había recibido durante el día, y el aire era puro, fresco y claro. A la luz de la luna, en cualquiera dirección y a cualquiera distancia, veían relucir la arena como si fuera agua tersa o una enorme bandeja de plata. Aparte los ruidos que hacían los cascos de Bri y Juin, no se escuchaba el menor sonido.
Shasta casi se hubiese quedado dormido si no hubiera que desmontar y ponerse a caminar de vez en cuando.
Esto pareció durar horas. Luego llegó un momento en que no hubo ya luna. Pareció que cabalgaban en la profunda oscuridad por horas y horas. Y después llegó un momento en que Shasta advirtió que podía ver el cuello de Bri y su cabeza frente a él con un poco más de claridad que antes; y lentamente, muy lentamente, comenzó a vislumbrar la vasta llanura gris a cada lado. Se veía absolutamente desierta, como algo en medio de un mundo muerto; y Shasta se sintió terriblemente cansado y se dio cuenta de que tenía cada vez más frío y de que sus labios estaban secos. Y todo el tiempo *scuic,* crujía el cuero, *tintín,* tintineaban los frenos; y el ruido de los cascos: no el *própatiprópati* como si fueran por camino áspero, sino el *zábadizábadi* sobre la arena seca.
Por fin, después de horas de cabalgar, muy a lo lejos, a su derecha, surgió una sola raya larga de color gris más pálido, muy abajo en el horizonte. Luego una raya de color rojo. Era la mañana, finalmente, pero sin que cantara ni un solo pájaro. Ahora se alegraba de las pequeñas caminatas, pues sentía más frío que nunca.
Y de repente salió el sol y todo cambió en un segundo. La arena gris

se volvió amarilla y centelleó como si estuviese sembrada de diamantes. A la izquierda, las sombras de Shasta y Juin y Bri y Aravis, enormemente largas, echaban carrera junto a ellos. La doble punta del Monte Pire, mucho más adelante, relucía a la luz del sol y Shasta advirtió que se estaban apartando un tanto del rumbo. “Un poco más a la izquierda, un poco más a la izquierda”, voceó. Lo mejor era que, al mirar hacia atrás, veías que Tashbaan apenas se vislumbraba empequeñecida y remota. Las tumbas eran totalmente invisibles ya, tragadas por esa única joroba de puntas desiguales que era la ciudad del Tisroc. Todos se sintieron mejor.
Pero no por mucho tiempo. Aunque Tashbaan parecía muy lejana cuando la vieron por primera vez, se negaba a verse más lejana a medida que ellos se distanciaban. Shasta desistió de mirar hacia atrás, pues esto solamente lo hacía pensar que no avanzaban en absoluto. Luego la luz se convirtió en un fastidio. El resplandor de la arena le hacía doler los ojos; pero sabía que no debía cerrarlos. Debía entrecerrarlos y continuar mirando adelante, al Monte Pire, dando órdenes a voz en grito. Después empezó el calor. Lo notó por primera vez cuando tuvo que desmontar y caminar: cuando se deslizaba de la montura a la arena, el calor de ésta le golpeó la cara como si hubiera abierto la puerta de un horno. La vez siguiente fue peor. Pero la tercera vez, cuando sus pies desnudos tocaron la arena, gritó de dolor y, en un decir amén, volvió a colocar un pie en el estribo y el otro a medias sobre el lomo de Bri.
—Perdón, Bri —jadeó—. No puedo andar. Me quema los pies.
—Por supuesto —resolló Bri—. Debí haberlo pensado. Quédate. No se puede evitar.
—Tú no tienes problemas —dijo Shasta a Aravis que caminaba al lado de Juin—. Tú tienes los zapatos puestos.
Aravis no dijo nada y pareció disgustada. Esperemos que no quiso demostrarlo, pero lo hizo.
Y siguieron otra vez, trote y caminata y trote, tin-tin-tintin-tintin, scuic-scuic-scuic, olor a caballo acalorado, olor al calor de uno mismo, resplandor enceguecedor, dolor de cabeza. Y nada cambiaba por kilómetros y kilómetros. Tashbaan aún no se veía más alejada. Las montañas no se veían más cercanas. Te parecía que todo había sido así siempre: tintintintin-tintin, scuic-scuic-scuic, olor a caballo acalorado, olor a uno mismo acalorado.
Claro que uno ensaya toda suerte de juegos consigo mismo para tratar de hacer que el tiempo pase; y por supuesto, ninguno de esos juegos sirve para nada. Y uno trata con todas sus fuerzas de no pensar en bebidas... sorbetes helados en un palacio de Tashbaan, clara agua de vertiente retintineando con un oscuro sonido a tierra, leche fría y suave con la cantidad justa de crema y no demasiado cremosa... y mientras más fuerte tratas de no pensar, más piensas.

Finalmente, algo diferente: una mole de roca que sobresalía de la arena de unos cincuenta metros de largo por un metro de altura. No daba mucha sombra, porque el sol estaba ya muy alto, pero en fin, era mejor que nada. En esa sombra se cobijaron todos. Allí comieron algo y bebieron un poco de agua. No es fácil hacer que un caballo beba de un odre, pero Bri y Juin eran diestros con sus hocicos. Nadie comió ni bebió lo suficiente. Nadie hablaba. Los caballos estaban salpicados de espuma y su respiración era ruidosa. Los niños estaban pálidos.

Luego de un breve descanso, continuaron su marcha. Los mismos ruidos, los mismos olores, el mismo resplandor, hasta que por fin sus sombras empezaron a caer a su derecha, y luego se fueron alargando y alargando hasta que parecieron extenderse hacia el confín oriental del mundo. Muy lentamente el sol se fue acercando al horizonte occidental. Y por fin bajó y, gracias a Dios, el despiadado resplandor desapareció, aunque el calor que salía de la arena era tan fuerte como antes. Cuatro pares de ojos miraban ansiosamente buscando alguna señal del valle que Sálopa, el cuervo, había descrito. Pero, a kilómetros de distancia, no se veía más que la arena uniforme. Y ya el día se acababa, definitivamente, y ya habían salido la mayoría de las estrellas, y todavía los caballos marchaban con gran estrépito y los niños se elevaban y se hundían en sus sillas, sintiéndose muy desgraciados por la sed y el cansancio. Y no fue hasta que se puso la luna que Shasta, con esa voz extraña como un ladrido del que tiene la boca absolutamente seca, gritó:

—¡Ahí es!

No cabía error ahora. Adelante, y un poco hacia la derecha, había por fin una pendiente: una pendiente que bajaba, con montículos de roca a cada lado. Los caballos estaban demasiado cansados para hablar, pero se fueron saltando hacia la pendiente y en menos de un minuto se adentraban en el barranco. Al principio fue peor que en pleno desierto, porque aquí había una gran falta de aire entre las murallas rocosas y llegaba menos luz de luna. La ladera seguía bajando en forma abrupta y las rocas a ambos lados alcanzaban la altura de un acantilado. Más adelante, comenzaron a encontrarse con vegetación; plantas llenas de espinas, parecidas a los cactos, y un pasto áspero, de ese que te podría pinchar los dedos. Pronto los cascos de los caballos pisaban guijarros y piedras en lugar de arena. En cada recodo del valle, y tenía muchos recodos, sus ojos buscaban agua con ansiedad. Los caballos estaban ya casi al borde de su resistencia, y Juin, tropezando y resollando, se iba quedando detrás de Bri. Casi habían perdido la esperanza cuando finalmente llegaron a un pequeño barrial y a un diminuto goteo de agua en medio de un pasto más suave. Y el goteo se transformó en un arroyuelo y el arroyuelo en riachuelo cercado de arbustos, y el riachuelo se convirtió en un río y (después de desilusiones que apenas puedo describir) llegó un momento en que Shasta, que había estado en una

especie de sopor, se dio cuenta súbitamente de que Bri se había detenido y de que él se estaba resbalando. Ante ellos había una pequeña catarata que vertía en una ancha laguna y los dos caballos ya estaban dentro de la laguna con sus cabezas inclinadas, y bebían, bebían, bebían. "¡O-o-oh!", exclamó Shasta y se zambulló en el agua, que le llegaba casi a las rodillas, y colocó su cabeza justo en medio de la catarata. Fue tal vez el momento más delicioso de su vida.

Unos diez minutos más tarde los cuatro (los dos niños mojados de arriba abajo) salieron y se pusieron a examinar los alrededores. La luna estaba ya suficientemente alta para asomarse al valle. El pasto era suave a ambos lados del río, y tras el pasto, árboles y arbustos subían hasta los pies de los acantilados. Debía haber maravillosos arbustos en flor ocultos en esa sombría maleza, porque todo el claro estaba impregnado de los aromas más frescos y deliciosos. Y del oscuro escondrijo en medio de los árboles, llegaba un sonido que Shasta jamás había escuchado antes: un ruiseñor.

Todos estaban demasiado agotados para hablar o comer. Los caballos, sin esperar que los desensillaran, se echaron de inmediato. Lo mismo hicieron Aravis y Shasta.

Cerca de diez minutos más tarde, la prudente Juin dijo:

—Pero no debemos dormirnos. Tenemos que adelantarnos a ese Rabadash.

—No —dijo Bri muy lentamente—. No hay que dormir. Sólo un descansito.

Shasta comprendió (por un momento) que todos se quedarían dormidos si él no se levantaba y hacía algo, y pensó que debería hacerlo. En realidad, decidió que se levantaría y los persuadiría para que continuaran. Pero ahora no; todavía no...

Muy poco después alumbró la luna y el ruiseñor cantó sobre dos caballos y dos niños humanos profundamente dormidos.

Fue Aravis quien despertó primero. El sol ya estaba alto en los cielos y habían desperdiciado las horas frescas de la mañana.

—Es culpa mía —se dijo furiosa, levantándose y empezando a despertar a los demás—. Uno no debe esperar que los caballos se mantengan despiertos después de una jornada como ésta, aun cuando *puedan* hablar. Y, por supuesto, ese niño tampoco; no tiene una preparación decente. Pero *yo* debería haberlo sabido bien.

Los otros se sentían aturdidos y estúpidos con la pesadez del sueño.

—¡Ay! ¡Bruhú! —se quejó Bri—. He dormido ensillado, ¿eh? No lo volveré a hacer nunca más. Es muy incómodo...

—Oh, vamos, vamos —urgió Aravis—. Ya hemos perdido media mañana. Apenas nos queda tiempo.

—Un tipo tiene que comer un bocado de pasto —dijo Bri.

—Me temo que no podemos esperar —repuso Aravis.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Bri—. Hemos cruzado el desierto, ¿no es así?
—Pero todavía no estamos en Archenland —replicó Aravis—. Y tenemos que llegar allí antes que Rabadash.
—Oh, debemos estar a kilómetros más adelante que él —insistió Bri—. ¿No hemos venido por un camino más corto? ¿No dijo ese cuervo amigo tuyo, Shasta, que éste era un atajo?
—El no dijo nada de que fuera *más corto* —respondió Shasta—. El sólo dijo *mejor,* porque llegabas a un río por aquí. Si el oasis está al norte de Tashbaan, entonces me temo que éste debe ser más largo.
—Bueno, pero yo no puedo continuar sin tomar un bocadillo —dijo Bri—. Sácame las riendas, Shasta.
—P-por favor —dijo Juin, tímidamente—. Yo también siento que no puedo seguir, igual que Bri. Pero cuando los caballos llevan a humanos (con lanzas y esas cosas) sobre sus lomos, ¿no es cierto que son obligados a seguir aun cuando se sienten así? Y entonces descubren que pueden continuar. Q-q-quiero decir, ¿no deberíamos nosotros ser capaces de hacer mucho más todavía, ahora que somos libres? Es por Narnia.
—Creo, señora —dijo Bri, en tono muy contundente—, que yo sé un poco más que tú de campañas y marchas forzadas y de lo que un caballo puede aguantar.
Juin no contestó a esto por ser, como la mayor parte de las yeguas de buena raza, una persona muy tímida y apacible a la que era muy fácil dominar. En realidad, ella tenía toda la razón y si Bri hubiese tenido sobre su lomo a un Tarkaan en ese momento, habría comprobado que aún podía seguir caminando duro por muchas horas. Pero uno de los peores resultados de ser esclavo y ser forzado a hacer las cosas, es que cuando no hay quien te fuerce, comprendes que has casi perdido el poder de forzarte a ti mismo.
Así fue como tuvieron que esperar mientras Bri comía su bocadillo y tomaba un trago de agua, y, por supuesto, Juin y los niños comieron su bocadillo y bebieron también. Deben haber sido casi las once de la mañana cuando finalmente lograron ponerse otra vez en camino. Y aun entonces Bri se tomó las cosas con más calma que ayer. Fue realmente Juin, a pesar de que era la más débil y la que estaba más cansada de los dos, la que marcó el paso.
El valle, con su frío río color café, y su pasto y musgo y flores silvestres y rododendros, era un lugar tan agradable que te incitaba a ir despacio.

X. EL ERMITAÑO DE LA FRONTERA SUR

Habían cabalgado durante varias horas cuando el valle se abrió y pudieron observar lo que había más adelante. El río que venían siguiendo se unía

aquí a uno más grande, ancho y turbulento, que fluía de izquierda a derecha hacia el este. Más allá de este nuevo río, una preciosa campiña subía apacible por bajas colinas, sierra tras sierra, hasta las mismas Montañas del Norte. A la derecha, algunos picachos rocosos, un par de ellos tapados de nieve hasta los bordes. A la izquierda, laderas revestidas de pinos, ceñudos acantilados, estrechas quebradas, y azuladas cumbres se extendían hasta donde tus ojos alcanzaban a ver. Ya no se divisaba el Monte Pire. Frente a ellos la cadena montañosa se hundía en un boscoso collado que, sin duda, debía ser el paso de Archenland a Narnia.

—¡Bruhuhuhú, el Norte, el verde Norte! —relinchó Bri.

Y, desde luego, las colinas más bajas eran más verdes y frescas que todo lo que Aravis y Shasta, con sus ojos sureños, podrían haber imaginado. Se sintieron más animados al ir bajando estrepitosamente hasta la confluencia de los dos ríos.

El río, que corría hacia el este fluyendo desde las montañas más altas al oeste de la cordillera, era claramente demasiado veloz y demasiado quebrado por rápidos para que ellos pudieran pensar en cruzarlo a nado; pero buscando de arriba abajo por la orilla, dieron con un lugar lo suficientemente poco profundo por donde vadearlo. El estruendoso bramido del agua, el gran torbellino golpeando contra los espolones de los caballos, el aire fresco y revuelto y las fugaces libélulas, llenaban a Shasta de una extraña emoción.

—¡Amigos, hemos llegado a Archenland! —exclamó Bri con orgullo, mientras salía por la ribera norte, salpicando agua y sacudiéndose—. Creo que ese río que acabamos de atravesar es el que llaman Flecha Sinuosa.

—Espero que hayamos llegado a tiempo —murmuró Juin.

Empezaron a ascender, lentamente y zigzagueando muchísimo, por los cerros escarpados. La comarca semejaba un parque abierto sin caminos ni casas a la vista. Desparramados aquí y allá había árboles, nunca tan tupidos como para llamar aquello un bosque. Shasta, que había vivido toda su vida en una pradera casi sin árboles, pensó que jamás había visto tantos y de tan diversas clases. Si tú hubieses estado ahí, probablemente sabrías (él no sabía) que lo que veía eran robles, hayas, plateados abedules, serbales y fragantes castaños. Los conejos se escabullían para cualquier lado a medida que ellos avanzaban, y de pronto vieron una manada entera de gamos que huía entre los árboles.

—¡Esto es simplemente glorioso! —exclamó Aravis.

Al llegar a la primera cima, Shasta se volvió en la montura para mirar hacia atrás. No se veían rastros de Tashbaan; el desierto, ininterrumpido salvo por la estrecha y verde hendedura por la que ellos habían pasado, se extendía hasta el horizonte.

—¡Oigan! —dijo de súbito—. ¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —preguntó Bri, dándose vuelta. Juin y Aravis

hicieron lo mismo.
—Eso —dijo Shasta, señalando—. Parece humo. ¿Será un incendio?
—Tormenta de arena, diría yo —repuso Bri. —No hay tanto viento para eso —opinó Aravis.
—¡Oh! —exclamó Juin—. ¡Miren! Hay unas cosas que relampaguean ahí. ¡Miren! Son yelmos... y armaduras. Y se mueven: se mueven hacia acá.
—¡Por Tash! —exclamó Aravis—. Es el ejército. Es Rabadash.
—Claro que es él —dijo Juin—. Justo lo que yo me temía. ¡Rápido! Tenemos que llegar a Anvard antes que él.
Y sin más palabras, se puso bruscamente en movimiento y partió galopando hacia el norte. Bri sacudió la cabeza e hizo lo mismo.
—Vamos, Bri, vamos —gritó Aravis por encima de su hombro.
La carrera fue muy dura para los caballos. Apenas alcanzaban una cumbre, se encontraban ante otro valle y otra loma más atrás; y aunque sabían que iban más o menos en la dirección correcta, nadie sabía a qué distancia estaban de Anvard. Desde lo alto de la segunda cima, Shasta volvió a mirar hacia atrás. En vez de una nube de polvo allá lejos en el desierto, ahora vio una negra masa que se movía, como hormigas, en la otra ribera del Flecha Sinuosa. Era indudable que buscaban un vado.
—¡Están en el río! —gritó frenético.
—¡Rápido! ¡Rápido! —decía Aravis a gritos—. No servirá de nada haber venido si no llegamos a Anvard a tiempo. Galopa, Bri, galopa. Acuérdate de que eres un caballo de guerra.
Shasta hacía lo que podía para no gritar instrucciones similares; pero pensaba: “el pobre tipo está haciendo todo lo que puede ya”, y se mordía la lengua. Y ciertamente ambos caballos estaban haciendo, si no todo lo que podían, todo lo que creían que podían hacer; lo que no es lo mismo. Bri había alcanzado a Juin y corrían juntos con gran estruendo por el prado. No parecía posible que Juin pudiera mantener ese paso por mucho tiempo.
En ese momento, un sonido tras ellos los hizo a todos cambiar completamente de opinión. No era el ruido que habían estado esperando escuchar, el ruido de cascos y de tintineantes armaduras, entremezclado quizás con gritos de batalla de los calormenes. Sin embargo, Shasta lo reconoció de inmediato. Era el mismo gruñente rugido que escuchó aquella noche de luna, cuando encontró por primera vez a Aravis y Juin. Bri también lo conocía. Sus ojos lanzaban rojos destellos y sus orejas caían gachas hacia atrás sobre su cráneo. Y ahora Bri acababa de descubrir que en realidad no estaba corriendo rápido, no tan rápido como podía. Shasta sintió en el acto el cambio. Ahora sí que iban a toda velocidad. En pocos segundos dejaron muy atrás a Juin.
“No es justo —pensaba Shasta—. Estaba *seguro* de que aquí estaríamos a salvo de los leones”.
Miró por sobre su hombro. Todo estaba sumamente claro. Una enorme

y leonina criatura, con su cuerpo a ras del suelo cual un gato que corre como un rayo por el pasto buscando un árbol cuando un perro desconocido ha entrado al jardín, venía detrás de él. Y se acercaba más cada segundo, y cada medio segundo.

Miró hacia adelante nuevamente y vio algo que no entendió bien qué era, y ni siquiera lo pensó. Les cortaba el camino una tersa muralla verde de unos tres metros de altura. En mitad de la muralla había una puerta, abierta. De pie en medio del portal, un hombre alto, vestido hasta la punta de sus pies descalzos con una túnica de color hojas de otoño, apoyado en un bastón recto. La barba le caía casi hasta las rodillas.

Shasta abarcó todo esto de un solo vistazo y volvió a mirar para atrás. El león ya casi había alcanzado a Juin. Tiraba mordiscos a sus patas traseras, y ya no se leía esperanza en la cara de la yegua toda salpicada de espuma y con los ojos desorbitados.

—¡Para! —rugió Shasta en el oído de Bri—. Hay que volver. ¡Tenemos que ayudarla!

Bri siempre sostuvo después que él jamás escuchó esto, o que no lo entendió; y como generalmente era un caballo muy veraz, debemos aceptar su palabra.

Shasta sacó los pies de los estribos, deslizó ambas piernas por encima del costado izquierdo, titubeó por un horrendo centésimo de segundo, y saltó. Sintió un terrible dolor y quedó casi sin respiración. Antes de darse cuenta de cuánto le dolía, ya iba tambaleándose en ayuda de Aravis. Jamás antes había hecho algo parecido en toda su vida y casi no entendía por qué lo hacía ahora.

Uno de los sonidos más horribles del mundo, el grito de un caballo, escapó de los labios de Juin. Aravis iba muy encorvada sobre el cuello de Juin y parecía estar tratando de desenvainar su espada. Y en ese momento los tres, Aravis, Juin y el león, estaban casi encima de Shasta. Antes de alcanzarlo, el león se paró en sus patas traseras, más grande de lo que hubieras creído que podía ser un león, y lanzó un zarpazo a Aravis con su garra derecha. Shasta pudo ver todas las tremendas uñas extendidas. Aravis dio un grito y se tambaleó en su montura. El león laceraba sus hombros. Shasta, casi loco de horror, logró avanzar oscilante hacia la bestia. No tenía armas, ni siquiera un palo o una piedra. Le gritó, estúpidamente, como uno le grita a un perro: "¡Ándate! ¡Ándate!" Por la fracción de un segundo se quedó mirando directamente su rabioso hocico, de par en par abierto. Luego, para su inmenso asombro, el león, aún parado en sus patas traseras, se refrenó súbitamente, giró sobre sus talones, apoyó sus cuatro patas en el suelo y escapó con gran rapidez.

Shasta no creyó al principio que se hubiese ido definitivamente. Se volvió y corrió hacia la puerta en la muralla verde que, ahora por primera vez, recordaba haber visto. Juin, tropezando y casi al borde del desmayo,

iba justo entrando por aquella puerta; Aravis aún se mantenía en la montura pero su espalda estaba llena de sangre.

—Entra, hija mía, entra —decía el hombre de la túnica y de la larga barba, y agregó—: Entra, hijo mío —dirigiéndose a Shasta, que subía jadeante hacia él. Shasta escuchó que la puerta se cerraba tras él, y vio que el barbudo desconocido estaba ayudando a Aravis a bajar del caballo.

Se encontraban en un recinto amplio y perfectamente circular, protegido por un alto muro de verde pasto. Un estanque de agua muy quieta, tan lleno que el agua estaba exactamente al mismo nivel del suelo, se extendía ante Shasta. En uno de los extremos del estanque, sombreándolo totalmente con sus ramas, crecía el árbol más inmenso y más hermoso que Shasta había visto jamás. Detrás del estanque había una pequeña casita de piedra con techo de espesa y antigua paja. Escuchó un balido y al otro lado del recinto divisó algunas cabras. El parejo suelo estaba completamente cubierto del más fino pasto.

—¿Eres... eres... eres tú —resolló Shasta—, eres tú el Rey Lune de Archenland?

El anciano meneó la cabeza.

—No —respondió con voz tranquila—, soy el Ermitaño de la Frontera Sur. Y ahora, hijo mío, no pierdas tiempo haciendo preguntas, sino que obedece. Esta damisela está herida. Vuestros caballos están agotados. En este momento, Rabadash está encontrando un vado en el Flecha Sinuosa. Si corres de inmediato, sin descansar ni un momento, llegarás a tiempo para prevenir al Rey Lune.

A Shasta se le fue el alma a los pies al oír estas palabras, porque sentía que ya no le quedaban fuerzas. Y se amargó para sus adentros por lo cruel e injusta que le parecía la petición. Todavía no había aprendido que si haces una buena acción, por lo general tu recompensa será tener que hacer otra más, y más difícil y mejor. Pero en voz alta sólo dijo:

—¿Dónde está el Rey?

El Ermitaño se volvió y señaló con su bastón.

—Mira —le dijo—. Hay otra puerta, justo al lado contrario de esta por donde ustedes entraron. Ábrela y sigue derecho hacia adelante, siempre derecho hacia adelante, en terreno liso o escarpado, blando o áspero, seco o mojado. Gracias a mis artes sé que encontrarás al Rey siguiendo derecho hacia adelante. Pero corre, corre, corre siempre.

Shasta asintió con la cabeza, corrió hacia la puerta norte y desapareció tras ella. Entonces el Ermitaño tomó a Aravis, a quien todo este tiempo había estado sosteniendo con su brazo izquierdo, y medio la guió, medio la llevó dentro de la casa. Pasado un largo rato salió de nuevo.

—Y ahora, amigos míos —dijo a los caballos—, es vuestro turno.

Sin esperar respuesta, y en realidad ellos estaban demasiado exhaustos para hablar, les quitó bridas y monturas. Después los cepilló secándolos tan

bien que ningún mozo de las caballerizas reales lo habría hecho mejor.

—Listo, queridos míos —dijo—. Aparten todo de sus mentes y anímense. Aquí tienen agua y allá hay hierba. Les daré una pasta caliente una vez que haya ordeñado a mis otros favoritos, las cabras.

—Señor —dijo Juin, recuperando por fin su voz—, ¿sobrevivirá la Tarkeena? ¿La habrá matado el león?

—Yo, que conozco tantas cosas del presente merced a mis artes —replicó el Ermitaño con una sonrisa—, sé, sin embargo, muy poco de las cosas futuras. Por lo tanto, no sé si algún hombre o mujer o bestia en todo el mundo vivirá cuando el sol se ponga esta noche. Pero ten esperanzas. La damisela tiene aspecto de que vivirá igual que cualquiera otra de su edad.

Cuando Aravis volvió en sí, se encontró tendida de bruces sobre un lecho bajo de extraordinaria suavidad, en una habitación fresca y desamoblada, de murallas de piedra sin labrar. No entendía por qué la habían dejado de bruces; pero cuando trató de darse vuelta y sintió ardientes dolores por toda su espalda, recordó, y comprendió el porqué. No lograba descubrir de qué material tan deliciosamente mullido habían fabricado la cama, ya que ésta estaba hecha de brezo (que es lo mejor como lecho) y el brezo era algo que ella jamás había visto, ni siquiera había oído mencionar.

Se abrió la puerta y entró el Ermitaño, trayendo un gran tazón de madera en sus manos. Después de colocarlo con todo cuidado en el suelo, se acercó a la cama y preguntó:

—¿Cómo te sientes, hija mía?

—Me duele mucho la espalda, padre —contestó Aravis—, pero no siento ningún otro malestar.

El se arrodilló a su lado, puso la mano en su frente y le tomó el pulso.

—No hay fiebre —dijo—. Te mejorarás. Verdaderamente no hay razón para que no te levantes mañana. Pero ahora bebe esto.

Fue a buscar el tazón de madera y lo acercó a sus labios. Aravis no pudo evitar hacer una mueca cuando lo probó, pues la leche de cabra produce realmente un sobresalto cuando no estás acostumbrado a ella. Pero tenía demasiada sed y se las arregló para beberla toda y, al terminarla, se sintió mucho mejor.

—Bien, hija, puedes dormir si quieres —dijo el Ermitaño—. Ya tus heridas están lavadas y curadas y, aunque arden, no son más serias que si hubiesen sido tajos hechos por un látigo. Debe haber sido un león muy extraño, ya que en vez de botarte de la montura y enterrarte los dientes, lo único que hizo fue rasguñarte la espalda con sus garras. Diez arañazos; dolorosos, pero no son profundos ni peligrosos.

—¡Caramba! —exclamó Aravis—. He tenido suerte.

—Hija —dijo el Ermitaño—, yo he vivido ciento nueve inviernos en este mundo y todavía no he encontrado eso que llaman Suerte. Hay algo en todo esto que no comprendo: pero si algún día necesitamos saberlo, puedes

estar segura de que lo sabremos.
—¿Y qué hay de Rabadash y sus doscientos caballos? —preguntó Aravis.
—No pasarán por aquí, creo —repuso el Ermitaño—. Ya deben haber encontrado un vado más al este. De allí tratarán de cabalgar derecho a Anvard.
—¡Pobre Shasta! —dijo Aravis—. ¿Tiene que ir muy lejos? ¿Llegará primero?
—Hay buenas esperanzas —respondió el anciano. Aravis volvió a tenderse (de lado esta vez) y dijo:
—¿He dormido mucho tiempo? Parece que está oscureciendo.
El Ermitaño miró hacia afuera por la única ventana, que daba al norte.
—Esta no es la oscuridad de la noche —dijo luego—. Las nubes vienen bajando desde la Punta Borrascosa. El mal tiempo que tenemos por estos lados viene siempre de allí. Habrá niebla espesa esta noche.
Al día siguiente, salvo por su espalda adolorida, Aravis se sentía tan bien que después del desayuno (que fue sopa de avena y crema) el Ermitaño le dijo que podía levantarse. Y, claro, se fue de inmediato a hablar con los caballos. El tiempo había cambiado y todo aquel verde recinto estaba lleno, como una enorme copa verde, de un sol radiante. Era un lugar muy plácido, solitario y tranquilo.
Juin trotó inmediatamente hacia Aravis y le dio un beso de caballo.
—Pero ¿dónde está Bri? —dijo Aravis cuando ya se habían preguntado una a otra sobre su salud y cómo habían dormido.
—Está allá —repuso Juin, señalando con su nariz al otro lado del círculo—. Y me gustaría que fueras a hablar con él. Algo le pasa. No he logrado sacarle una palabra.
Atravesaron lentamente y encontraron a Bri echado con la cara vuelta hacia la pared, y a pesar de que seguramente las oyó acercarse, no volvió la cabeza ni dijo una palabra.
—Buenos días, Bri —saludó Aravis—. ¿Cómo has amanecido hoy?
Bri murmuró algo que nadie alcanzó a oír.
—El Ermitaño dice que es muy probable que Shasta haya llegado a tiempo donde el Rey Lune —prosiguió Aravis—, así es que parece que todos nuestros pesares han terminado. ¡Narnia, por fin, Bri!
—Nunca veré Narnia —dijo Bri en voz baja.
—¿No te sientes bien, querido Bri? —preguntó Aravis.
Bri se dio vuelta finalmente, con una cara melancólica como sólo los caballos pueden tenerla.
—Voy a regresar a Calormen —dijo.
—¿Qué? —exclamó Aravis—. ¡Volver a la esclavitud!
—Sí —dijo Bri—. Sólo sirvo para la esclavitud. ¿Cómo podría mostrar alguna vez mi cara en medio de los caballos libres de Narnia?...

¡yo, que dejé que los leones devoraran a una yegua y a una niña y a un niño, mientras galopaba a toda velocidad para salvar mi despreciable pellejo!
—Todos corrimos lo más ligero que podíamos —dijo Juin.
—Shasta no —bufó Bri—. Por lo menos él corrió en la dirección adecuada: corrió hacia *atrás.* Y eso es lo que más me avergüenza de todo. Yo, que me llamaba a mí mismo un caballo de guerra y me ufanaba de cien batallas, ser derrotado por un pequeño muchacho humano..., ¡un niño, un mero potrillo, que jamás había cogido una espada ni tuvo buena crianza ni buen ejemplo en su vida!
—Ya lo sé —dijo Aravis—. Yo siento lo mismo que tú. Shasta se portó maravillosamente. Yo soy tan mala como tú, Bri. Le hice desaires y lo desprecié desde que lo conocí y ahora resulta ser el mejor de todos nosotros. Pero pienso que será más conveniente quedarse y decirle que lo lamentamos en lugar de volver a Calormen.
—Eso está bien para ti —insistió Bri—. Tú no te has deshonrado. Pero yo lo he perdido todo.
—Mi buen caballo —dijo el Ermitaño, que se había aproximado sin que lo notaran porque sus pies descalzos hacían tan poco ruido sobre el pasto suave y lleno de rocío—. Mi buen caballo, lo único que has perdido es tu vanidad. No, no, amigo. No eches para atrás tus orejas y no me sacudas tus crines. Si es cierto que estás tan humillado como parecías hace un minuto, debes aprender a escuchar a la sensatez. No eres ese gran caballo que habías llegado a pensar que eras de tanto vivir entre pobres caballos mudos. Por supuesto que eras más valiente y más inteligente que *ellos*. No podías evitar serlo. Pero de ahí no se deduce que seas alguien muy especial en Narnia. Mas mientras sepas que no eres nadie muy especial, serás una clase de caballo bastante decente, en suma, juntando una cosa con la otra. Y ahora, si tú y mi otro amigo de cuatro patas quieren venir a la puerta de la cocina, nos encargaremos de la segunda mitad de aquella pasta.

XI. EL IMPORTUNO COMPAÑERO DE VIAJE

Cuando atravesó la puerta, Shasta se encontró ante una ladera de hierba y un poco de brezo que trepaba delante de él hacia un grupo de árboles. No tenía nada en qué pensar ahora y ningún plan que hacer: sólo tenía que correr, y eso ya era suficiente. Sus piernas temblaban, empezaba a sentir una punzada terrible en el costado, y el sudor que continuaba cayendo en sus ojos los cegaba y los hacía doler. Tampoco sentía muy firmes sus pies, y más de una vez casi se dobló el tobillo en las piedras sueltas.
Los árboles tupían ahora mucho más que antes y en los espacios más abiertos había helechos. El sol se había entrado, sin que hubiese refrescado. El día se había puesto caluroso y gris, como esos días en que parece que hubiera dos veces más moscas que de costumbre. La cara de Shasta estaba

cubierta de moscas; ni siquiera trató de sacudírselas... tenía demasiadas otras cosas que hacer.
De súbito escuchó un cuerno... no un gran cuerno vibrante como los de Tashbaan, pero de un sonido alegre, ¡Tirototojó! Un minuto más tarde salía a un amplio claro donde se encontró en medio de una multitud de gente.
Por lo menos, a él le pareció una multitud. En realidad había cerca de quince o veinte personas, todos caballeros vestidos con verdes trajes de caza, algunos montados y otros de pie al lado de las cabezas de sus caballos. En el centro, alguien sostenía el estribo para que un hombre montara. Y el hombre a quien le sostenían el estribo era el Rey más jovial, más gordo, con las mejillas más color manzana y los ojos más risueños que te puedes imaginar.
Apenas divisó a Shasta, este Rey no pensó ya más en montar su caballo. Tendió sus brazos a Shasta, con la cara iluminada, y gritó con una voz potente, profunda, que parecía brotar del fondo de su pecho.
—¡Corin! ¡Hijo mío! ¡Y a pie, y en harapos! ¿Qué...?
—No —jadeó Shasta, negando con la cabeza—. No soy el Príncipe Corin. Yo... yo... sé que me parezco a él... vi a su Alteza en Tashbaan... manda sus saludos.
El Rey contemplaba a Shasta con una expresión extraordinaria en su rostro.
—¿Eres el R—Rey Lune? —preguntó Shasta con voz entrecortada. Y agregó, sin esperar respuesta—: Señor Rey... huir... Anvard... cerrar las puertas... enemigos están encima... Rabadash y doscientos caballos.
—¿Estás seguro de eso, muchacho? —preguntó uno de los otros caballeros.
—Mis propios ojos —dijo Shasta—. Los he visto. He corrido carrera con ellos todo el camino desde Tashbaan.

—¿A pie? —preguntó el caballero, levantando ligeramente sus cejas.
—Caballos... con el Ermitaño —explicó Shasta.
—No le preguntes más, Darrin —dijo el Rey Lune—. Veo verdad en su rostro. Por tanto, nos pondremos en marcha, caballeros. Traigan un caballo para el muchacho. ¿Puedes cabalgar rápido, amigo?
Por toda respuesta Shasta metió el pie en el estribo del caballo que le habían traído y en un segundo estaba en la silla. Había hecho esto cientos de veces con Bri en las últimas semanas, y montaba de manera muy distinta ahora a lo que había sido la primera noche en que Bri le dijo que se subía a un caballo como si estuviera subiéndose a un pajar.
Se alegró de escuchar que Lord Darrin le decía al Rey:
—El muchacho monta como un verdadero jinete, Señor. Te aseguro que es de sangre noble.

—Su sangre, sí, ahí está el punto —dijo el Rey. Y miró otra vez a Shasta con esa curiosa expresión, casi una expresión de ansiedad, en sus serenos ojos grises.

Pero ya el grupo entero se alejaba a un rápido medio galope. La silla de Shasta era excelente pero él estaba penosamente confundido y no sabía qué hacer con sus riendas, pues jamás había tomado las riendas cuando montaba a Bri. Pero con el rabillo del ojo miró atentamente para ver qué hacían los demás (como hacemos nosotros a veces en las fiestas cuando no estamos totalmente seguros de qué cuchillo o tenedor se supone que debemos usar) y trató de poner los dedos correctamente. Mas no se atrevía a dirigir realmente al caballo; confiaba en que éste seguiría al resto. Su caballo era, claro está, un caballo común, no un caballo que habla; pero tenía talento suficiente como para comprender que el extraño muchacho que llevaba en su lomo no era realmente el dueño de la situación. Fue por eso que pronto Shasta se encontró a la cola de la comitiva.

Aún así, iba bastante rápido. Ya no habían moscas y el aire que golpeaba su cara era delicioso. También había recuperado el aliento. Y su misión había logrado éxito. Por primera vez desde que llegara a Tashbaan (¡le parecía que hacía tanto tiempo!) empezaba a pasarlo bien.

Miró hacia arriba para ver si ya estaban más cercanas las cumbres de las montañas. Para su gran desilusión, no pudo ni siquiera divisarlas; únicamente una vaga grisura que bajaba hacia ellos. Nunca antes había estado en un país montañoso y se sorprendió.

—Es una nube —se dijo—, una nube que viene bajando. Ya entiendo. Aquí arriba en los cerros uno está verdaderamente en el cielo. Voy a ver cómo es el interior de una nube. ¡Qué divertido! Siempre me había intrigado.

Muy lejos, a su izquierda, y un poco detrás de él, el sol se preparaba para ponerse.

Habían llegado a un camino lleno de baches e iban a gran velocidad. Pero todavía el caballo de Shasta iba último en el lote. Una o dos veces, cuando el camino hacía una curva (había ahora un prolongado bosque a cada lado), perdió de vista a los demás por un par de segundos.

Luego se hundieron en la niebla, o más bien la niebla los envolvió. El mundo se volvió gris. Shasta no tenía idea de lo frío y húmedo que era el interior de una nube; tampoco lo oscura que podía ser. El gris se tornaba negro con alarmante celeridad.

Alguien a la cabeza de la columna hacía sonar el cuerno de vez en cuando, y cada vez el sonido venía de más lejos. No podía ver a ninguno de los otros ya, pero por supuesto podría verlos en cuanto doblara la próxima curva. Pero después de doblarla, todavía no lograba verlos. A decir verdad, no podía ver absolutamente nada. Su caballo iba al paso. "Sigue, caballo, sigue", dijo Shasta. Y se escuchó el cuerno, muy débil. Bri le había dicho

siempre que debía mantener sus talones bien vueltos hacia afuera, y a Shasta se le había metido en la cabeza la idea de que algo terrible pasaría sí él enterraba sus talones en los flancos del caballo. Esta le pareció una buena ocasión para probarlo.

—Mira, caballo —dijo—, si no cobras ánimo, ¿sabes lo que haré? Te voy a clavar los talones. Prometo que lo haré.

El caballo, sin embargo, no hizo el menor caso de esta amenaza. De modo que Shasta se afirmó bien en la montura, se agarró con las rodillas, apretó los dientes y aguijoneó ambos flancos del animal con sus talones, lo más fuerte que pudo.

El único resultado fue que el caballo inició una especie de intención de trote de unos cinco o seis pasos y luego disminuyó hasta ponerse a caminar otra vez. Y ahora estaba totalmente oscuro y parecía que ya no hacían sonar más ese cuerno. El único ruido era un continuo drip-drip que venía de las ramas de los árboles.

—Bueno, supongo que aun caminando al paso llegaremos a alguna parte en algún momento —se dijo Shasta—. Lo único que espero es no caer en manos de Rabadash y su gente.

Continuó hacia adelante durante lo que pareció largo rato, siempre al paso. Comenzaba a odiar a ese caballo, y también comenzaba a sentir hambre.

Al poco tiempo llegó a un lugar donde el camino se dividía en dos. Estaba justamente preguntándose cuál conduciría a Anvard cuando lo sobresaltó un ruido detrás suyo. Era el ruido de caballos al trote. "¡Rabadash!", pensó Shasta. No había forma de adivinar qué camino tomaría Rabadash.

—Pero si tomo uno —se dijo Shasta—, podría ser que él tomara el otro; y si me quedo en esta encrucijada, es seguro que me capturan.

Desmontó y condujo a su caballo lo más rápido posible por el camino de la derecha.

El rumor de la caballería se acercaba vertiginosamente y en un par de minutos Shasta se dio cuenta de que estaban en la bifurcación de caminos. Contuvo la respiración, esperando para ver qué camino tomarían.

Se escuchó una orden dada en voz baja: "¡Alto!", luego diversos ruidos de caballos, narices resoplando, cascos lanzando patadas, frenos tascados, caricias en los cuellos. En seguida una voz habló:

—Escuchad, todos —dijo—. Estamos ya a unos doscientos metros del castillo. Recuerden sus órdenes. Una vez en Narnia, donde estaremos a la salida del sol, deben matar lo menos posible. En esta aventura ustedes deben considerar cada gota de sangre narniana como si fuera más preciosa que un galón de la vuestra propia. En *esta* aventura, digo. Los dioses nos enviarán horas más felices y entonces no deben dejar a nadie con vida entre Cair Paravel y el Páramo del Oeste. Pero aún no estamos en Narnia. Aquí

en Archenland es otra cosa. En el asalto al castillo del Rey Lune lo único que importa es la rapidez. Muestren su temple. Tiene que ser mío en una hora. Y si lo es, se lo entrego a ustedes. No guardaré para mí ningún botín. Mátenme a todo bárbaro varón dentro de sus murallas, hasta el niño nacido ayer, y todo lo demás es para que ustedes se lo repartan como les plazca: las mujeres, el oro, las joyas, las armas y el vino. El hombre que yo vea quedarse atrás cuando lleguemos a las puertas será quemado vivo. En nombre de Tash, el irresistible, el inexorable..., ¡adelante!

Con un gran clipiticlop, las columnas se pusieron en movimiento, y Shasta volvió a respirar. Habían tomado el otro camino.

Shasta pensó que se demoraban largo tiempo en pasar, pues, aunque había hablado y había meditado acerca de "doscientos caballos", no había logrado hacerse una idea de cuántos eran realmente. Pero al final el ruido se perdió a lo lejos y otra vez se encontró solo en medio del drip-drip de los árboles.

Ya conocía el camino hacia Anvard, pero claro que no podía ir por él: eso significaría únicamente ir a caer en manos de las tropas de Rabadash. "¿Qué demonios puedo hacer?", se decía Shasta a sí mismo. Pero volvió a montar su caballo y continuó por el camino que había elegido, con la tenue esperanza de encontrar alguna cabaña donde pedir alojamiento y comida. Había pensado, por supuesto, en regresar junto a Aravis y Bri y Juin en la ermita, pero no podía porque en estos momentos no tenía ya la menor idea de la orientación.

—Después de todo —dijo Shasta—, este camino tiene que llegar a alguna parte.

Pero todo depende de lo que entiendas por "alguna parte". El camino no dejó de llegar a alguna parte en el sentido de que llegó hasta donde había más y más árboles, todos oscuros y goteando, y un aire cada vez más frío. Y lo más curioso, los vientos helados siguieron soplando la niebla por delante de él a pesar de que nunca la alejaron. Si hubiese estado acostumbrado a los países montañosos habría comprendido que esto significaba que estaba mucho más alto, tal vez justo en la cumbre del paso. Pero Shasta no sabía nada de montañas.

—Lo que sí creo —murmuró Shasta— es que debo ser el niño con más mala suerte que ha vivido jamás en este mundo. Todo sale bien para los demás menos para mí. Esos señores y damas de Narnia salieron a salvo de Tashbaan: a mí me dejaron atrás. Aravis y Bri y Juin están más cómodos que nadie con el viejo Ermitaño: claro que yo tuve que ser a quien enviaran acá. El Rey Lune y su gente deben haber llegado sanos y salvos al castillo y habrán cerrado sus puertas mucho antes de que Rabadash llegara, pero yo quedé afuera.

Y como estaba tan cansado y como no tenía nada en su estómago tuvo tal lástima de sí mismo que las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Puso fin a todo esto un repentino sobresalto. Shasta descubrió que algo o alguien iba caminando a su lado. Estaba oscuro como boca de lobo y no pudo ver nada. Y la cosa (o persona) caminaba tan silenciosamente que apenas podía escuchar sus pisadas. Lo que podía escuchar era su respiración. Su invisible compañero parecía respirar a gran escala, y Shasta tuvo la impresión de que se trataba de una criatura enorme. Y se había dado cuenta de esta respiración en forma tan gradual que en realidad no tenía idea de cuánto hacía que la escuchaba. Fue un susto horrible.

Le vino a la memoria que había oído decir, hacía mucho tiempo, que había gigantes en esos países del norte. Se mordió los labios, aterrado. Pero ahora que tenía verdaderamente algo por que llorar, dejó de llorar.

La cosa (a menos que fuera una persona) iba a su lado en tal silencio que Shasta comenzó a ilusionarse de que fuera sólo su imaginación. Pero justo cuando ya estaba bien seguro de esto, de la oscuridad a sus espaldas surgió de súbito un profundo y sonoro suspiro. ¡Eso no podía ser imaginación! Como fuere, había sentido el cálido aliento de aquel suspiro en su fría mano izquierda.

Si el caballo hubiera servido de algo, o si él hubiese sabido cómo sacarle provecho a ese caballo, lo hubiera arriesgado todo en una escapada a pleno galope. Pero sabía que no podía hacer galopar a ese caballo. De modo que siguió al paso y el compañero invisible caminaba y respiraba a su lado. Al fin no pudo soportar más.

—¿Quién eres? —dijo, casi en un susurro.

—Uno que ha esperado largo tiempo a que hablaras —dijo la Cosa. Su voz no era fuerte, sino muy potente y profunda.

—¿Eres... eres un gigante? —preguntó Shasta.

—Puedes llamarme un gigante —respondió la Voz Potente—. Pero no soy como las criaturas que tú llamas gigantes.

—No puedo verte —dijo Shasta, después de tratar desesperadamente de verlo. Entonces (pues se le había ocurrido una idea aún más terrible) dijo, casi en un alarido—: ¿No eres... no eres algo muerto, no? Oh, por favor, por favor ándate. ¿Qué mal te he hecho yo? Oh, soy la persona más desgraciada de todo el mundo.

Una vez más sintió sobre su mano y su cara el aliento tibio de la cosa.

—Ahí tienes —dijo—, eso no es el aliento de un fantasma. Cuéntame tus penas.

Shasta se sintió tranquilizado por su aliento, de modo que le contó que jamás había conocido a su verdadero padre o madre y que había sido criado con gran severidad por el pescador. Y después relató la historia de su huida y contó cómo habían sido atacados por leones y obligados a nadar para salvar sus vidas; y todos los peligros en Tashbaan y la noche que pasó en medio de las tumbas y cómo las bestias aullaban en el desierto. Y le contó del calor y la sed que sufrieron en su travesía por el desierto y cómo,

cuando ya llegaban a su meta, otro león los atacó e hirió a Aravis. Y también, cuánto tiempo hacía que no tenía nada para comer.
—Yo no te llamaría desdichado —dijo la Voz Potente.
—¿No crees que fue mala suerte encontrarse con tantos leones? —preguntó Shasta.
—Era un solo león —repuso la Voz.
—¿Qué quieres decir, por todos los cielos? Te acabo de decir que hubo por lo menos dos la primera noche, y...
—Había solamente uno; pero de pies muy ligeros.
—¿Cómo lo sabes?
—Yo era el león.
Y como Shasta se quedó boquiabierto y no dijo nada, la Voz continuó.
—Yo era el león que te obligó a juntarte con Aravis. Yo era el gato que te consoló en medio de las casas de la muerte. Yo era el león que ahuyentó a los chacales mientras tú dormías. Yo era el león que dio a los caballos renovadas fuerzas sacadas del miedo para los últimos metros que faltaban, a fin de que tú pudieras alcanzar al Rey Lune a tiempo. Y yo era el león, que tú no recuerdas, que empujó él bote en que yacías, un niño próximo a morir, para que llegase a la playa donde estaba sentado un hombre, insomne a la medianoche, que debía recibirte.
—Entonces ¿fuiste tú el que hirió a Aravis?
—Fui yo.
—Pero ¿para qué?
—Niño —dijo la Voz—, te estoy relatando tu historia no la de ella. A nadie le cuento otra historia que no sea la propia.
—¿Quién *eres* tú?
—Yo mismo —dijo la Voz, en tono profundo y bajo que hizo estremecer la tierra; y repitió—: Yo mismo —fuerte y claro y con alegría; y luego por tercera vez—: Yo mismo —susurró tan suavemente que apenas podías escucharlo, y aún así el susurro parecía salir de todas partes a tu alrededor como si las hojas susurraran con él.
Shasta no volvió a temer que la Voz perteneciera a algo que pudiera comérselo, ni que fuera la voz de un espectro. Pero lo recorrió una nueva y diferente clase de temblor. Y sin embargo, también se sentía contento.
La bruma perdía su negrura y se volvía gris, y de gris pasó a blanco. Debió haber comenzado a suceder hacía rato, pero mientras él hablaba con la Cosa no se había dado cuenta de nada más. Ahora la blancura que lo rodeaba se transformó en una brillante blancura; sus ojos empezaron a parpadear. En alguna parte más adelante podía oír cantos de pájaros. Comprendió que la noche moría por fin. Podía ver las crines y las orejas y la cabeza de su caballo con toda claridad. Una luz dorada, que venía de la izquierda, cayó sobre ellos. Pensó que era el sol.
Se volvió a mirar y vio, paseándose a su lado, más alto que el caballo,

a un León. El caballo parecía no temerle, o bien sería que no lo podía ver. Era del León que provenía la luz. Jamás nadie ha visto nada tan terrible o tan hermoso.
Afortunadamente Shasta había vivido toda su vida demasiado lejos al sur de Calormen como para haber escuchado los cuentos que se cuchicheaban en Tashbaan acerca de un espantoso demonio narniano que se aparecía bajo la forma de un león. Y, por supuesto, desconocía las verdaderas historias sobre Aslan, el gran León, el hijo del Emperador de Más Allá del Mar, el Rey sobre todos los grandes reyes de Narnia. Pero después de dar una mirada al rostro del León, resbaló de su montura y cayó a sus pies. No pudo decir nada, mas era que no quería decir nada, y sabía que no necesitaba decir nada.
El Gran Rey sobre todos los reyes avanzó hacia él. Su melena, y algún extraño y solemne perfume que impregnaba su melena, envolvían totalmente a Shasta. Tocó su frente con su lengua. Shasta levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Entonces, en un instante, el pálido brillo de la luna y el feroz brillo del León se enrollaron como una madeja en un remolino glorioso y se fundieron en uno y desaparecieron. Shasta estaba solo con el caballo en una ladera cubierta de hierba bajo un cielo azul. Y los pájaros cantaban.

XII. SHASTA EN NARNIA

— ¿Habrá sido todo un sueño? —se preguntaba Shasta.
Mas no podía haber sido un sueño porque en el pasto vio delante de él la profunda y enorme marca de la pata delantera derecha del León. Te cortaba el aliento el pensar en el peso capaz de dejar una marca como ésa. Pero había algo más extraordinario en eso que el tamaño. Mientras la miraba, ya el agua había empezado a llenar su fondo. Pronto estuvo llena hasta el borde, y después rebasó, y un arroyuelo iba corriendo cuesta abajo, por delante de Shasta, sobre la hierba.
Shasta se inclinó y bebió un largo sorbo, y luego se mojó la cara y se roció la cabeza. Era extremadamente fría, y clara como el cristal, y lo refrescó muchísimo. Después se levantó, sacudiéndose el agua de las orejas y echándose para atrás de la frente el pelo mojado, y principió a hacer el inventario de sus alrededores.
Aparentemente aún era de mañana, muy temprano. El sol acababa de salir, y había salido por los bosques que divisaba muy abajo y a lo lejos a su derecha. La comarca que contemplaba era absolutamente nueva para él. Era un verde valle salpicado de árboles a través de los cuales alcanzaba a vislumbrar el destello de un río que serpenteaba violentamente hacia el noroeste. Al otro extremo del valle se alzaban altas y hasta rocosas colinas, pero eran más bajas que las montañas que había visto ayer. Entonces

comenzó a tratar de adivinar dónde se encontraba. Se volvió para mirar detrás de él y vio que la ladera donde estaba parado formaba parte de una cadena de montañas muchísimo más altas.

—Ya entiendo —se dijo Shasta—. Esas son las grandes montañas que hay entre Archenland y Narnia. Yo estuve al otro lado de ellas ayer. Debo haber cruzado el paso durante la noche. ¡Qué suerte que le acerté!... Aunque no fue en absoluto una suerte, en realidad, fue *El.* Y ya estoy en Narnia.

Regresó, desensilló el caballo y le quitó las bridas. “A pesar de que eres un caballo perfectamente inaguantable”, dijo. El caballo no se interesó en esta observación y se puso de inmediato a comer pasto. Aquel caballo tenía una muy pobre opinión de Shasta.

“¡Ojalá yo pudiera comer pasto! —pensó Shasta—. No vale la pena regresar a Anvard, debe estar sitiada. Es mejor que baje más dentro de ese valle y vea si puedo conseguir algo de comer.”

Por lo que siguió cerro abajo (el espeso rocío se sentía cruelmente helado bajo sus pies descalzos) hasta llegar a un bosque. Allí había una especie de sendero que lo atravesaba y no había caminado por él más de unos cuantos minutos cuando escuchó una voz gruesa y algo asmática que le decía:

—Buenos días, vecino.

Shasta miró anhelante a su alrededor buscando quién había hablado y pronto vio una persona muy pequeña y llena de espinas y de cara oscura que salía de entre los árboles. Al menos, era pequeña para ser una persona pero en realidad bastante grande para ser un erizo, que eso era.

—Buenos días —dijo Shasta—. Pero no soy un vecino. A decir verdad, soy un extranjero en estos lugares.

—¿Ah? —dijo el erizo, inquisitivamente.

—He venido por las montañas... desde Archenland, sabes.

—Ah, Archenland —dijo el erizo—. Eso está tremendamente lejos. Nunca estuve yo ahí.

—Y creo que quizás —prosiguió Shasta— alguien debería saber que en estos momentos un ejército de salvajes calormenes está atacando Anvard.

—¡No me digas! —contestó el erizo—. Bueno, qué te parece. Y dicen que Calormen está a cientos y miles de kilómetros de distancia, justo al fin del mundo, atravesando un inmenso mar de arena.

—No está tan lejos como tú crees —repuso Shasta—. ¿Y no se debería hacer algo respecto a este ataque contra Anvard? ¿No se debería advertir al gran Rey?

—Ciertamente, habría que hacer algo —dijo el erizo—. Pero, mira, yo voy camino a la cama a ponerme a dormir todo el día. ¡Hola, vecino!

Estas últimas palabras iban dirigidas a un enorme conejo color bizcocho cuya cabeza acababa de asomar de alguna parte junto al camino.

El erizo le contó de inmediato al conejo lo que le había dicho Shasta. El conejo estuvo de acuerdo en que eran noticias muy singulares y que alguien debería decírselas a alguien a fin de hacer algo.
Y así siguió la cosa. A cada instante se les unían otras criaturas, algunas bajaban de las ramas de encima y otras salían de diminutas casitas subterráneas a sus pies, hasta que el grupo quedó formado por cinco conejos, una ardilla, dos urracas, un fauno con pies de cabra y un ratón; hablaban todos al mismo tiempo y todos estaban de acuerdo con el erizo. Porque la verdad era que en aquella época de oro, cuando la Bruja y el invierno se habían ido y el gran Rey Pedro gobernaba en Cair Paravel, los más pequeños habitantes de los bosques de Narnia vivían tan seguros y felices que se estaban volviendo un poco descuidados.
Al poco rato, sin embargo, llegaron dos seres más prácticos al bosquecillo. Uno era un enano rojo cuyo nombre parecía ser Franela. El otro era un venado, una hermosa criatura señorial con grandes ojos claros, de flancos salpicados de manchas y patas tan delgadas y graciosas que parecía que podías quebrarlas con dos dedos.
—¡Por el León! —rugió el enano en cuanto oyó las noticias—. Y si es así, ¿qué hacemos todos aquí parados, charlando? ¡Enemigos en Anvard! Hay que hacer llegar estas novedades a Cair Paravel de inmediato. Hay que llamar al ejército. Narnia debe ir en auxilio del Rey Lune.
—¡Ah! —dijo el erizo—. Pero no vas a encontrar al gran Rey en Cair. Se fue al norte a darles una paliza a esos gigantes. Y a propósito de gigantes, vecinos, esto me hace acordarme de...
—¿Quién llevará nuestro mensaje? —interrumpió el enano—. ¿Hay alguien aquí que sea más veloz que yo?
—Yo soy veloz —dijo el venado—. ¿Cuál es el mensaje? ¿Cuántos calormenes?
—Doscientos: a las órdenes del Príncipe Rabadash. Y...
Pero ya el venado estaba lejos, con las cuatro patas en el aire de inmediato, y en un segundo sus blancas ancas habían desaparecido entre los árboles más remotos.
—Me pregunto a dónde va —dijo un conejo—. No encontrará al gran Rey en Cair Paravel, ya saben.
—Encontrará a la Reina Lucía —replicó Franela—. Y entonces... ¡hola! ¿Qué le pasa al humano? Se ve muy verde. Caramba, creo que se va a desmayar. Tal vez está muerto de hambre. ¿Cuando tuviste tu última comida, jovencito?
—Ayer en la mañana —contestó Shasta, con voz débil.
—Vamos, entonces, vamos —dijo el enano, echando inmediatamente sus cortos brazos alrededor de la cintura de Shasta para sostenerlo—. ¡Cómo, vecinos! ¡Deberíamos sentir vergüenza! Ven conmigo, muchacho. ¡Desayuno!, en vez de hablar tanto.

Presa de gran excitación, refunfuñando reproches contra sí mismo, el enano condujo, y sostuvo a la vez, a Shasta más hacia el interior del bosque y un poco cuesta abajo. Fue una caminata más larga de lo que Shasta quería en ese momento y sus piernas empezaron a ponerse muy temblorosas antes de que salieran de entre los árboles a la desnuda ladera. Allí había una casita con su chimenea humeando y la puerta abierta, y al llegar a la puerta de calle, Franela llamó:

—¡Ea, hermanos! Una visita para el desayuno.

E inmediatamente, mezclado con un sonido chisporroteante, llegó hasta Shasta un aroma simplemente delicioso. Nunca lo había olido antes en toda su vida, pero espero que tú sí. Era, en realidad, el aroma de tocino y huevos con champiñones friéndose en una sartén.

—Cuidado con tu cabeza, chiquillo —dijo Franela, un poquito tarde, pues Shasta ya se había aporreado la frente contra el bajo dintel de la puerta—. Ahora —prosiguió el enano—, siéntate. La mesa es un tanto baja para ti, pero a la vez el taburete es también bajo. Eso es. Y aquí tienes sopa de avena... y aquí hay un jarro de crema... y aquí hay una cuchara.

Cuando Shasta terminó su sopa de avena los dos hermanos del enano (cuyos nombres eran Picarón y Pulgardrillo) ponían sobre la mesa el plato de tocino con huevos y champiñones, y la cafetera y la leche caliente y las tostadas.

Todo era nuevo y maravilloso para Shasta, ya que en Calormen la comida era totalmente distinta. Ni siquiera sabía qué eran esas rebanadas de algo color café, pues jamás antes había visto una tostada. No sabía qué era esa suave cosa amarilla con que untaban la tostada, porque en Calormen casi siempre usas aceite en lugar de mantequilla. Y la casa misma era muy diferente de la oscura choza de Arshish, hedionda a humedad y a pescado, y también distinta a los salones adornados de columnas y alfombras en los palacios de Tashbaan. El techo era extremadamente bajo, todo de madera, y había un reloj cucú y un mantel a cuadros rojo y blanco, y un florero con flores silvestres y cortinitas blancas en las ventanas de gruesos vidrios. También era harto molesto tener que usar copas y platos y cuchillos y tenedores para enanos. Esto significaba que las porciones eran muy reducidas; pero sucedía que había una gran cantidad de porciones, de modo que el plato de Shasta o su copa eran llenados continuamente, y a cada rato los mismos enanos decían “Mantequilla, por favor”, o bien “Otra taza de café”, o “Quisiera más champiñones”, o “¿Qué tal si freímos otro par de huevos?”. Y cuando por fin habían comido todo lo que podían, los tres enanos echaron suertes para ver quién lavaría los platos, y Picarón fue el perdedor. Después Franela y Pulgardrillo sacaron a Shasta para afuera y lo llevaron a un banco colocado contra la pared de la cabaña, y todos estiraron sus piernas y lanzaron un gran suspiro de satisfacción y los dos enanos encendieron sus pipas. Ya no quedaba rocío sobre el pasto y el sol era tibio;

en verdad, si no fuera por la ligera brisa que soplaba, habría estado demasiado caluroso.
—Bien, extranjero —dijo Franela—, te mostraré la configuración geográfica. Puedes ver casi todo el sur de Narnia desde aquí; estamos muy orgullosos de la vista. En seguida a tu izquierda, detrás de estas colinas, puedes ver las Montañas Occidentales. Y esa colina redonda allá a tu derecha se llama la Colina de la Mesa de Piedra. Justo detrás...
Pero en ese momento lo interrumpió un ronquido de Shasta quien, por culpa de su viaje de noche y el excelente desayuno, se había quedado profundamente dormido. Los bondadosos enanos, al notar esto, empezaron a hacerse señas unos a otros de no despertarlo, y precisamente fue tal el murmullo y los gestos con la cabeza y el pararse y caminar en puntillas, que realmente habrían logrado despertarlo si él hubiese estado menos cansado.
Durmió estupendamente bien casi todo el día, pero despertó a tiempo para la cena. Las camas de aquella casa eran demasiado chicas para él, mas le arreglaron una magnífica cama de brezo sobre el suelo, y Shasta ni se movió ni soñó en toda la noche. A la mañana siguiente, apenas habían terminado de tomar desayuno, oyeron un estridente y entusiasta sonido que venía de afuera.
—¡Trompetas! —exclamaron los tres enanos, saliendo, tanto ellos como Shasta, a todo correr.
Las trompetas sonaron otra vez; un ruido nuevo para Shasta, no tan inmenso ni solemne como los cuernos de Tashbaan, ni tan alegre ni alborozado como los cuernos de caza del Rey Lune, sino claro y agudo y valiente. Venía de los bosques del este, y pronto se escuchó un ruido de cascos de caballos mezclado con él. Un momento más tarde apareció a la vista la cabeza de la columna.
Primero venía Lord Peridan sobre un potro bayo portando la gran bandera de Narnia: un león rojo sobre campo verde. Shasta lo reconoció de inmediato. Atrás venían tres personas cabalgando en la misma línea, dos en grandes corceles y uno en un mampato. Los dos que montaban los corceles eran el Rey Edmundo y una dama de pelo claro y cara muy risueña que usaba yelmo y cota de malla y llevaba un arco atravesado al hombro y un carcaj repleto de flechas a su costado. (“La Reina Lucía”, susurró Franela). Pero el que iba en el mampato era Corin. Después, venía el cuerpo principal del ejército: hombres montados en caballos vulgares, hombres montando caballos que hablan (a los que no importaba ser montados en las debidas ocasiones, como cuando Narnia estaba en guerra), centauros, los austeros osos de carácter duro, grandes perros que hablan, y al final, seis gigantes. Porque hay gigantes buenos en Narnia. Pero a pesar de saber que ellos eran del bando de Narnia, al principio Shasta a duras penas soportaba mirarlos; hay cosas a las que cuesta un triunfo acostumbrarse.
Al momento de llegar el Rey y la Reina a la cabaña y cuando los

enanos comenzaban a hacer profundas reverencias ante ellos, el Rey Edmundo gritó:
—¡Bien, amigos! Es hora de hacer un alto y tomar un bocado!
Inmediatamente hubo gran bullicio de gente desmontando y mochilas que se abrían y conversaciones que comenzaban, pero Corin vino corriendo donde Shasta y tomó sus dos manos y exclamó:
—¡Qué! ¡*Tú* aquí! ¿Así es que lograste pasar? Me alegro. Ahora vamos a hacer un poco de deporte. ¡Y mira qué suerte! No hacíamos más que llegar al puerto de Cair Paravel ayer en la mañana y la primera persona que encontramos fue el venado Chervy con todas las noticias sobre el ataque contra Anvard. ¿No crees...?
—¿Quién es el amigo de su Alteza —preguntó el Rey Edmundo, que se acababa de bajar del caballo.
—¿No te das cuenta, Majestad? —repuso Corin—. Es mi doble: el niño que confundieron conmigo en Tashbaan.
—Vaya, así que él es tu doble —exclamó la Reina Lucía—. Son iguales como dos mellizos. Es algo maravilloso.
—Por favor, su Majestad —dijo Shasta al Rey Edmundo—. No soy un traidor, de verdad no lo soy. Y no pude evitar oír vuestros planes. Pero jamás soñé siquiera en decírselos a tus enemigos.
—Ya sé que no nos traicionaste, muchacho —dijo el Rey Edmundo, poniendo su mano en la cabeza de Shasta—. Pero si te toman por otro, trata en el futuro de no escuchar lo que va dirigido a otros oídos. Pero todo está bien.
Después de esto hubo tal barullo y conversación y tantas idas y venidas, que por unos pocos minutos Shasta perdió de vista a Corin y Edmundo y Lucía. Pero Corin era de esa clase de niño de quien uno está seguro de que escuchará algo de él muy pronto, y no pasó mucho tiempo antes de que Shasta oyera al Rey Edmundo que decía en voz alta:
—¡Por la Melena del León, Príncipe, esto ya es demasiado! ¿Nunca va a corregirse su Alteza? ¡Eres más revoltoso que todo el resto de mi ejército junto! Preferiría tener un regimiento de avispones a mis órdenes antes que a ti.
Shasta se arrastró como un gusano en medio del gentío y pudo ver a Edmundo, que en realidad parecía estar muy enojado, a Corin con aspecto de avergonzado y a un extraño enano sentado en el suelo haciendo muecas. Aparentemente, un par de faunos acababan de ayudarlo a salirse de su armadura.
—Si hubiera traído mi cordial —decía la Reina Lucía lo habría remediado rápidamente. ¡Pero el gran Rey me ha ordenado terminantemente que no lo lleve con frecuencia a las guerras y que lo guarde sólo para los grandes apuros!
Lo que había pasado era lo siguiente. Justo después de hablar con

Shasta, un enano del ejército llamado Puntespina había tomado bruscamente a Corin del codo.
—¿Qué pasa, Puntespina? —preguntó Corin.
—Su Alteza Real —repuso Puntespina, llevándolo aparte—, la marcha de hoy nos llevará a través del paso y derecho al castillo de tu real padre. Puede que entremos en batalla antes de esta noche.
—Ya lo sé —dijo Corin—. ¡Es estupendo!
—Estupendo o no estupendo —prosiguió Puntespina—, tengo órdenes estrictas del Rey Edmundo de encargarme de que su Alteza no participe en el combate. Se te permitirá presenciarlo, y eso es regalo suficiente para alguien de la edad de su Alteza.
—¡Oh, qué tontería! —estalló Corin—. Claro que voy a ir al combate. ¿No va la Reina Lucía con los arqueros?
—Su gracia la Reina hará lo que le plazca —replicó Puntespina—. Pero tú estás a mi cargo. O bien me das tu solemne palabra de príncipe de que mantendrás tu mampato al lado del mío, ni medio pescuezo adelante, hasta que yo dé a tu Alteza permiso para andar; o bien, como ha dicho su Majestad, iremos con nuestras muñecas atadas como dos prisioneros.
—Te tiro al suelo de un puñetazo si pretendes amarrarme —dijo Corin.
—Me encantaría ver a su Alteza hacer eso —replicó el enano.
Esto fue suficiente para un muchacho como Corin y al segundo él y el enano luchaban a brazo partido. Habría sido una pelea equilibrada porque, aunque Corin tenía los brazos más largos y era más alto, el enano era mayor y más fuerte. Pero no llegaron a luchar (es lo malo con las peleas en una ladera de suelo áspero), pues, para su mala suerte, Puntespina pisó una piedra suelta, se cayó de narices, y al tratar de levantarse se dio cuenta de que se había torcido un tobillo; una torcedura muy seria que le impediría caminar o montar durante, por lo menos, quince días.
—Mira lo que has hecho, Alteza —dijo el Rey Edmundo—. Nos privas de un experimentado guerrero al filo mismo de la batalla.
—Yo tomaré su lugar, Majestad —dijo Corin.
—Pss —dijo Edmundo—. Nadie pone en duda tu valor. Pero un niño en una batalla es un peligro sólo para su propio bando.
En ese momento llamaron al Rey a atender otro asunto, y Corin, luego de pedir disculpas elegantemente al enano, se precipitó hacia Shasta y le susurró:
—Rápido. Aquí tenemos otro mampato, y la armadura del enano. Póntela antes que nadie se dé cuenta.
—¿Para qué? —preguntó Shasta.
—¡Hombre, para que tú y yo podamos luchar en la batalla, claro está! ¿Acaso no quieres?
—Oh... ah, sí, claro —contestó Shasta. Pero no se le había pasado por

la mente ni remotamente hacerlo; y empezó a sentir algo muy incómodo que le punzaba la espalda.
—Así está bien —opinó Corin—. Por encima de la cabeza. Ahora el cinto de la espada. Tendremos que ir a la cola de la columna y mantenernos quietos como ratones. Cuando empiece la batalla estarán todos demasiado ocupados para fijarse en nosotros.

XIII. LA BATALLA DE ANVARD

A eso de las once, la compañía entera estaba otra vez en marcha, rumbo al este y teniendo las montañas a su izquierda. Corin y Shasta cabalgaban a la retaguardia, con los gigantes justo delante de ellos. Lucía, Edmundo y Peridan hablaban de sus planes para la batalla y, al pasar, Lucía dijo:
—¿Pero dónde está ese cabeza de chorlito de su Alteza?
Y Edmundo replicó:
—No está en las primeras líneas, y ya es una buena noticia. Con eso ya basta.
Shasta le contó a Corin gran parte de sus aventuras y le explicó que había aprendido a montar enseñado por un caballo y que en realidad no sabía usar las riendas. Corin le dio instrucciones sobre cómo hacerlo y, además, le contó todo lo de su secreta travesía desde Tashbaan.
—¿Y dónde está la Reina Susana?
—En Cair Paravel —respondió Corin—. Ella no es como Lucía, sabes, que pelea como un hombre o, más bien, como un muchacho. La Reina Susana es más parecida a cualquiera dama mayor. Ella no va a la guerra, a pesar de que es una excelente arquera.
El sendero que seguían por la ladera se hacía cada vez más estrecho y la pendiente a mano derecha se volvía más escarpada. Al último iban en fila de a uno por el borde del precipicio y Shasta se estremecía de pensar que él había hecho ese mismo camino la noche anterior sin saberlo.
“Pero por supuesto —pensó—, yo no corría ningún peligro; por eso era que el León iba a mi izquierda. El caminaba todo el tiempo entre el borde y yo.”
Después el sendero dobló a la izquierda y hacia el sur, alejándose del acantilado, y había espesos bosques a cada lado que subían y subían en forma abrupta hasta el paso. Se hubiera tenido una vista espléndida desde la cumbre si fuera un terreno abierto, pero entremedio de todos esos árboles era imposible que pudieras ver algo... únicamente, de vez en cuando, algún gigantesco picacho rocoso por encima de las copas de los árboles, y una o dos águilas revoloteando muy alto en el aire azul.
—Ellas huelen la batalla —dijo Corin, señalando las aves—. Saben que les estamos preparando su comida.
A Shasta esto no le gustó nada.

Cuando habían cruzado la angostura del paso, habiendo bajado muchísimo, salieron otra vez a campo abierto, y de ahí Shasta pudo divisar Archenland, azul y brumosa, que se extendía a sus pies y hasta (pensó) indicios del desierto más atrás. Pero el sol, al que aún faltaban un par de horas más para ponerse, le daba en los ojos y no podía distinguir claramente a su alrededor.
Aquí el ejército hizo un alto y se formó en una línea; y hubo gran cantidad de nuevas disposiciones. Todo un destacamento de animales que hablan, de feroz aspecto, a quienes Shasta no había visto antes y que eran, en su mayoría, del género felino (leopardos, panteras, y otros semejantes), caminando suavemente y gruñendo un poco, fue a tomar sus posiciones a la izquierda. Los gigantes fueron situados a la derecha, y antes de ir a sus puestos todos se quitaron algo que llevaban en sus espaldas y se sentaron por un momento. Entonces Shasta vio que lo que acarreaban y que ahora se estaban poniendo eran botas: hórridas botas pesadas y claveteadas, que les llegaban hasta las rodillas. Luego se echaron al hombro sus inmensos garrotes y tomaron sus puestos de combate. A los arqueros, con la Reina Lucía, les correspondió ir a la retaguardia y los podías oír primero tensando sus arcos y luego escuchar el tuang-tuang cuando probaban las cuerdas. Y por donde miraras podías ver gente apretando cinchas, colocándose yelmos, desenvainando espadas, y tirando sus mantos al suelo. Casi nadie hablaba. Era un espectáculo muy solemne y terrible.
“Se va a armar la grande —pensó Shasta—, ahora sí que se va a armar la grande.”
De pronto se escucharon ruidos más adelante, a lo lejos: el ruido de muchos hombres gritando y un continuo zad-zad-zad.
—Ariete —murmuró Corin—. Están golpeando con él la puerta para derribarla.
Hasta Corin tenía un aire sumamente serio.
—¿Por qué el Rey Edmundo no *parte*? —dijo—. No puedo soportar esta espera. Además, tengo frío.
Shasta asintió, esperando que no se notara lo asustado que estaba.
¡Las trompetas, por fin! Se movían ahora... ahora al trote... la bandera flameando al viento. Ya habían llegado a lo alto de un cerro, y a sus pies se abrió la escena entera; un castillo pequeño, de muchas torres, cuyas puertas daban de frente hacia ellos. Sin foso, desgraciadamente, pero con sus puertas cerradas y las rejas abajo. Arriba de las murallas podían divisar, semejantes a pequeños puntos blancos, las caras de los defensores. Abajo, cerca de cincuenta calormenes, a pie, empujaban sin parar un enorme tronco de árbol contra la puerta. Pero súbitamente la escena cambió. Gran parte de la masa del ejército de Rabadash se encontraba de pie, listo para el asalto a la puerta. Pero acababan de ver a los narnianos bajando a toda velocidad de los cerros. No hay duda de que los calormenes estaban maravillosamente

bien entrenados. A Shasta le pareció que sólo había transcurrido un segundo y ya estaba toda una línea del enemigo a caballo otra vez, haciendo una curva para salirles al encuentro, girando hacia ellos.

Y ahora al galope. La distancia entre ambos ejércitos se acortaba por momentos. Rápido, más rápido. Ya estaban todas las espadas desenvainadas, todos los escudos tapando hasta la nariz, todas las plegarias dichas, todos los dientes apretados. Shasta se moría de miedo. Pero de repente se le vino a la cabeza que “Si te arrancas por miedo de esta batalla, te arrancarás toda tu vida de toda batalla. Ahora o nunca”.

Pero cuando al final las dos líneas se encontraron, él casi no tuvo mucha idea de qué sucedía. Hubo una confusión atroz y un ruido espantoso. Muy pronto alguien hizo volar limpiamente su espada de entre sus dedos. Y de alguna manera se encontró con sus riendas todas enredadas. Luego empezó a resbalar. Entonces, apuntando derecho hacia él surgió un lanza y, mientras se inclinaba hacia un lado tratando de esquivarla, cayó rodando del caballo, se dio un golpe terrible en los nudillos de la mano izquierda contra la armadura de alguien, y luego...

Pero no sirve de nada pretender describir la batalla desde el punto de vista de Shasta; entendió poquísimo de la batalla en general, incluso de su propia participación en ella. La mejor manera de poder contarte lo que verdaderamente aconteció es llevarte a algunos kilómetros de distancia, allá donde el Ermitaño de la Frontera Sur estaba sentado mirando fijamente en el terso estanque, bajo el frondoso árbol, con Bri y Juin y Aravis a su lado.

Pues era en este estanque donde el Ermitaño miraba cuando quería saber lo que pasaba en el mundo más allá de las verdes murallas de su ermita. Allí, como en un espejo, podía ver en ciertas ocasiones lo que ocurría en las calles de ciudades situadas a leguas al sur de Tashbaan, o qué barcos estaban haciendo escala en Redhaven en las remotas Siete Islas, o qué bandoleros o bestias salvajes merodeaban por las grandes selvas del oeste entre el Páramo del Farol y Telmar. Y en este día casi no había abandonado su estanque, ni siquiera para comer o beber, pues sabía que se avecinaban grandes acontecimientos en Archenland. Aravis y los caballos contemplaban igualmente el estanque. Podían ver que era un estanque mágico: en lugar de reflejar el árbol y el cielo, reflejaba nebulosas y coloridas formas en movimiento, siempre en movimiento, en sus profundidades. Pero no lograban ver nada con claridad. El Ermitaño sí que podía, y de vez en cuando les decía lo que veía. Un poco antes de que Shasta entrara en su primer combate, el Ermitaño comenzó a hablar así:

—Veo una... dos... tres águilas dando vueltas en el vacío cerca de Punta Borrascosa. Una es la más anciana de todas las águilas. No saldría a menos que la batalla estuviese a punto de estallar. La veo revolotear de allá para acá, acechando a veces en Anvard y a veces hacia el este, detrás de Borrascosa. Ah... ahora veo en qué estaban tan ocupados Rabadash y sus

hombres todo el día. Han botado y talado un árbol enorme y vienen ahora saliendo de los bosques arrastrándolo, como un ariete. Han aprendido algo después del fracaso del asalto de anoche. Habría sido más prudente que hubiese puesto a sus hombres a hacer escalerillas; pero esto toma tiempo y él es muy impaciente. ¡Qué tonto es! Debería haber regresado a Tashbaan en cuanto fracasó el primer intento, ya que todo su plan dependía de la rapidez y la sorpresa. Ahora ponen en posición su ariete. Los hombres del Rey Lune disparan sin cesar desde arriba de las murallas. Han caído cinco calormenes; pero no caerán muchos más. Se han puesto sus escudos encima de la cabeza. Rabadash está en este instante dándoles órdenes. Junto a él están sus nobles de más confianza, fieros Tarkaanes de las provincias orientales. Puedo ver sus rostros. Ahí está Corradin, del Castillo Tormunt, y Azru, y Clamash, e Ilgamut, el del labio torcido, y un Tarkaan muy alto de barba carmesí...
—¡Por la Melena, mi antiguo amo, Anradin! —exclamó Bri.
—Sssh —dijo Aravis.
—Empezaron a usar el ariete. Si pudiera oír tan bien como veo, ¡qué barullo escucharía! Golpe tras golpe; no hay puerta que resista por siempre. ¡Pero esperen! Algo allá arriba en la Borrascosa ha asustado a los pájaros. Salen por montones. Y esperen un poco más... todavía no logro ver... ¡ah! Ahora sí. La cumbre entera, hacia el este, está negra de gente a caballo. Ojalá el viento pudiera coger ese estandarte y desplegarlo. Están en plena cumbre ahora, quienesquiera que sean. ¡Aja! Ahora he visto su bandera. ¡Narnia, Narnia! Es el león rojo. Van a toda carrera bajando la colina. Veo al Rey Edmundo. Hay una mujer atrás, entre los arqueros. ¡Oh!...
—¿Qué pasa? —preguntó Juin, sin aliento.
—Todos sus gatos salen precipitadamente de las líneas a la izquierda.
—¿Gatos? —dijo Aravis.
—Enormes gatos, leopardos y todo lo demás —dijo el Ermitaño con impaciencia—. Los veo, los veo. Los gatos se están acercando haciendo un círculo alrededor de los caballos sin jinete. Buena jugada. Los caballos calormenes están locos de terror ya. Ahora los gatos están en medio de ellos. Pero Rabadash ha reorganizado sus tropas y ha puesto a cien hombres a caballo. Van al encuentro de los narnianos. Hay menos de cien metros entre los dos ejércitos. Sólo cincuenta. Puedo ver al Rey Edmundo, puedo ver a Lord Peridan. Hay dos niños de pocos años en las líneas de Narnia. ¿Cómo se le ha ocurrido al Rey permitirles participar en una batalla? Sólo diez metros... las líneas se han encontrado. Los gigantes a la derecha de los narnianos están haciendo maravillas... pero uno ha caído... le han dado en los ojos, me parece. En el centro todo es confusión. Puedo ver más hacia la izquierda. Ahí están los dos niños otra vez. ¡Vive el León! Uno es el Príncipe Corin. El otro se le asemeja como dos gotas de agua. Es vuestro pequeño Shasta. Corin lucha como un hombre. Ha matado a un calormene.

Ahora puedo ver un poquito del centro. Casi se han encontrado Rabadash y Edmundo, pero la presión los ha separado...
—¿Qué hace Shasta? —preguntó Aravis.
—¡Oh, qué tonto! —gruñó el Ermitaño—. Pobre y valiente tonto. No sabe nada de estas cosas. No usa para nada su escudo. Todo su costado queda sin ninguna protección. No tiene ni la más remota idea de qué hacer con la espada. Ah, ahora se está acordando. La blande ferozmente... casi le ha cortado la cabeza a su propio mampato, y lo hará dentro de poco si no tiene más cuidado. Se le ha caído de la mano ahora. Es un vulgar asesinato enviar a un niño a un combate; no puede sobrevivir ni cinco minutos. ¡Baja la cabeza, tonto...! ¡oh!, ha caído.
—¿Muerto? —preguntaron tres voces, sin respiración.
—¿Cómo podría decirlo? —repuso el Ermitaño—. Los gatos han hecho su tarea. Todos los caballos sin jinete están muertos o han escapado: los calormenes no podrán emprender la retirada *sobre ellos.* Ahora los gatos vuelven a la batalla principal. Están saltando encima de los hombres del ariete. Se ha venido abajo el ariete. ¡Oh, qué bien, qué bien! Las puertas se abren desde dentro: habrá una salida. Ya salieron los primeros tres. El Rey Lune va al medio, los hermanos Dar y Darrin a cada lado de él. Detrás, Tran y Shar, y Col con su hermano Colin. Han salido unos diez... veinte... cerca de treinta. Las líneas calormenes son obligadas a retroceder. El Rey Edmundo está dando golpes magníficos. Acaba de cortarle la cabeza a Corradin. Montones de calormenes han arrojado sus armas y huyen hacia los bosques. Los que quedan son hostigados fuertemente. Los gigantes se cierran a la derecha... los gatos a la izquierda... el Rey Lune a la retaguardia. Los calormenes son sólo un pequeño grupo ahora, peleando espalda con espalda. Tu Tarkaan ha caído, Bri. Lune y Azru pelean mano a mano; parece que el Rey está ganando... el Rey resiste bien... el Rey ha ganado. Azru ha caído. Ha caído el Rey Edmundo... no, está otra vez de pie; está luchando con Rabadash. Se baten a las puertas mismas del castillo. Numerosos calormenes se han rendido. Darrin ha dado muerte a Ilgamut. No puedo ver qué ha pasado con Rabadash. Creo que está muerto, apoyado contra el muro del castillo, pero no estoy seguro. Clamash y el Rey Edmundo se baten aún, pero el combate ha terminado por todas partes. Clamash se ha rendido. La batalla ha concluido. Los calormenes han sido absolutamente derrotados.
Cuando se cayó del caballo, Shasta se dio por perdido. Pero los caballos, aun en medio de una batalla, no pisotean a los humanos, como podrías suponer. Al cabo de horrendos diez minutos o más, Shasta se dio cuenta de súbito de que ya no había más caballos piafando en sus cercanías y de que el ruido (porque aún se escuchaban muchos ruidos) ya no era el de una batalla. Se sentó y miró a su alrededor. Hasta él, con lo poco que sabía de batallas, pudo ver rápidamente que los archenlandeses y los narnianos

habían vencido. Los únicos calormenes vivos que quedaban habían sido hechos prisioneros, las puertas del castillo estaban abiertas de par en par y el Rey Lune y el Rey Edmundo se daban la mano por encima del ariete. Del grupo de nobles y guerreros que los rodeaban surgió un rumor de conversaciones en tono entrecortado y emocionado, pero evidentemente muy animado. Y de pronto, súbitamente, el rumor se uniformó y estalló en una rugiente carcajada.

Shasta se levantó, sintiéndose extraordinariamente agarrotado y corrió hasta el lugar de donde venía el sonido para ver cuál era el chiste. Sus ojos vieron algo muy curioso. El desdichado Rabadash parecía estar suspendido de las murallas del castillo. Sus pies, que colgaban a más de medio metro del suelo, lanzaban furibundas patadas. Su camisa de malla estaba un tanto arremangada, de manera que le apretaba horriblemente debajo de los brazos y le tapaba la mitad de la cara. En realidad, se veía tal cual se vería alguien si lo miras justo en el momento de ponerse una camisa almidonada que le quedara un poco demasiado chica. Como se pudo suponer después (y puedes tener la seguridad de que se habló de esta historia durante muchos días), lo que había sucedido era algo así: Al comenzar la batalla, uno de los gigantes le había dado una patada a Rabadash con su bota claveteada, pero no tuvo éxito; y no lo tuvo porque no aplastó a Rabadash, que era lo que el gigante pretendía, pero tampoco fue tan inútil, ya que uno de los clavos rasgó la malla, así como tú o yo podríamos rasgar una vulgar camisa. Así fue que Rabadash, cuando se enfrentó a Edmundo ante la puerta, tenía un agujero en la espalda de su cota de malla. Y cuando Edmundo lo obligó a retroceder y pegarse más y más a la muralla, saltó sobre un montador y parado allí arriba lanzaba una lluvia de estocadas sobre Edmundo. Mas de pronto, pensando que aquella posición, por elevarlo por sobre la cabeza de los demás, lo hacía vulnerable a cualquier flecha disparada por los arcos narnianos, decidió saltar al suelo de nuevo. Y pretendió adoptar una postura y una voz —y no hay duda de que por un momento realmente lo consiguió— muy imponente y muy terrible al saltar gritando: “El rayo de Tash cae desde lo alto”. Pero tuvo que saltar hacia un lado porque la muchedumbre frente a él no le dejó espacio en esa dirección. Y luego, de la manera más primorosa que puedas desear, el agujero de la espalda de su cota de malla se enganchó en un clavo de la muralla. (Hace siglos este clavo había tenido una argolla que se utilizaba para atar los caballos.) Y ahí quedó, como ropa recién lavada puesta a secar, con toda la gente riéndose de él.

—Bájame, Edmundo —aullaba Rabadash—. Déjame bajar y lucha conmigo como un rey y como un hombre; o si eres demasiado cobarde para eso, mátame de inmediato.

—Ciertamente —comenzó a decir el Rey Edmundo, pero el Rey Lune lo interrumpió.

—Con el permiso de su Majestad —dijo el Rey Lune a Edmundo—. Eso no.
Volviéndose a Rabadash, le dijo:
—Alteza Real, si tú hubieras lanzado ese desafío hace una semana responderé que en los dominios del Rey Edmundo nadie, desde el gran Rey hasta el más pequeño de los ratones que hablan, lo habría rechazado. Pero al atacar nuestro castillo de Anvard en tiempos de paz, sin enviar el reto, has dado muestras de no ser un caballero sino un traidor, que más merece ser azotado por el verdugo que permitírsele cruzar espadas con cualquier persona de honor. Bájenlo, átenlo y llévenlo adentro hasta que sepamos lo que nos placerá hacer con él.
Manos fuertes le arrancaron bruscamente la espada a Rabadash y lo condujeron al interior del castillo, gritando, amenazando, echando pestes, y hasta llorando. Pues, aunque hubiera podido enfrentar la tortura, no podía soportar hacer el ridículo. Todos en Tashbaan lo habían tomado siempre muy en serio.
En ese instante, Corin corrió hacia Shasta, tomó su mano y empezó a arrastrarlo a la presencia del Rey Lune.
—Aquí está, Padre, aquí está —gritaba Corin.
—Sí, y aquí estás *tú,* por fin —dijo el Rey, con tono enojado—. Has estado en la batalla, contrariando claramente mis órdenes. ¡Este muchacho es capaz de romperle el corazón a su padre! ¡A tu edad mejor te vendría un buen varillazo en los calzones que una espada en la mano!

Pero todo el mundo, incluso Corin, podía darse cuenta de que el Rey se sentía muy orgulloso de él.
—No lo reprendas más, Majestad, por favor —dijo Lord Darrin—. Su Alteza no sería tu hijo si no hubiese heredado tus condiciones. Mucha más aflicción le causaría a su Majestad si tuviera que ser reconvenido por la falta contraria.
—Bien, bien —refunfuñó el Rey—. Lo dejaremos pasar por esta vez. Y ahora...
Lo que sucedió a continuación sorprendió a Shasta más que cualquier otra cosa que le hubiera ocurrido en toda su vida. De repente se encontró entre los brazos del Rey Lune, que lo apretujaba en un abrazo semejante al de un oso y lo besaba en ambas mejillas. Después el Rey lo puso nuevamente en el suelo y dijo:
—Párense ahí juntos, muchachos, y dejen que toda la corte los vea. Levanten la cabeza. Y ahora, caballeros, mírenlos. ¿Hay alguien que tenga alguna duda?
Y todavía Shasta no podía entender por qué todos los miraban de fijo a él y a Corin, ni a qué se debían todas esas aclamaciones.

XIV. COMO BRI LLEGO A SER UN CABALLO MAS JUICIOSO

Ahora debemos volver con Aravis y los caballos. El Ermitaño, mirando su estanque, pudo decirles que Shasta no había muerto, ni siquiera había sido herido de gravedad, pues lo vio levantarse y vio con cuánto cariño lo saludaba el Rey Lune. Pero como podía únicamente ver, no oír, no supo qué decía cada uno y, una vez que terminó el combate y empezaron las conversaciones, no valía ya la pena seguir mirando en el estanque.

A la mañana siguiente, mientras el Ermitaño estaba dentro de la casa, los tres discutieron acerca de qué harían ahora.

—Yo ya estoy aburrida con todo esto —dijo Juin—. El Ermitaño ha sido muy bondadoso con nosotros y le estoy sumamente agradecida, te aseguro. Pero me estoy poniendo gorda como un mampato regalón con esto de comer todo el día y no hacer ejercicio. Vámonos a Narnia.

—Pero no hoy día, señora —opinó Bri—. Yo no apuraría las cosas. Cualquier otro día, ¿no les parece?

—Primero tenemos que ver a Shasta y despedirnos de él... y... pedirle disculpas —dijo Aravis.

—¡Exacto! —exclamó Bri, con gran entusiasmo—. Justo lo que yo iba a decir.

—Por supuesto —dijo Juin—. Supongo que estará en Anvard. Naturalmente que tenemos que ir a buscarlo y despedirnos. Pero nos queda en el camino. ¿Por qué no partimos inmediatamente? Después de todo, me parecía que todos queríamos ir a Narnia, ¿no?

—Supongo que sí —repuso Aravis. Estaba principiando a preguntarse qué sería exactamente lo que haría cuando llegara allí y se sentía un poco sola.

—Claro, claro —dijo Bri, con impaciencia—. Pero no hay ninguna necesidad de precipitarse, si entienden lo que quiero decir.

—No, no entiendo lo que quieres decir —dijo Juin—. ¿Por qué no quieres ir?

—Mmmm, bruhú —dijo Bri entre dientes—. Bueno, ¿no lo ves, señora?..., es una ocasión tan importante... regresar a su patria... entrar en sociedad... la más alta sociedad... es tan esencial dar una buena impresión... tal vez no hay que demostrar todavía lo que somos realmente, ¿eh?

Juin lanzó una gran risotada de caballo.

—¡Es tu cola, Bri! Ahora entiendo. ¡Quieres esperar hasta que tu cola vuelva a crecer! Y ni siquiera sabemos si las colas se usan largas o no en Narnia. ¡Realmente, Bri, eres tan vanidoso como esa Tarkeena de Tashbaan!

—Eres un tonto, Bri —dijo Aravis.

—Por la Melena del León, Tarkeena, no soy nada de eso —replicó Bri indignado—. Tengo el debido respeto por mí mismo y por mis camaradas

caballos, eso es todo.
—Bri —dijo Aravis, a quien no le interesaba mayormente el corte de su cola—, hace tiempo que quiero preguntarte algo. ¿Por qué siempre estás jurando *Por el León* y *Por la Melena del León*? Pensé que detestabas a los leones.
—Claro que los detesto —contestó Bri—. Pero cuando digo *el* León, por supuesto que me refiero a Aslan, el gran libertador de Narnia, que ahuyentó a la Bruja y al Invierno. Todos los narnianos juran por *él.*
—Pero ¿es un león?
—No, claro que no —dijo Bri, con tono más bien ofendido.
—Todas las historias que cuentan en Tashbaan sobre él dicen que sí lo es —replicó Aravis—. Y si no es un león, ¿por qué ustedes lo llaman león?
—Bueno, es algo que casi no entenderías a tu edad —contestó Bri—. Y yo era apenas un potrillito cuando me fui, así es que tampoco lo entiendo demasiado.
(Bri estaba parado dando la espalda al muro verde mientras decía esto, y los otros dos estaban frente a él. El hablaba con un tono de gran superioridad, con sus ojos entrecerrados; por eso no pudo ver el cambio de expresión en las caras de Juin y Aravis. Ambas tenían una buena razón para quedarse boquiabiertas y con los ojos fijos; porque mientras Bri hablaba, ellas vieron un enorme león que saltó desde afuera y se quedó balanceándose encima de la muralla verde; sólo que tenía el color amarillo más brillante y era más grande y más hermoso y más aterrador que cualquier león que hubiesen visto. Y de un brinco saltó de la muralla y comenzó a acercarse a Bri por detrás. No hacía el más mínimo ruido. Y Juin y Aravis tampoco podían hacer el menor ruido, como si estuvieran paralizadas.)
—Sin duda —proseguía Bri—, cuando lo llaman León sólo quieren significar que tiene la fuerza de un león o que (contra nuestros enemigos, por supuesto) es tan feroz como un león. O algo por el estilo. Incluso una niñita chica como tú, Aravis, debe entender que sería absolutamente absurdo suponer que él es *realmente* un león. Ciertamente, sería una falta de respeto. Si fuera un león tendría que ser una bestia igual que el resto de nosotros. ¡Imagínate! (y aquí Bri se echó a reír). Si fuera un león tendría cuatro patas, y una cola, y ¡bigotes!... ¡Ay, uu, huhú! ¡Socorro!
Pues justo cuando decía la palabra *bigotes,* uno de los de Aslan le hacía cosquillas en la oreja. Bri salió disparado como una flecha hasta el otro extremo del recinto y allí se dio vuelta; la muralla era demasiado alta para que pudiera saltarla y no había para dónde escapar. Aravis y Juin retrocedieron. Hubo cerca de un segundo de intenso silencio.
Después Juin, aunque temblaba de arriba abajo, lanzó un extraño y corto relincho, y trotó hacia el León.
—Oh —dijo—, eres tan hermoso. Puedes comerme si quieres.

Prefiero mil veces que me devores tú a que me alimente cualquier otro.
—Hija querida —dijo Aslan, estampando un beso de león en su nerviosa y aterciopelada nariz—, sabía que no tardarías mucho en venir a mí. Tendrás toda la dicha.
Luego levantó la cabeza y habló en voz más fuerte.
—Y ahora, Bri —dijo—, tú, pobre, orgulloso, asustado caballo, acércate. Más cerca, hijo mío. No te atrevas a no atreverte. Tócame. Huéleme. Aquí están mis patas, aquí está mi cola, estos son mis bigotes. Soy verdaderamente una Bestia.
—Aslan —dijo Bri, con voz emocionada—, temo que he sido un tonto.
—Feliz el caballo que sabe eso cuando aún es joven. O también el humano. Acércate, Aravis, hija mía. ¡Mira! Mis patas son aterciopeladas. No te rasguñarán esta vez.
—¿Esta vez, Señor? —preguntó Aravis.
—Fui yo quien te hirió —dijo Aslan—. Fui el único león que encontraron en sus viajes. ¿Sabes por qué te rasguñé?
—No, señor.
—Las marcas de tu espalda, arañazo a arañazo, punzada a punzada, sangre a sangre, fueron iguales a los azotes que le dieron en la espalda a la esclava de tu madrastra por culpa de las drogas con que tú la dormiste. Necesitabas saber cómo se siente ese castigo.
—Sí, señor. Por favor...
—Pregunta, querida mía —dijo Aslan.
— ¿La seguirán castigando por lo que le hice?
—Niña —dijo el León—. Te estoy diciendo tu historia, no la de ella. A nadie se le dice ninguna otra historia fuera de la propia.
Entonces sacudió la cabeza y habló con una voz más clara.
—Alégrense, hijos míos —dijo—. Pronto nos volveremos a encontrar. Pero antes de eso van a recibir a otro visitante.
Luego de un salto llegó a lo alto de la muralla y desapareció de su vista.
Es bien curioso, pero ellos no sintieron ganas de conversar sobre él después que se hubo ido. Se alejaron lentamente a distintos lugares del tranquilo prado y allí se pasearon, de acá para allá, solos, pensando. Después de casi una hora, los dos caballos fueron llamados a la parte trasera de la casa a comer algo rico que el Ermitaño les había preparado, y Aravis, que aún caminaba meditando, se sobresaltó al escuchar el agudo sonido de una trompeta que tocaban al otro lado de la puerta.
—¿Quién está ahí? —gritó Aravis.
—Su Alteza Real el Príncipe Cor de Archenland —contestó una voz desde fuera.
Aravis quitó llave a la puerta y la abrió, haciéndose un poco atrás para

dejar el paso a los desconocidos que entraban.
Dos soldados provistos de alabardas pasaron primero y tomaron colocación a cada lado de la entrada. Les siguieron un heraldo y el trompeta.
—Su Alteza Real el Príncipe Cor de Archenland desea una audiencia con la Dama Aravis —dijo el heraldo.
Entonces él y el trompeta se hicieron a un lado y se inclinaron y los soldados presentaron armas y el Príncipe entró. Todos sus acompañantes se retiraron y cerraron las puertas tras ellos.
El Príncipe hizo una reverencia, una reverencia bastante torpe para ser la de un príncipe. Aravis hizo su reverencia al estilo calormene (que no se asemeja en nada al nuestro) y lo hizo muy bien, ya que, por supuesto, a ella le habían enseñado a hacerla. Después alzó la mirada para ver qué clase de persona era ese Príncipe.
Vio a un simple muchacho. Iba a cabeza descubierta y sus claros cabellos estaban rodeados por una finísima cinta de oro, apenas más gruesa que un alambre. La túnica de encima era de batista blanca, delgada como un pañuelo, y dejaba transparentar la túnica de color rojo brillante que llevaba debajo. Su mano izquierda, apoyada en la esmaltada empuñadura de su espada, tenía un vendaje.
Aravis miró dos veces ese rostro antes de poder decir, sofocando un grito:
—¡Pero, si es Shasta!
De inmediato, Shasta se puso rojo y comenzó a hablar a toda velocidad.
—Mira Aravis —dijo—, espero que no creerás que me he disfrazado (y el trompeta y todo) para tratar de impresionarte o hacer pensar que estoy distinto o cualquier tontería por el estilo. Porque hubiera preferido mil veces venir con mi ropa vieja, pero me la quemaron, y mi padre dijo...
—¿Tu padre? —interrumpió Aravis.
—Parece que el Rey Lune es mi padre —explicó Shasta—. En realidad, debí haberlo adivinado, siendo Corin tan igual a mí. Somos mellizos, sabes. Ah, y mi nombre no es Shasta, es Cor.
—Cor es un nombre más bonito que Shasta —dijo Aravis.
—Así son los nombres de los hermanos en Archenland —dijo Shasta (o el Príncipe Cor, como debemos llamarlo ahora)—. Como Dar y Darrin, Col y Colin, y así todos los demás.
—Shasta... quiero decir Cor —dijo Aravis—. No, cállate. Hay algo que tengo que decirte antes que nada. Siento tanto haberme portado tan grosera contigo. Pero había cambiado de opinión antes de saber que eras un Príncipe, palabra que es cierto; fue cuando volviste y le hiciste frente al León.
—En realidad, ese León no iba a matarte ni nada parecido —dijo Cor.

—Ya lo sé —repuso Aravis, asintiendo con la cabeza. Ambos tomaron un aire muy tranquilo y solemne durante unos segundos, como si cada uno se diera cuenta de que el otro sabía sobre Aslan.

De súbito Aravis se acordó de la mano vendada de Cor.

—¡Oye! —gritó—. ¡Se me olvidaba! Has estado en una batalla. ¿Tienes una herida?

—Un mero rasguño —contestó Cor, usando por primera vez un tono más principesco.

Pero al minuto siguiente rompió a reír y dijo:

—Si quieres saber la verdad, no se trata exactamente de una herida. Sólo me despellejé los nudillos, como lo haría cualquier tonto chapucero sin necesidad de acercarse a una batalla.

—Así y todo, estuviste en el combate —dijo Aravis—. Debe haber sido maravilloso.

—No fue nada parecido a lo que yo me imaginaba —repuso Cor.

—Pero Sha... Cor, quiero decir... todavía no me has contado nada sobre el Rey Lune y cómo descubrió quién eras tú.

—Bueno, es mejor que nos sentemos —dijo Cor—. Porque es una historia más bien larga. Y a propósito, mi padre es un gran tipo. Habría estado igualmente encantado... o casi... de saber que era mi padre, aun cuando no fuese un rey. A pesar de la Educación y toda clase de cosas horribles que me van a suceder. Pero tú quieres escuchar la historia. Pues bien, Corin y yo éramos mellizos. Y casi una semana después de nuestro nacimiento, aparentemente nos llevaron ante un viejo y sabio centauro de Narnia para que nos bendijera o algo así. Ocurre que ese centauro era un profeta, como lo son muchos centauros. ¿Quizás tú no has visto centauros todavía? Había algunos en la batalla ayer. Son gente muy notable, pero no te podría decir que me siento a mis anchas con ellos aún. Mira, Aravis, habrá un montón de cosas a las que tendremos que acostumbrarnos en estos países del norte.

—Sí, claro —dijo Aravis—. Pero sigue con la historia.

—Bueno, en cuanto nos vio a Corin y a mí, parece que este centauro me miró y dijo: “Vendrá un día en que este niño salvará a Archenland del peligro más mortal que jamás haya enfrentado”. Así que, por supuesto, mi padre y mi madre se pusieron muy contentos. Pero alguien que estaba presente no se alegró. Era un tipo llamado Lord Bar, que había sido el Canciller de mi padre. Y parece que había hecho algo incorrecto... *ditestable*... o una palabra parecida... no entendí muy bien esa parte... y mi padre tuvo que destituirlo. Pero no le hicieron nada más y se le permitió seguir viviendo en Archenland. Pero debe haber sido lo más malo que hay, porque después se descubrió que había estado a sueldo del Tisroc y le había enviado montones de informaciones secretas a Tashbaan. Entonces, en cuanto escuchó que yo iba a salvar a Archenland de un gran peligro, decidió

que había que librarse de mí. Bueno, lo logró raptándome (no sé exactamente cómo) y escapó por el Flecha Sinuosa hasta la costa. Tenía todo preparado y había un barco, tripulado por sus propios seguidores, listo para él, y se hizo a la mar conmigo a bordo. Pero mi padre lo descubrió, aunque no tan a tiempo, y salió tras él lo más rápidamente que pudo. Lord Bar ya estaba en altamar cuando mi padre llegó a la costa, pero aún no se perdía de vista. A los veinte minutos se embarcaba mi padre en uno de sus propios barcos de guerra. Debe haber sido una maravillosa persecución. Pasaron seis días siguiendo el galeón de Bar y al séptimo entraron en combate. Fue una gran batalla naval (oí hablar mucho de ella ayer en la tarde) desde las diez de la mañana hasta la puesta del sol. Los nuestros se apoderaron finalmente del barco. Pero yo ya no estaba en él. Lord Bar había muerto en la batalla. Pero uno de sus hombres dijo que esa mañana al alba, tan pronto vio que seguramente iba a ser alcanzado, Bar me había entregado a uno de sus caballeros y nos había alejado a ambos en el bote del barco. Y nunca más se vio aquel bote. Pero, por supuesto, era el mismo bote que Aslan (parece que él está detrás de todas las historias) empujó hasta la playa en el sitio preciso para que Arshish me recogiera. Me gustaría saber el nombre de ese caballero, porque él debe haberme mantenido con vida y debe haber muerto de hambre para lograrlo.

—Supongo que Aslan diría que ésa es parte de la historia de otra persona —dijo Aravis.

—Me olvidaba de eso —asintió Cor.

—Y me pregunto cómo se cumplirá la profecía —continuó Aravis—, y qué gran peligro es ese del que salvarás a Archenland.

—Bueno —respondió Cor, un poco incómodo—, parece que ellos creen que ya lo hice.

Aravis batió palmas.

—¡Pero claro! —exclamó—. ¡Qué estúpida soy! ¡Qué maravilloso! Jamás ha estado Archenland en un peligro mayor que cuando Rabadash cruzó el Flecha con sus doscientos caballos y tú todavía no llegabas con tu mensaje. ¿No te sientes orgulloso?

—Creo que me siento un poco asustado —respondió Cor.

—Y ahora vas a vivir en Anvard —dijo Aravis, en tono un poco melancólico.

—¡Ah! —dijo Cor—. Casi se me olvida a qué vine. Mi padre quiere que tú vengas a vivir con nosotros. Dice que no hay una dama en la corte (ellos lo llaman la corte, no sé por qué) desde que murió mi madre. Ven, Aravis. Te gustará mi padre... y Corin. No son como yo; ellos han sido educados como corresponde. No debes temer que...

—¡Oh, cállate! —exclamó Aravis—, o vamos a tener una verdadera pelea. Claro que iré.

—Ahora, vamos a ver a los caballos —propuso Cor.

Fue un encuentro grandioso y alegre entre Bri y Cor, y Bri, que aún estaba en un estado de ánimo muy deprimido, estuvo de acuerdo en partir rumbo a Anvard de inmediato; él y Juin cruzarían a Narnia al día siguiente. Los cuatro se despidieron con mucho cariño del Ermitaño y le prometieron que pronto volverían a visitarlo. Se pusieron en marcha a media mañana. Los caballos habían supuesto que Aravis y Cor los montarían, pero Cor les explicó que excepto en la guerra, donde cada cual debe hacer lo que hace mejor, nadie en Narnia ni en Archenland jamás soñaría en montar un caballo que habla.
Esto le recordó al pobre Bri otra vez lo poco que sabía de las costumbres narnianas y los tremendos errores que iba a cometer. De modo que mientras Juin paseaba como en un feliz sueño, Bri se ponía más nervioso y cohibido a cada paso que daba.
—¡Arriba el ánimo, Bri! —le decía Cor—. Es mucho peor para mí que para ti. A ti no te van a *educar*. Yo tendré que aprender a leer y escribir y me enseñarán heráldica y danza e historia y música mientras tú estarás galopando y revoleándote por los cerros de Narnia a tu regalado gusto.
—Pero ése es justamente el punto —gruñó Bri—. ¿Se revuelcan los caballos que hablan? ¿Y suponiendo que no? No soportaría dejar de revolcarme. ¿Qué piensas tú, Juin?
—Yo me voy a revolcar igual —dijo Juin—. No creo que a ninguno de ellos les importe dos terrones de azúcar si me revuelco o no.
—¿Estamos ya cerca de ese castillo? —preguntó Bri a Cor.
—A la vuelta de la próxima curva —repuso el Príncipe.
—Muy bien —dijo Bri—. Entonces me voy a dar un buen revolcón; puede que sea el último. Espérenme un minuto.
Pasaron cinco minutos antes de que se volviera a levantar, resoplando y cubierto de pedacitos de helecho.
—Ahora estoy listo —dijo con una voz de profunda tristeza—. Guíanos, Príncipe Cor. Narnia y el Norte.
Pero más parecía un caballo que va a un funeral que un cautivo que ha estado largo tiempo perdido y ahora regresa a su hogar y a la libertad.

XV. RABADASH EL RIDICULO

A la próxima vuelta del camino salieron de en medio de los árboles y ahí, del otro lado de los verdes prados, amparado del viento norte por la alta cumbre boscosa que se alzaba, a su espalda vieron el castillo de Anvard. Era muy antiguo y estaba construido en piedra de cálido color café rojizo. Antes de que llegaran a la puerta, el Rey Lune les salió al encuentro; no se parecía en absoluto a la idea que Aravis tenía de un rey y vestía su traje más viejo, pues venía llegando de hacer un recorrido a sus jaurías con el cazador y había parado sólo un momento para lavarse las manos que

olían a perro. Mas la reverencia con que saludó a Aravis al tomar su mano habría sido suficientemente majestuosa incluso para un emperador.

—Pequeña dama —le dijo—, te damos nuestra más cordial bienvenida. Si aún viviera mi querida esposa te habríamos brindado una mejor acogida, pero no podríamos haberlo hecho con mejor voluntad. Lamento tanto que hayas tenido infortunios y que te hayan alejado de la casa de tu padre, lo que ha de ser una aflicción para ti. Mi hijo Cor me ha contado las aventuras que vivieron juntos y me ha hablado de tu gran valentía.

—Es él quien hizo todo eso, señor —dijo Aravis—. Si hasta se enfrentó a un león por salvarme.

—¿Eh, qué es eso? —preguntó el Rey Lune, con el rostro iluminado—. No he oído esta parte de la historia.

Entonces Aravis se la contó. Y Cor, que se moría de ganas de que la historia fuese conocida, a pesar de que le parecía que no podía contarla él mismo, no disfrutó tanto como esperaba, y más bien se sintió un poco estúpido. En cambio a su padre le gustó muchísimo verdaderamente y durante las semanas que siguieron se la relató a tal cantidad de gente que Cor ya deseaba que nunca hubiera sucedido.

Después el Rey se volvió hacia Juin y Bri y fue tan cortés con ellos como lo fue con Aravis, y les hizo muchas preguntas sobre sus familias y en qué lugar de Narnia habían vivido antes de ser capturados. Los caballos se sentían extremadamente tímidos, pues no estaban habituados a que los humanos les hablasen de igual a igual... los humanos adultos, quiero decir. No les importaba si lo hacían Aravis y Cor.

De pronto la Reina Lucía salió del castillo y se reunió con ellos, y el Rey Lune dijo a Aravis:

—Querida, aquí tienes a una encantadora amiga de nuestra casa; ella se ha preocupado personalmente de que tus aposentos estén bien arreglados, y lo ha hecho bastante mejor de lo que yo podría hacer.

—A lo mejor te gustaría venir a verlos, ¿no es cierto? —dijo Lucía, dándole un beso a Aravis.

Simpatizaron inmediatamente y se fueron juntas conversando sobre el dormitorio de Aravis y el tocador de Aravis y sobre los vestidos que habría que comprar para ella, y toda esa clase de cosas de que hablan las niñas en una ocasión como aquella.

Después del almuerzo, que se sirvió en la terraza (había ave fría y pastel frío de carne y vino y pan y queso), el Rey Lune frunció el entrecejo y exhaló un suspiro y dijo:

—¡ Ay! Todavía tenemos en nuestras manos a esa lastimosa criatura Rabadash, amigos míos, y tenemos que resolver qué haremos con él.

Lucía estaba sentada a la derecha del Rey y Aravis a su izquierda. El Rey Edmundo estaba en una cabecera de la mesa y Lord Darrin frente a él

en la otra. Dar y Peridan y Cor y Corin estaban a los lados del Rey.
—Su Majestad tiene todo el derecho de cortarle la cabeza —dijo Peridan—. Un ataque como el que él ha llevado a cabo lo pone al nivel de un asesino.
—Es muy cierto —opinó Edmundo—. Pero aún un traidor puede enmendarse. Conozco uno que lo hizo —agregó con aire muy pensativo.
—Matar a Rabadash podría posiblemente hacer estallar una guerra con el Tisroc —dijo Darrin.
—Me importa un bledo el Tisroc —exclamó el Rey Lune—. Su fuerza está en la cantidad, y la cantidad jamás cruzará el desierto. Pero no tengo estómago para matar hombres (aunque sean traidores) a sangre fría. Si le hubieran cortado el cuello en la batalla, habría sentido un inmenso alivio; pero esto es algo distinto.
—Mi consejo es —dijo Lucía—, que su Majestad le dé otra oportunidad. Déjalo libre bajo la firme promesa de portarse bien en el futuro. Puede ser que cumpla su palabra.
—Tal vez los monos se vuelvan honrados, hermana —intervino Edmundo—. Pero, por el León, si él rompe su promesa otra vez, puede que sea en una ocasión y en un lugar donde ninguno de nosotros podrá volarle la cabeza en limpio combate.
—Ensayaremos —dijo el Rey, y dirigiéndose a uno de sus servidores, añadió:
—Haz venir al prisionero, amigo mío.
Rabadash, encadenado, fue llevado ante ellos. Al mirarlo uno podía creer que había pasado la noche en una asquerosa mazmorra sin agua ni comida, pero la verdad era que había permanecido encerrado en una pieza bastante confortable y se le había dado una excelente cena. Pero como rabiaba tan furiosamente no probó la cena y pasó toda la noche pateando y rugiendo y maldiciendo y su aspecto, naturalmente, no era de los mejores.
—No es necesario que le diga a su Alteza real —dijo el Rey Lune—, que, tanto por la ley de las naciones como por elementales razones de prudencia política, tenemos más derecho a tu cabeza del que jamás mortal alguno tuvo contra alguien. No obstante, en consideración a tu juventud y a tu mala educación, desprovista de toda gentileza y cortesía, que seguramente adquiriste en la tierra de esclavos y tiranos, estamos dispuestos a dejarte libre, sin hacerte el menor daño, bajo las siguientes condiciones: primero, que...
—¡Maldito seas, perro bárbaro! —farfulló Rabadash—. ¿Crees que voy a escuchar siquiera tus condiciones? ¡Bah! Mucho hablas de crianza y no sé qué más. ¡Es fácil, a un hombre encadenado, já! Quítame estas infames cadenas, denme una espada, y dejen que el que se atreva luche conmigo.
Todos los nobles se pusieron de píe de un salto, y Corin gritó:

—¡Padre! ¿Puedo boxear con él? Por favor.
—¡Calma! ¡Sus Majestades! ¡Señores! —exclamó el Rey Lune—. ¿Es que ya no existe seriedad entre nosotros para irritarnos tanto por el sarcasmo de un farsante? Siéntate, Corin, o te irás de la mesa. Le ruego a su Alteza, una vez más, que escuche nuestras condiciones.
—No escucho condiciones de bárbaros y hechiceros —repuso Rabadash—. Que ninguno de ustedes se atreva a tocar un pelo de mi cabeza. Cada insulto que vayan amontonando sobre mí será pagado con océanos de sangre narniana y archenlandesa. La venganza del Tisroc será terrible; aun ahora. Pero si me asesinan, los incendios y torturas en estas tierras del norte se convertirán en leyendas que aterrarán al mundo dentro de miles de años. ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡El rayo de Tash cae de lo alto!
—¿Nunca se quedó enredado en un clavo a mitad de camino? —preguntó Corin.
—Qué vergüenza, Corin —dijo el Rey—. Nunca te burles de un hombre a menos que sea más fuerte que tú: en ese caso, haz lo que quieras.
—Ah, este estúpido Rabadash —suspiró Lucía.
Un momento después, Cor se preguntaba por qué todos los que estaban sentados a la mesa se habían levantado y permanecían perfectamente inmóviles. Por supuesto que él hizo lo mismo. Y de pronto vio cuál era la razón. Aslan estaba en medio de ellos, aunque nadie lo había visto llegar. Rabadash dio un respingo al ver la inmensa silueta del León caminar suavemente entre él y sus acusadores.
—Rabadash —dijo Aslan—. Pon atención. Tu fin está muy cerca, pero puedes evitarlo. Olvida tu orgullo (¿tienes de qué estar orgulloso?) y tu ira (¿quién te ha tratado mal?) y acepta la misericordia de estos bondadosos reyes.
Entonces Rabadash puso los ojos en blanco y abrió desmesuradamente la boca en una horrible y larga y triste sonrisa semejante a la de un tiburón, y meneó sus orejas de arriba abajo (cualquiera puede aprender a hacerlo si se toma el trabajo). Esto había tenido siempre gran efecto en Calormen. Los más valientes temblaban cuando hacía estas muecas, y la gente simple se caía al suelo, y la gente sensible a menudo se desmayaba. Pero lo que Rabadash no había comprendido era que es muy fácil asustar a gente que sabe que tú puedes hacerlos freír vivos con sólo decir una palabra. Las muecas no produjeron ninguna alarma en Archenland; a decir verdad, Lucía pensó solamente que Rabadash se sentía enfermo.
—¡Demonio! ¡Demonio! ¡Demonio! —chilló el Príncipe—. Te conozco. Eres el vil demonio de Narnia. Eres el enemigo de los dioses. Entérate de quién soy *yo,* horrible fantasma. Yo desciendo de Tash, el inexorable, el irresistible. Caiga sobre ti la maldición de Tash. Te lloverán relámpagos en forma de escorpiones. Las montañas de Narnia se desharán

en polvo. El...
—Ten cuidado, Rabadash —dijo Aslan en tono bajo—. El fin se acerca más ahora; está a la puerta; ha levantado el picaporte.
—Que se caigan los cielos —chilló Rabadash—. ¡Que se abra la tierra! ¡Que la sangre y el fuego arrasen el mundo! Pero tengan la seguridad de que nunca desistiré hasta haber arrastrado por los cabellos hasta mi palacio a la reina bárbara, la hija de perros, la...
—La hora ha sonado —dijo Aslan, y Rabadash vio que, para su supremo espanto, todos empezaban a reír.
No podían evitarlo. Rabadash había estado moviendo sus orejas todo el tiempo y cuando Aslan dijo: "¡La hora ha llegado!", las orejas empezaron a cambiar. Se hicieron más largas y más puntiagudas y pronto se cubrieron de pelo gris. Y mientras todos se preguntaban dónde habían visto orejas similares, la cara de Rabadash comenzó a cambiar también. Se hizo más larga, y más ancha de arriba y se le agrandaron los ojos, y su nariz se hundió dentro de la cara (o más bien, la cara se hinchó y se volvió una pura nariz) y se llenó de pelos. Y se le alargaron los brazos y fueron bajando frente a él hasta que sus manos se apoyaron en el suelo; sólo que no eran manos, ahora, eran pezuñas. Y él se paró en las cuatro patas, y desaparecieron sus vestimentas, y todos se reían cada vez más fuerte (porque no podían evitarlo), ya que ahora el que había sido Rabadash era simple e inconfundiblemente un burro. Lo terrible fue que su lenguaje humano duró justo un poquito más que su forma humana, de modo que cuando se dio cuenta del cambio que se operaba en él, gritó:
—¡Oh, no un burro! ¡Piedad! Si fuera siquiera un caballo... siquiera un caballo... siqui... un... cab... iii... au, iiau.
Y así las palabras murieron en medio del rebuzno de un burro.
—Ahora escúchame, Rabadash —dijo Aslan—. La justicia irá unida a la piedad. No serás un asno para siempre.
A estas palabras, claro, el burro movió nerviosamente sus orejas hacia adelante, lo que fue también tan gracioso que todos se reían con más ganas. Trataban de no reírse, pero trataban en vano.
—Has apelado a Tash —dijo Aslan—. Y en el templo de Tash serás sanado. Tendrás que pararte ante el altar de Tash en Tashbaan durante la gran fiesta de otoño de este año y allí, a la vista de todo Tashbaan, perderás tu forma de asno y todos te reconocerán como el Príncipe Rabadash. Pero mientras vivas, si alguna vez te alejas más de quince kilómetros del gran templo de Tashbaan, instantáneamente volverás a ser lo que eres ahora. Y de aquel segundo cambio no hay retorno.
Hubo un corto silencio y luego todos empezaron a moverse y a mirarse unos a otros como si despertaran de un sueño. Aslan se había ido. Mas había una luminosidad en el aire y sobre el pasto, y una dicha en sus corazones, que les daba la seguridad de que él no había sido un sueño; y, de

todos modos, frente a ellos se hallaba el burro.
El Rey Lune era un hombre de muy buen corazón y al ver a su enemigo en tan lastimosa condición, se olvidó de su ira.
—Su Alteza real —le dijo—, siento verdaderamente que las cosas hayan llegado a estos extremos. Su Alteza es testigo de que no ha sido obra nuestra. Y, por supuesto, estaremos encantados de proporcionar a su Alteza un barco que lo conduzca de regreso a Tashbaan para el... este... el tratamiento que Aslan prescribió. Tendrás todas las comodidades que la situación de su Alteza permita: el mejor barco para ganado... las zanahorias y los cardos más frescos...
Pero un sordo rebuzno del burro y una certera patada a uno de los guardias pusieron en claro que tales bondadosos ofrecimientos eran recibidos muy desagradecidamente.
Y aquí, para sacarlo de en medio, es mejor que dé por terminada la historia de Rabadash. El (o el burro) fue enviado a su debido tiempo por barco de regreso a Tashbaan y conducido al templo de Tash durante el gran Festival Otoñal, y después volvió a ser hombre otra vez. Pero claro que cuatro o cinco mil personas habían visto la transformación y era imposible que se pudiera echar tierra al asunto. Y a la muerte del viejo Tisroc, Rabadash se convirtió en Tisroc en su lugar y llegó a ser el Tisroc más pacífico que Calormen había conocido jamás. Esto se debía a que, sin osar alejarse más de quince kilómetros de Tashbaan, nunca pudo ir en persona a la guerra; y no quería que sus Tarkaanes conquistaran fama en las guerras a costa de él, porque ésa es la forma en que derrocan a los Tisrocs. Mas, aun cuando sus motivos eran egoístas, hizo que las cosas fueran mucho más agradables para todos los pequeños países que rodean Calormen. Su propia gente no olvidó nunca que él había sido un burro. Durante su reinado, y en su cara, lo llamaban Rabadash el Pacificador, pero después de su muerte y a sus espaldas lo llamaban Rabadash el Ridículo, y si lo buscas en una buena Historia de Calormen (prueba en la librería de tu barrio) lo encontrarás bajo ese nombre. Y hasta el día de hoy en las escuelas calormenes, si haces algo desusadamente estúpido, es muy posible que te llamen “un segundo Rabadash”.
Entretanto en Anvard todo el mundo estaba contento de haberse deshecho de él antes de que empezara la verdadera diversión, que fue un gran banquete celebrado esa tarde en el prado frente al castillo, con docenas de lámparas para ayudar a la luz de la luna. Y el vino corría y se contaban cuentos y chistes, y después se hizo un silencio y el poeta del Rey, con dos violinistas, avanzó hasta el centro del círculo. Aravis y Cor se preparaban a aburrirse, pues la única poesía que conocían era la calormene, y tú ya sabes cómo es. Pero al primer acorde de las cuerdas sintieron como si les subiera un cohete a la cabeza, y el poeta cantó la grandiosa y antigua trova del Buen Olvin y de cómo luchó contra el Gigante Pire y lo convirtió en piedra (y ése

es el origen del Monte Pire..., era un gigante de dos cabezas) y conquistó a la dama Liln para que fuera su novia; y cuando terminó, ellos hubieran querido que empezara de nuevo. Y a pesar de que no sabía cantar, Bri contó la historia del combate de Zalindreh. Y Lucía volvió a relatar (todos, excepto Aravis y Cor, la habían escuchado muchísimas veces, pero todos querían oírla nuevamente) la historia del Ropero y de cómo ella y el Rey Edmundo y la Reina Susana y el gran Rey Pedro llegaron por primera vez a Narnia.

Y poco después, como tenía que suceder tarde o temprano, el Rey Lune dijo que era hora de que los jóvenes se fueran a la cama.

—Y mañana, Cor —añadió—, recorrerás el castillo conmigo y verás todo y observarás toda su fuerza y debilidad; porque tú deberás cuidarlo cuando yo me haya ido.

—Pero entonces Corin será el Rey, padre —repuso Cor.

—No, muchacho —dijo el Rey Lune—, tú eres mi heredero. La corona será tuya.

—Pero yo no la quiero —dijo Cor—, preferiría mil veces...

—No es cuestión de lo que tú quieras, Cor, ni tampoco lo que yo quiera. Lo dicta el tribunal de la ley.

—Pero si somos mellizos debemos tener la misma edad.

—No —dijo el Rey, riéndose—. Uno debe nacer primero. Eres mayor que Corin por veinte minutos. Y mejor que él también, esperémoslo, aunque no se necesita mucha maestría. —Y miró a Corin con un brillo malicioso en sus ojos.

—Pero, padre, ¿no puedes elegir a quien tú quieras para que sea el próximo Rey?

—No. El Rey está bajo la ley, pues es la ley la que lo hace a él Rey. No tiene más poder para alejarte de tu corona que cualquier centinela de su puesto.

—¡Ay! —gimió Cor—. No la quiero para nada. Y Corin... lo lamento terriblemente. Jamás soñé que mi regreso iba a arrebatarte tu reino.

—¡Viva! ¡Viva! —exclamó Corin—. No tendré que ser Rey. No tendré que ser Rey. Siempre seré un príncipe. Los príncipes son los que se divierten más.

—Y eso es más cierto que lo que tu hermano piensa, Cor —dijo el Rey Lune—. Porque esto es lo que significa ser rey: ser el primero en todo ataque desesperado y el último en toda retirada desesperada, y cuando hay hambruna en el país (como suele ocurrir en los años malos) usar las ropas más elegantes y reír más fuerte ante la comida más escasa que cualquier otro hombre de tu patria.

Cuando ambos niños subían a acostarse, Cor preguntó otra vez a Corin si no se podría hacer algo acerca de eso. Y Corin dijo:

—Si dices una sola palabra más, te... te pego un puñete.

Sería muy agradable acabar esta historia diciendo que después de esto los dos hermanos jamás tuvieron un desacuerdo sobre nada, pero me temo que no sería la verdad. En realidad, pelearon y lucharon tan a menudo como lo hacen otros niños cualquieras, y todas sus peleas terminaban (si es que no comenzaban) con Cor aturdido de un puñete. Pues aunque, cuando ambos crecieron y fueron espadachines, Cor fue el hombre más peligroso en el campo de batalla, ni él ni nadie en los países del norte pudo jamás igualar a Corin como boxeador. Así fue como se ganó el sobrenombre de Corin Puño de Trueno, y como logró su mayor éxito contra el Oso Renegado de la Borrascosa, que era originalmente un oso que habla, pero que había vuelto a los hábitos de un oso salvaje. Corin trepó hasta su guarida en el territorio narniano de Borrascosa un día de invierno en que la nieve se acumulaba en los cerros y boxeó con él sin cronómetro durante treinta y tres asaltos. Y al final, el oso apenas podía ver y se volvió un sujeto reformado.

Aravis también tuvo muchas riñas (y, me temo, incluso muchas peleas) con Cor, pero siempre hacían las paces. De modo que años más tarde, cuando crecieron, estaban tan acostumbrados a reñir y a hacer las paces nuevamente, que se casaron para poder seguir haciéndolo en forma más cómoda. Y después que murió el Rey Lune fueron un buen Rey y una buena Reina de Archenland y su hijo llegó a ser Ram el Grande, el más famoso de los reyes de Archenland. Bri y Juin vivieron muy felices hasta avanzada edad en Narnia y ambos se casaron, pero no uno con el otro. Y no pasaban muchos meses sin que uno de ellos, o ambos, vinieran trotando por el paso a visitar a sus amigos de Anvard.

COMENTARIO
Ana Mana Larraín

Sí. El ambiente es el de *Las mil y una noches*, pero el tono resuena con ecos diferentes. Desde luego, no tiene el encanto que por sí solo opera en el clásico árabe, sino la suave magia que puede ostentar quien —conscientemente— maneja los hilos de la fábula desde fuera y goza, incluso, de tal posición. Las interrupciones no son, por lo tanto, infrecuentes, hasta el punto de que se echan de menos cuando desaparecen por largo rato; *hay* un educador en Lewis que, si bien ha sido superado por el novelista, no ha muerto totalmente de asfixia. Lo más seguro es que no le interese hacerlo, actitud con la cual el lector, sea cual sea su edad, no dejará de estar de acuerdo. Es como si ya de antemano supiera hasta dónde el tenor de las observaciones del narrador lo involucran directamente a él y comprometen su escala de valores. Esto, a partir de cosas tan insignificantes como molicie que se adhiere como lapa a la esclavitud, en contraste con las exigencias imperdonables de la libertad.

“Uno de los peores resultados de ser esclavo y ser forzado a hacer las cosas es que, cuando no hay quien te fuerce, comprendes que casi has perdido el poder de forzarte a ti mismo”. ¿Quién de nosotros ha experimentado, cadenas más o cadenas menos, la triste efectividad de esta aseveración? Como ella hay tantas otras en el texto que sería largo ponerse a enumerarlas, pero que pueden resumirse en una posición constante de la literatura narniana (sólo nos que Crónicas, ¿con qué iremos a reemplazar la maravillosa rutina de su lectura?): no se accede al paraíso —ni al bien, la verdad y la belleza— sino a costa de grandes aunque fascinantes esfuerzos. “El ocio, Catulo, es para ti funesto”, se reconvenía a sí mismo el poeta latino… y no andaba, por cierto, tan perdido.
Oriente: la cuna del arte de narrar. Una presencia cultural más que geográfica, a pesar de las ciudades y ríos, los mares, oasis y desiertos. (¡Qué importante es aquí la presencia insoslayable del desierto! Toda una posibilidad de expiación o, mejor, de crecimiento personal y encuentro con el verdadero yo.) Hay nombres de ensoñadores destellos —como Shasta— y otros de terroríficas sugerencias auditivas —como el Tisroc—; está la capital de callejuelas estrechas y burbujeantes de gente, como Tashbaan, pero está también la choza del pescador, donde se faena a la luz de la luna. Vestimentas que parecen extraídas de una estampilla exótica dan la cara por unas costumbres que se encarnan en la entronización de la tiranía, el boato y el aspaviento, golpeando con fuerza en los ojos de la civilización. Y la civilización ES Narnia, aun cuando su pulso data en otro tiempo y aun cuando su sangre corra por cauces (ambiguamente) ubicados “al norte”. Ahora bien, Narnia es la civilización porque Narnia es, sobre todo, *el* espacio de libertad y de amor. Más que sugerente resulta por eso la confrontación con los politeístas “del sur”, unos niños algo salvajes, a pesar de su refinamiento formal (la dorada figura de Aslan no se vislumbra ajena a este fenómeno).
Es curioso. Pero por sobre la existencia normal de pájaros que no hablan y de caballos limitados supuestamente a realizar su trabajo diario sin mayores quejas —o sin quejas audibles, por lo menos— se va levantando algo así como una vaga polvareda. Es la *palabra* pura y simple que cobra vigor por encima de la retórica, en un país que vive de máximas y donde reina la poesía cual matrona que engorda a punta de confituras. Ambas, sabiduría y poesía, terminan como (quizás) empezaron: aisladas de todo aquello que significa la realidad, a su vez, disfrazada tras el gesto ampuloso y la vana palabrería. En vista y considerando...
Es cierto. No le queda sino a un caballo tomar las riendas del asunto y, sin previo aviso, ponerse a HABLAR. Total, en estas tierras del sur, ubicadas entre Calormen y Narnia (?), nadie acostumbra decir lo que piensa porque nadie, en efecto, piensa lo que dice. Es como si el lenguaje hubiera perdido desde antes su batalla más inocente y lícita: la de *COMUNICAR.*

Así, pues, por el rescate de la verdad que implica, simplemente, hablar, a Bri no se le hace ni pecado recuperar su antigua dignidad de caballo parlante (ojo, que no "parlanchín"). Y nótese ahora cómo el uso correcto de una facultad —en este caso la lingüística— confiere de por sí un determinado *status:* a él podrán acercarse quienes esgrimen las armas transparentes de la autenticidad y la sencillez. Entre los caballos, Bri y la encantadora Juin, femenina de un modo no caballar ni endeble y dulzón, sino universal, auténtico, vigoroso y emprendedor. ¿Y entre los humanos? Entre los humanos... dos *niños,* lo que va más allá de la mera coincidencia. Uno de cada sexo y ambos de distinta posición social.

El cuarteto emprende, entonces, el camino que lo lleva hacia la realización de un ideal compartido. El ideal de la libertad. Pero como no es libre sino aquel que verdaderamente *ama*, cada uno debe pasar por la prueba (en el desierto, no lo olvidemos) que le permita dar un paso más allá en la conquista definitiva de sus derechos. Así, la valentía de Shasta lo acerca al trono de su padre que es el suyo propio (más calvario que jolgorio, pero, en fin: mucho le será exigido a quien mucho le ha sido dado). La pérdida de una comprensible vanidad —tan mordisqueada como su nerviosa cola de guerrero— hace saltar, por su parte, a Bri, inaugurado ya el coloquio y en cabal dominio de él, hacia los hermosos potreros de Narnia. El encuentro con una sencillez ahogada por el ejercicio de los pequeños poderes de cada día instala a Aravis —ya era hora— junto a quien, desde un principio, sospechamos que le corresponde, *AUNQUE SEA CON LA ESPALDA LLENA DE CICATRICES:* tanto debes, tanto pagas. Y, en cambio, a Juin sólo le queda superar su fragilidad, puesto que no hay mayor fuerza que la de la voluntad.

Sobre todo... cuando no existe la suerte y, en caso de dudas, consultar al Ermitaño: "Yo he vivido ciento nueve inviernos en este mundo y todavía no he encontrado eso que llaman Suerte". Y es que las cosas tienen, como vemos después, un sentido, aunque éste permanezca oculto de buenas a primeras (o para siempre). Un sentido DENTRO del sentido total del entramado; no quedan cabos sueltos al viento, por más que haya "algo en todo esto que no comprendo". Y si algún día necesitamos saberlo, "puedes estar segura de que lo sabremos", le dice el Ermitaño a la niña, mientras le cura sus heridas y la atiende con el más burdo de los brebajes: leche de cabra servida en un tazón de madera. ("En la medida en que necesitemos saberlo". ¿Para qué conocer lo que no nos concierne? "Eso es parte de la historia de otro", contestaría probablemente Aslan..., y a ninguno de los dos nos incumbe lo ajeno.)

Detengámonos, antes de terminar, en un tercer aspecto. ¿Qué pasa aquí cuando irrumpe la belleza? "Se volvió a mirar y vio, paseándose a su lado, más alto que el caballo, a un León. El caballo parecía no temerle, o bien sería que no lo podía ver. Era del León que provenía la luz. Jamás

nadie ha visto nada tan terrible o tan hermoso”.

Pues bien, ya Rilke, el iluminado, lo había intuido con anterioridad: lo bello puede ser el comienzo de lo terrible. Y Shasta, el príncipe-pescador, ha experimentado en parte lo mismo, sólo que por la vía indirecta de la voz. Como en la Biblia y otros textos sagrados, es la voz lo que se percibe primero. (“¿Quién eres tú?” “Yo mismo”, dijo la voz. Y lo dijo tres veces, como para refutar la negativa de Pedro antes de la pasión y como para afirmar el autorreconocimiento de su identidad divina en la hora del juicio humano.) Una voz en la que canta toda la naturaleza, “como si las hojas susurraran con él”. Tras el sonido se hace la luz, que va cambiando ante los ojos de Shasta, sufriendo todas las transformaciones y pasando por diversos matices: de la blancura a la blancura brillante y bullente de sonidos, de ésta a un reflejo dorado fácilmente confundible con el sol.

Pero no. No es el sol. Es la dorada melena de Aslan, cuyo perfume impregna cada partícula de aire y cuya mirada irresistible paraliza: es la parálisis que provoca siempre la sensación de plenitud. (“No pudo decir nada, mas era que no quería decir nada, y sabía que no necesitaba decir nada”.) Bello. Bello y terrible, aunque infinitamente dotado de sentido; de aquí brota el significado profundo y esencial de cada cosa, porque de aquí brota, a fin de cuentas, la vida.

Melena, luna, madeja y remolino: cuatro figuras concéntricas que, puestas en línea (página 133), se funden en un solo círculo y desaparecen. El Ser es redondo, decía Parménides. Y Aslan —presencia y sombra a la vez— le da aquí la razón.